

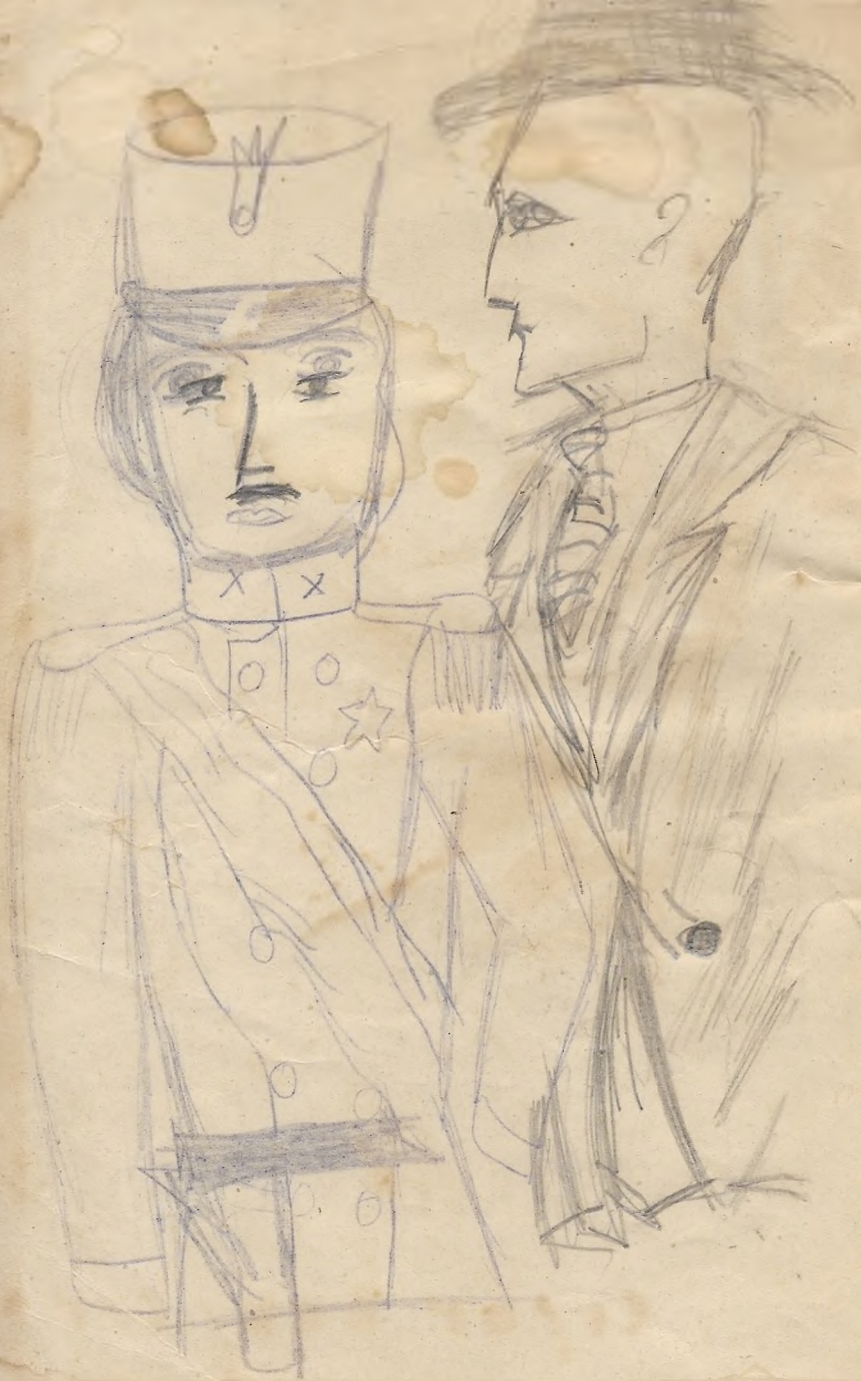
El niño chileno



lent

Libro de lectura para el 5º año
de la escuela primaria
5º PREPARATORIA

Carlos Buxtorf



EL NIÑO CHILENO

LIBRO AUXILIAR DE LECTURA PARA
EL QUINTO AÑO DE LA ESCUELA PRI-
= MARIA (QUINTA PREPARATORIA) =

CONFORME AL PROGRAMA VIGENTE Y CON
UN APÉNDICE DESTINADO A SUGERIR LA
APLICACIÓN DE LOS MÉTODOS ACTIVOS.

P O R

C É S A R B U N S T E R .

PROFESOR DEL ESTADO Y ABOGADO.

TOMO QUINTO

APROBADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA.



A 16—25.000 Libros.

S A N T I A G O D E C H I L E .

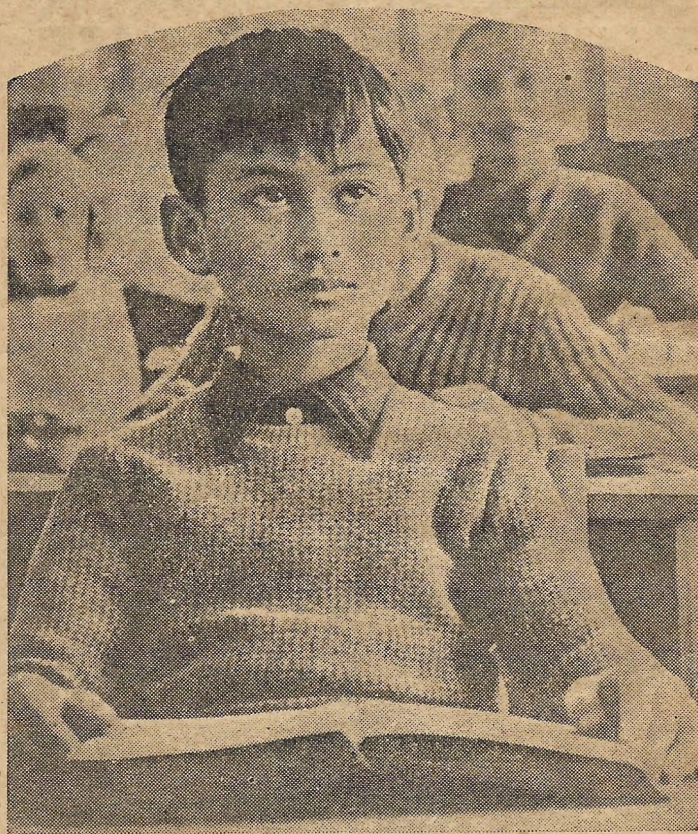
1946.

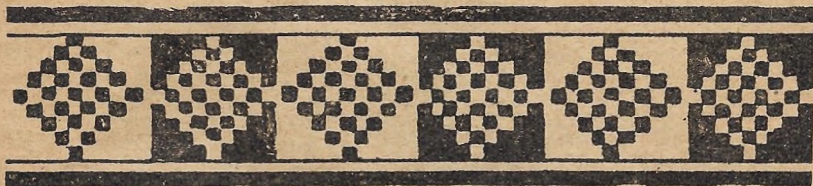
CESAR BUNSTER

Santiago, Chile-Casilla 2996.

ES PROPIEDAD

Inscripción N.º 4444.





PREFACIO.

HE aquí el tomo de EL NIÑO CHILENO correspondiente al Quinto Año de la Escuela Primaria (5.ª preparatoria). Respecto a su contenido y a sus aspiraciones renovadoras, nada tengo que añadir a lo ya expresado en el prefacio del libro para el Sexto, al cual mis colegas dispensaron una amable acogida que agradezco. En efecto, a las mismas normas generales señaladas allí me he ceñido en la confección de este nuevo libro. La búsqueda de material adecuado se torna más y más difícil, a medida que la edad de los niños a quienes se les destina, disminuye. Me esforcé en realizar una recopilación viva y atrayente, de acuerdo con sus gustos y preferencias. Si no he logrado mi objetivo con la amplitud deseable, espero las valiosas sugerencias de los profesores para perfeccionarla en el futuro.

En estos libros para los niños más pequeños, he acentuado mis propósitos en el sentido de despojarlos de un exceso de DOCTRINA, falla de que por lo general adolecen las recopilaciones de esta índole. Tuve presente, por sobre todo, el interés de los pequeños escolares, y, por esto mismo, no me preocupó mayormente la extensión de algunos trozos, ya que para los niños una lectura no es corta ni es extensa, sino monótona o interesante.

Estimé, en fin, prematuro recomendar en el APENDICE, como se hizo en el libro para el Sexto Año, lecturas de obras determinadas. Tratándose de chicos de tan corta edad, será el profesor el más indicado para orientarlos en tal sentido, resolviendo, desde este punto de vista, cada caso particular. En todo caso, las obritas de la Colección Araluce prestarán al maestro una eficaz ayuda para estos fines.

Estimulado por las palabras de aliento que he recibido de mis colegas a quienes dí a conocer el libro anterior, espero entregar a su consideración los tomos que me faltan para completar esta serie: los destinados al Tercero y Segundo años de la Escuela Primaria (3.ª y 2.ª preparatorias).

Santiago, Marzo de 1936.

CESAR BUNSTER.



INDICE.

Págs.

1.—El 18 de Septiembre de 1810 (Luis Galdames).....	Prosa	8
2.—La avienta (Abel González).....	Verso	10
3.—Este era un niño distraído (grabado).....		11
4.—La madre de Garrón (Edmundo de Amicis).....	P	12
5.—La feria en Chillán (A. Acevedo Hernández).....	P	14
6.—Puertos (Daniel de la Vega).....	P	17
7.—Retrato de los araucanos (Alonso de Ercilla).....	V	19
8.—Un cuento de cóndores (Marta Brunet).....	P	20
9.—El trabajo.....	P	26
10.—Mi hermanito menor.....	P	28
11.—Romance de las arañas y los ángeles (Augusto González C.).....	V	31
12.—La entrada triunfal de Baquedano en Santiago (Carlos Silva Vildósola).....	P	33
13.—La plegaria del árbol.....	P	36
14.—Hablan los números.....	P	37
15.—Las manos feas.....	P	39
16.—Versos de niños (Gabriela Mistral).....	V	40
17.—Gaspar Cabrales (Antonio Bórquez Solar).....	P	42
18.—La caza del hipopótamo.....	P	45
19.—Lincoln y los animales.....	P	49
20.—La ninfa Eco.....	P	51
21.—La carreta (Victor Domingo Silva).....	V	53
22.—La unión hace la fuerza (Guyau).....	P	55
23.—Analicen estos ejercicios de caligrafía (Eliseo Otaíza M.).....		56
24.—El zorzal (Alfonso Bulnes).....	P	57
25.—El hombre conquista el fuego.....	P	58
26.—Madrecita (Arturo Capdevila).....	V	60
27.—Viajando en el Graff Zeppelin.....	P	61
28.—El cucurucho (César Bunster).....	P	66
29.—El padre de los indios.....	P	70
30.—La mar (Niño francés).....	V	71
31.—Polifemo (Armando Palacio Valdés).....	P	72
32.—El café.....	P	79
33.—El juramento de Régulo.....	P	81
34.—El santo del papá (Carlos Wagner).....	P	83
35.—América.....	P	85
36.—Jesús Niño (Alfredo R. Bufano).....	V	87

	Págs.
37.—Hay que ser hombrecito.....	P 89
38.—El «gringo chileno».....	P 91
39.—Historia de un chanchito de madera (original de un niño).....	P 93
40.—La laguna encantada.....	P 98
41.—Erase una vez... (Ramón Pérez de Ayala).....	V 100
42.—Pedro de Valdivia (Francisco Valdés Vergara).....	P 101
43.—Juguetes de corcho.....	P 105
44.—El trabajo de los otros.....	P 109
45.—El autor de la bandera chilena.....	P 111
46.—Adivina, buen adivinador.....	V 113
47.—La escuela de las flores (Rabindranath Tagore).....	P 115
48.—El hombre volará como los pájaros.....	P 116
49.—¡A jugar!.....	P 120
50.—El niño de la escopeta (Ernesto Montenegro).....	P 121
51.—Canción del niño marinero (Ricardo E. Pose).....	V 127
52.—Cómo nació la flor de la azucena.....	P 129
53.—La imitación.....	P 132
54.—Cómo viajaban nuestros abuelos (Vicente Pérez Rosales).....	P 133
55.—El lagarto está llorando (Federico García Lorca).....	V 135
56.—Domingo sin sol.....	P 136
57.—El caballo de Hassan.....	P 141
58.—Un aventurero extraordinario.....	P 143
59.—¿Ha visto usted a mi marido?.....	V 144
60.—El viento (Blaise Cendrards).....	P 146
61.—Hay que ayudar a la mamá (grabado).....	148
62.—Un viaje al País de la Noche o historia del honorable Childerico (Tomás Lago).....	P 149
63.—La noche (composición de un alumno).....	P 160
64.—Una planta maravillosa.....	P 162
65.—Recuerdo (Juan Ramón Jiménez).....	V 165
66.—Lo que dice la boca.....	P 166
67.—El héroe moderno (Constancio Vigil).....	P 169
68.—Odiseo en la isla de los ciclopes.....	P 171
69.—Santiago moderno.....	P 178
70.—La campanita (Amado Nervo).....	V 180
71.—¡Muerta de susto!.....	P 181
72.—Cuando sea grande.....	P 183
73.—Las manos se entretienen (grabado).....	185
74.—Cascabel en el Jardín Zoológico (Antoniorrobes).....	P 186
75.—El Mago de la Electricidad.....	P 193
76.—La canción del trompo (Julia Bustos).....	V 195
77.—La ninfa Frutilla.....	P 196
78.—A 495 kilómetros por hora en automóvil.....	P 198
79.—Un gran héroe.....	P 202
80.—Juegos infantiles en la época colonial (B. Vicuña Mackenna).....	P 204
81.—Cancioncilla a la luna blanca (Carlos María de Vallejos).....	V 206
82.—El compañero abnegado.....	P 208
APÉNDICE.....	211



EL NIÑO CHILENO

LIBRO AUXILIAR DE LECTURA PARA
EL QUINTO AÑO DE LA ESCUELA PRI-
= MARIA (QUINTA PREPARATORIA) =

CONFORME AL PROGRAMA VIGENTE Y CON
UN APÉNDICE DESTINADO A SUGERIR LA
APLICACIÓN DE LOS MÉTODOS ACTIVOS.

P O R

C É S A R B U N S T E R .

PROFESOR DEL ESTADO Y ABOGADO.

T O M O Q U I N T O

APROBADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA.

S A N T I A G O D E C H I L E .

1 9 4 6 .

EL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1810.

(Luis Galdames).

EL 18 de Septiembre de 1810 fué un día de cielo claro. El sitio elegido para la asamblea se hallaba en el centro de la ciudad: era el salón del Consulado, edificio nuevo de bastante amplitud. Desde temprano, tropa de línea, dirigida por un sargento mayor perteneciente al partido chileno, resguardaba las bocacalles de acceso a la plazuela que se extendía al frente.

A las nueve de la mañana, hora fijada para el acto, el salón del Consulado estaba lleno; había en él unos trescientos cincuenta personajes de melena empolvada y ceremoniosamente trajeados de frac, sombrero de tres puntas, pantalón corto, media de seda, zapato hebillado de plata o de oro y espadín al cinto. Faltaban unos cien invitados, casi todos los del bando español, y entre ellos el regente de la audiencia, tribunal que no quiso estar representado allí. Minutos más tarde, el conde de la Conquista hacía su entrada, acompañado del secretario Argomedo y el asesor Marín.

El anciano presidente rompió luego la ansiosa expectativa. Se puso de pie y dijo, mostrando la insignia del poder: «Aquí está el bastón, disponed de él y del mando». Dirigiéndose en seguida a su secretario, agregó: «Significad al pueblo lo que os tengo prevenido», y tomó de nuevo su asiento. Argomedo se levantó entonces, y, con pausa y firmeza, ratificó, en un breve discurso, la renuncia del conde y pidió al cabildo propusiera «los medios más ciertos de quedar asegurados, defendidos y eternamente fieles vasallos del más adorable monarca Fernando».

Habló después, en representación del cabildo, su procurador José Miguel Infante. Su discurso fué largo y tranquilo.

Manifestó la conveniencia de crear una junta de gobierno, a nombre y en resguardo de los derechos de Fernando VII, lo mismo que las que existían en España; se esforzó, en probar la razón que asistía a los chilenos para dar este paso.

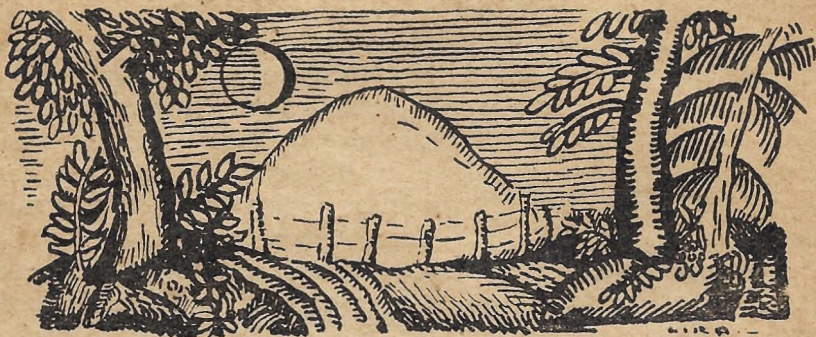
No obstante los términos conciliadores de esta proposición, los españoles concurrentes dieron señales de protesta; dos de ellos tomaron la palabra para rebatirla; pero el murmullo de desaprobación que se extendió en la sala, no les permitió hacerse oír, y tuvieron que abandonar el recinto.

Los concurrentes se pusieron al momento de pie y a grandes voces exclamaron: «¡Junta queremos!». Por aclamación general, se aprobó en seguida la indicación del cabildo, y el procurador Infante propuso las personas que debían componer la junta. Al nombre de cada una de ellas, la asamblea prorrumpía en aplausos.

La junta quedó constituida así: presidente, Mateo de Toro Zambrano, conde de la Conquista; vicepresidente, José Santiago Martínez de Aldunate, obispo electo de Santiago, que estaba fuera del país; vocales, Fernando Márquez de la Plata, Juan Martínez de Rozas, Ignacio de la Carrera, Juan Enrique Rosales y Francisco Javier Reina, coronel español que, si no era adicto a los patriotas, por lo menos no combatía abiertamente sus tendencias; secretarios, Gaspar de Marín y José Gregorio Argomedo.

El cabildo abierto se disolvió a las tres horas de la tarde, en medio de grandes manifestaciones de regocijo. Repiques de campanas anunciaron a la población el advenimiento del primer gobierno nacional. En la noche, la ciudad se iluminó, y se improvisó una banda de músicos que fué a dar serenatas al conde de la Conquista y demás miembros de la junta.





LA AVIENTA.

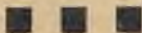
(Abel González).

A la labor!... Propicio es el instante:
ya desde el mar la fresca travesía
viene y su soplo por el monte envía:
¡adelante, horqueteros, adelante!

Que el trigo ya trillado se levante
en las horquetas, y la brisa fría
lleve la paja hasta la lejanía,
cual rubio enjambre que se aleja errante.

Que en alegre llover, a vuestro lado,
el trigo caiga con rumor sonoro
de collar de diamantes desgranado.

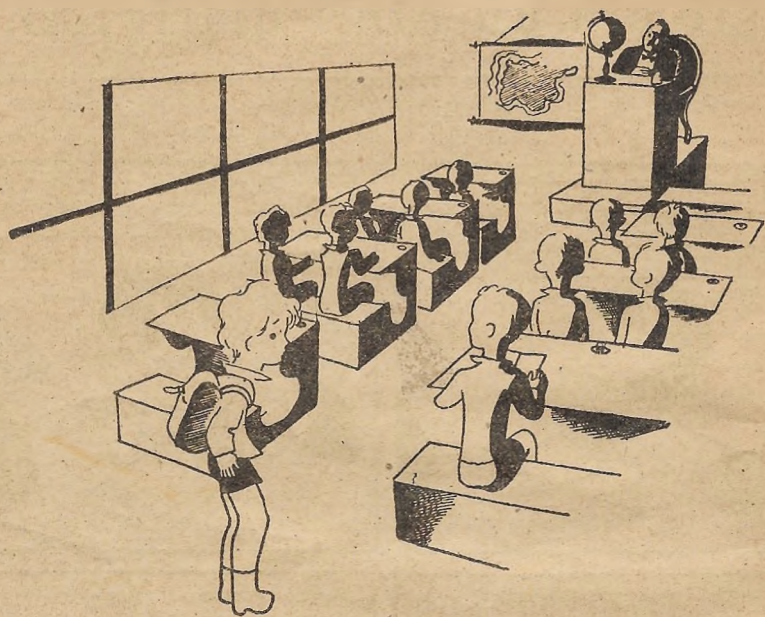
¡A la labor!... La parva es un tesoro
donde del pobre el pan está encerrado,
y acaso el mismo Dios, en granos de oro.



Este era un niño distraído...



Expliquen lo que le pasa al pequeño colegial.



La madre de Garrón.

(Edmundo de Amicis).

APENAS volví a la escuela, recibí una muy triste noticia. Hacía varios días que Garrón no iba, porque su madre estaba gravemente enferma. Murió el Sábado por la tarde. Ayer de mañana, en seguida que entré en la escuela, nos dijo el maestro:

«Al pobre Garrón le ha tocado la mayor desgracia que pueda caer sobre un niño. Su madre ha muerto. Mañana volverá a clase. Desde ahora os suplico, muchachos, que respetéis el terrible dolor que destroza su alma. Cuando entre, saludadlo con cariño, estad serios; nadie juegue,

nadie sonría al mirarlo, nadie, os lo recomiendo». Y, en efecto, esta mañana, algo más tarde que los demás, entró el pobre Garrón. Sentí una gran angustia en el corazón al verlo. Tenía la cara sin vida, los ojos encendidos, y apenas se sostenía sobre las piernas; parecía que había estado enfermo un mes; era difícil reconocerlo; vestía todo de negro, y daba compasión. Nadie respiró; todos miraron.

Apenas entró, al ver por vez primera la escuela, donde su madre había venido a buscarlo casi todos los días; al ver aquel banco sobre el cual tantas veces se había inclinado ella los días de examen para hacerle la última recomendación, y donde él tantas veces había pensado en ella, impaciente por salir a encontrarla, no pudo menos de estallar en un golpe de llanto desesperado. El maestro lo trajo a su lado, y apretándolo contra su pecho, le dijo: «¡Llora, llora, pobre niño; pero ten valor! Tu madre ya no está aquí; pero te ve, te ama todavía, vive a tu lado, y la volverás a ver, porque tienes un alma buena y honrada como ella. Ten valor». Dicho esto, lo acompañó al banco cerca de mí. Yo no me atrevía a mirarlo. Sacó sus cuadernos y sus libros, que hacía muchos días que no había abierto. Al abrir el libro de lectura, donde hay una madre con un hijo de la mano, no pudo contener el llanto, y dejó caer su cabeza sobre el brazo. El maestro nos hizo señas para que lo dejásemos estar así, y comenzó la lección. Yo hubiese querido decirle algo, pero no sabía qué. Le puse una mano sobre el brazo, y le dije al oído: —No llores, Garrón.— No contestó; y sin levantar la cabeza del banco puso su mano en la mía, y así la tuvo un buen rato. A la salida, nadie le habló; todos pasaron por su lado con respeto y en silencio...





LA FERIA EN CHILLAN.

(A. Acevedo Hernández).

EN Chillán, el acontecimiento de la feria se repite cada semana. La ciudad es el punto de reunión de la gente de toda la provincia que acude tanto del campo como de los pueblos y aldeas. Todos llegan allí trayendo cada cual sus costumbres, sus trajes y sus productos.

En la plaza de la Merced se reúnen todos los productores de la región.

En carretas «chanchas» llega el carbón. Son carretas que parecen un simpático juguete, tan pequeñas... Y deben ser así, pues de otra manera no cabrían dentro de los senderos de la montaña, donde habitan los carboneros que entran a la ciudad tiznados en forma inverosímil, en las primeras horas de la mañana. Venden su carbón a granel y acondicionan sus ca-

retitas con grandes pieles de buey. Ellos marchan delante de la minúscula yunta, llevando la picana.

Chillán Viejo manda muy temprano carretas con hortalizas y también fruta de dulce y matizada pulpa.

Desde las haciendas entran la chuchoca dorada, que da calidad a la comida criolla, y toda clase de cereales. Todos los jardines de la ciudad y alrededores vacían en la feria su perfumada y fina policromía. También se hace presente la leña olorosa, que trae hasta la plaza el aliento de la selva.

Y es tan grande el movimiento, que a las siete de la mañana no cabe nada más. El ruido y el ir y venir son incesantes.

—A la papa terrona, la papa doma, la papa zambrana. ¡La mejor papa de Chile la tengo por aquí!

—No hay flores más lindas que las que le llevo. Los pensamientos dobles, las dalias, las lilas... ¡Pasar a llevar las flores!

—Joven, llévele un lindo bordado a su novia; es un regalo que le gustará. Finos y firmes los bordados. ¡Pasar a verlos!

Todos gritan a un tiempo, ofreciendo sus respectivas mercaderías a la gente que se apretuja en el local enteramente lleno.

Se derraman de los cestos las doradas mazorcas de la chuchoca; armonizan los verdes de las hortalizas tiernas y apetitosas, y las corolas de las flores, y la calidad de las frutas que se alinean en montones brillantes a lo largo de las avenidas de la plaza. Los objetos manufacturados esperan también a sus clientes; los estriberos y talabarteros ofrecen los más ricos y típicos arreos para jinetes, que los huasos examinan minuciosamente como verdaderos conocedores, antes de comprarlos.

Cubren gran parte de la plaza los vendedores de calzado, y ofrecen su mercadería que consiste en zapatos de agudo taco y suelas crujidoras. Más allá, las alfareras muestran sus lindos objetos de las más caprichosas formas y dibujos; luego las vendedoras de zuecos y las chupalleras y, por fin, los mueblistas que exhiben la mayor variedad de objetos. Venden toda clase de muebles, entre ellos, alcancías en forma de zapatitos de mujer.

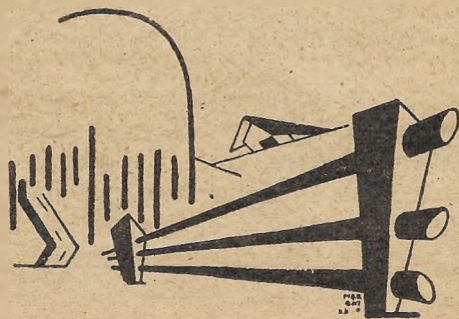
Todos, desde el potentado al humilde, encuentran en la feria algo de acuerdo con sus medios y gustos.

Frente a la plaza está el Mercado, donde también hay puestos de zapatos, comida, carnicerías y verduras. En las puertas se estacionan las vendedoras de plantas y las chamanteras. Cada una anuncia su mercancía en la mejor forma posible y todos los anuncios resultan pintorescos. Los ciegos cantores esparcen sobre el conjunto la melancolía de sus canciones; cuidan del orden los carabineros.

Hay que imaginarse lo que debe de ser la feria cuando está completamente cubierta. Vendedores y compradores se entienden a gritos. Es un ruido que viene de todas partes, que se confunde, que se esparce. Cantan los ciegos acompañados por sus guitarras o acordeones; dominan los gritos de todos, gritos que se producen a un tiempo. Naturalmente, está también allí el organillo popular que, desde todas partes, entrega sus quejas melancólicas.

En la plaza de la Merced está la feria de productos manufacturados y de la tierra; pero el tráfico no termina allí. La ciudad entrega en sus avenidas que la limitan por el Sur y por el Este, los más variados productos de la ganadería.

Son muchas cuadras de largo por muchos metros de anchura las que cubren los animales. También se puede admirar allí la elegancia de los huasos, magníficamente montados, que, cabalgando muy buenos caballos, conducen los piños, a la feria libre.





PUERTOS.

(Daniel de la Vega).

VALPARAISO es un barco. Siempre que recorremos sus barrios estrechos y agitados, nos parece que nos encontramos a bordo. Sus calles son los pasillos del vapor, y sus miles de casitas escalonadas en los cerros son los camarotes de cubierta.

De noche, cuando suena una bocina ronca, larga y triste, a los habitantes les da mucho miedo de que la ciudad zarpe, y amanezcan todos en alta mar. Porque es indudable que un día Valparaíso va a zarpar.

En cambio, existe la seguridad de que Talcahuano no zarpará nunca. Talcahuano es la barca vieja, sucia, negra, que en los puertos a veces se utiliza para el resguardo, para depositar herramientas, o para vivienda de trabajadores del puerto.





Retrato de los araucanos.

(ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA).

SON de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos:
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo, y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extranjera nación que se jactase
de haber dado en sus términos pisada;
ni comarcana tierra que se osase
mover en contra y levantar espada;
siempre fué exenta, indómita, temida,
de leyes libre, de cerviz erguida.



Un cuento de cóndores.

(Marta Brunet).

RESULTA que una vez el señor Cóndor andaba buscando algo para llevarle de almuerzo a su familia, que vivía en un alto risco cordillerano. Con las alas abiertas, moviéndose apenas, se mantenía como suspenso en el aire, tan alto, que desde la tierra era invisible. Su ojo, de mirada prodigiosa, vigilaba desde esa distancia un rebaño de corderos que triscaba en el valle, con el pastor cerca y el perro dando vueltas desconfiadas alrededor.

Pero era ya la hora sin sombra del mediodía, y el pastor sacó de sus alforjas el pan y el charqui majado, que eran su almuerzo, y el perro vino a sentarse a su lado, muy discretamente, como esos niños buenos que esperan sin alboroto que la mamá les haga el plato. Y entonces los corderos aprovecharon para empezar a jugar entre ellos, dándose topadas y lanzando balidos de contento. Pero entonces el señor Cóndor—que estaba arriba esperando el momento de atacar impunemente—se dejó caer como una piedra a plomo, sobre la mamá Suaves Lanas y con ella entre las garras se elevó vertiginosamente hasta gran altura.

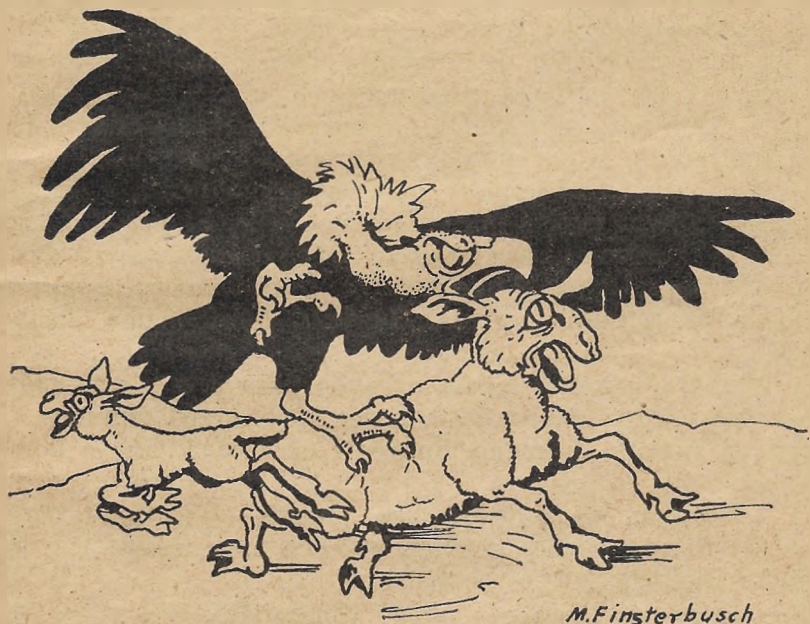
Es claro que el pastor y el perro se propusieron defender al ganado. El primero tomó su honda y empezó a lanzar piedras al que huía. El otro ladraba furiosamente, mordiendo las patitas traseras del rebaño espantado y disperso, hasta lograr reunirlo y tranquilizarlo. Pero si el perro tuvo éxito, el pastor sólo daba pedradas al aire con su honda.

Mientras tanto, el señor Cóndor iba acercándose a su casa. Quedaba ésta en una saliente del risco así es que tenía una preciosa terraza donde lo esperaban mamá Condorina y sus tres polluelos: Condorcito, Condorcillo y Condoriaco. Y

como todos estaban con gran apetito, apenas divisaron al señor Cóndor, se pusieron a bailar una danza guerrera, parecida al baile del pavo.

Lleno de majestad el señor Cóndor hizo un vuelo planeado y aterrizó en el aeropuerto particular de su residencia, depositando a los pies de su señora la caza de la mañana.

La probrecita Suaves Lanas venía medio muerta de miedo y llena, además, de dolor, porque las garras duras del señor



Cóndor le herían las carnes. Pero, ¿qué era todo eso comparado con su terror al verse cerca de la muerte y al pensar que su hijito Copito de Nieve quedaba abandonado en la tierra, sin «mamita» que lo cuidara y le diera de comer? Los grandes ojos redondos de mamá Suaves Lanas se llenaban de lágrimas pensando en el triste destino de su pobre hijito.

Mamá Condorina dijo entonces:

—¡Buenos días, señor Cóndor! ¡Qué rica cazuela vamos a comer hoy!

—¡Con chuchoca, mamita, la queremos con chuchoca...!
—exclamaron los tres polluelos a coro.

Entonces mamá Suaves Lanas dijo con voz temblorosa, dirigiéndose a mamá Condorina:

—Sus hijos tendrán hoy almuerzo, pero, en cambio, el mío, que está en la tierra, posiblemente no tenga quién le busque pastito tierno, ni quién le dé sopitas de leche... ¡Pobre hijito mío, muertecito de hambre y abandonado...!

Mamá Condorina se puso muy colorada, y después, muy pálida. Miró para un lado. Miró para otro. Mamá Suaves Lanas continuó, a la par que lloraba grandes lagrimones:

—Un solo favor le pido antes que me maten: que cuando el señor Cóndor vuelva por el lado del valle, le diga a mi madre la Torcaza que por favor de vez en cuando, vaya a darle un vistazo a mi hijito y que le cante esa canción que a mi Copito de Nieve tanto le gusta. ¿Lo hará usted, mamá Condorina?

Mamá Condorina seguía mirando para uno y otro lado, y los tres hijitos empezaron a hacer «pucheros», tentados de seguir el ejemplo de mamá Suaves Lanas, echándose a llorar con ella.

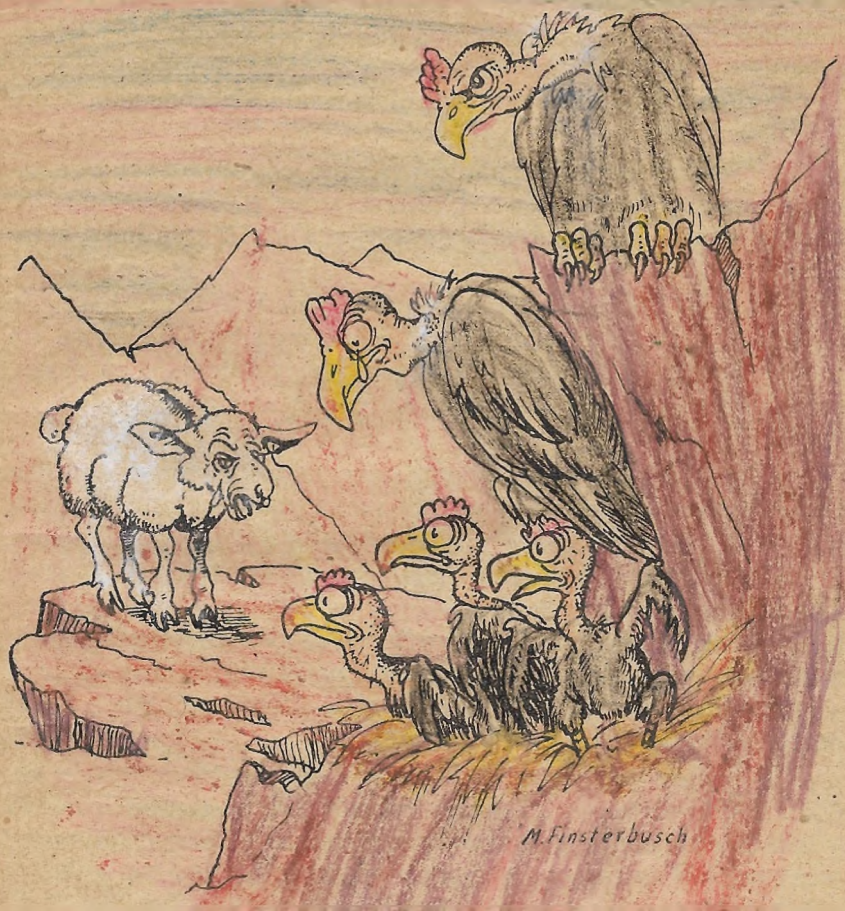
—No tengo nada de hambre, mamita,—dijo Condoriaco.

—Yo voy a comer piñones, que son muy ricos,—aseguró Condorcillo.

—Y yo voy contigo—agregó Condorcito.

—Tenga usted lástima de esta mamita, que también quiere mucho a su hijito. Tanto como quiere usted a los suyos...—; y mamá Suaves Lanas dió una mirada a mamá Condorina, capaz de enternecer a una roca.

Pero resulta que ya mamá Condorina estaba completamente emocionada, y sin esperar consultarse con su marido, le dijo a mamá Suaves Lanas:



—Voy a llamar al señor Cóndor para que vaya a dejarla a su casa. No es posible que su hijito se quede sin mamá que lo cuide.

Y como era un poco Crisanta, se puso a llamar a grandes voces al señor Cóndor, que estaba descansando de su largo viaje.

—Ya le he dicho que no me traiga mamás ni papás. ¡Hay muchas otras cosas con qué alimentarse! Fíjese bien en lo que hace. Y vaya inmediatamente a dejar a mamá Suaves Lanas donde su hijito, que estará llorando sin consuelo. Vaya ligero, le digo.

Al señor Cóndor le pareció pésimo el recado, ya que tenía que hacer otro viaje, exponerse a las piedras del pastor, buscar otra presa y volver a casa sabe Dios a qué hora, para almorzar a las tantas.

Pero ya hemos dicho que mamá Condorina era bastante Crisanta; así es que el señor Cóndor preparó su avión en un momento, abrió las alas, dió la pãrtida, y tomando su carga, se dejó caer con ella buscando el rebaño al cual debía devolverla.

Todo pasó tan rápidamente, que mamá Suaves Lanas ni siquiera alcanzó a darle las gracias a mamá Condorina, ni a decirles algo cariñoso a los polluelos.

Como piedra a plomo, igual que antes, bajaba el señor Cóndor hasta acercarse al sitio en que estaba el rebaño. Dejó la oveja en el suelo y de nuevo se elevó, desapareciendo en lo alto. Todo esto sucedió tan ligero, que el pastor sólo alcanzó a lanzar una piedra, que por cierto no dió en el blanco. Y el perro ni siquiera dió un ladrido.

El pastor y el perro se habían dado cuenta de que el señor Cóndor devolvía la oveja robada. Al pastor se le abrió tamaña boca con el asombro, y en cuanto al perro, de susto, estuvo dos días sin poder menear el rabo.

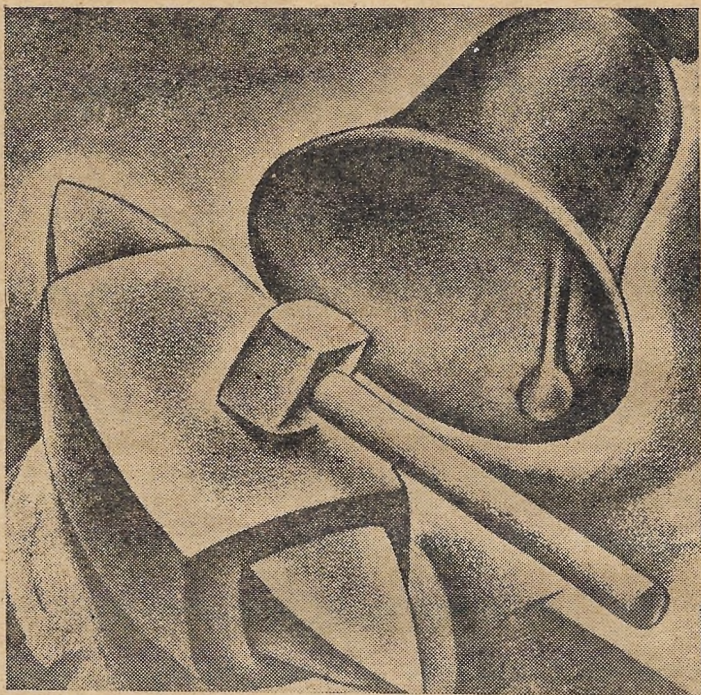
Todo el rebaño vino a ver a mamá Suaves Lanas y la rodeaban y le daban topetoncitos llenos de alegría y triscaban con gran contento, porque todos la daban ya por muerta. Y ella les contaba lo que había pasado en casa de mamá Condorina y todos movían la cabeza de un lado a otro, llenos de asombro, porque la historia que mamá Suaves Lanas contaba, era verdaderamente prodigiosa.

Mientras tanto, el corderito Copito de Nieve estaba hecho un loco, tomándose su mamadera tan glotonamente, que llegaba a atorarse.

Y es claro que ese día la familia del señor Cóndor estuvo a media ración, pero también es claro que todos estaban muy felices por haber devuelto a mamá Suaves Lanas a su hijito Copito de Nieve.

Y aquí se acaba el cuento
que de la cordillera trajo el viento...





EL TRABAJO.

EL hombre está, como todos los seres, sometido a leyes físicas, tales como el hambre, el frío, la enfermedad, etc. Tiene que procurarse alimento, casa y vestido. El trabajo es, pues, una necesidad. El hombre debe ganar el pan con el sudor de su frente.

A esta necesidad se debe la salvación de la Humanidad. Es por el trabajo que ésta se ha elevado sin cesar.

La Humanidad empezó como una familia sin herencia, desnuda, pobre. Y ha sido mediante un trabajo obstinado como poco a poco se ha civilizado a través de los siglos.

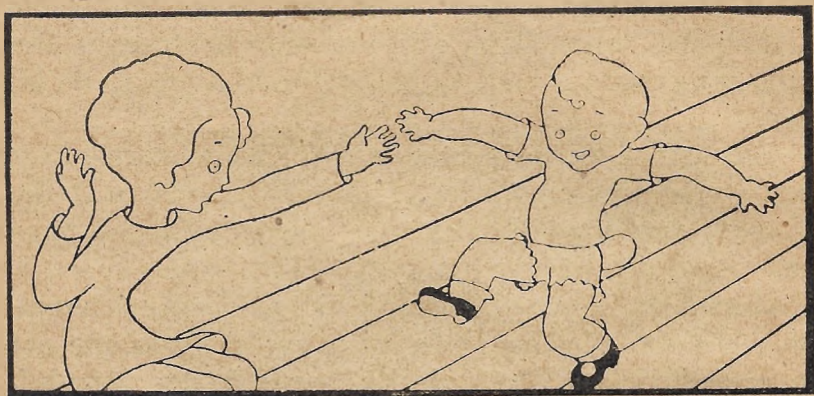
Esa fuerza del trabajo es la que ha transformado la tierra y que ha acumulado los descubrimientos materiales, intelectuales y morales, que nosotros hemos heredado.

Grande es, pues, el desprecio que merece el perezoso. Aprovecha de todos los trabajos de los hombres que nos han precedido; aprovecha de los bienes de los descubrimientos que han acumulado innumerables generaciones. ¿Y qué hace por los demás? ¿Qué hace para el porvenir? La pereza es un acto de ingratitud: es un crimen social.

Por lo tanto, todos los hombres tienen que trabajar y trabajar lo mejor que se pueda como hombres de corazón, tratando de ser útiles como hombres que saben que trabajan para todos y que aportan su modesta colaboración al progreso de la Humanidad entera.

Hacer bien lo que debemos hacer es el primero de los deberes, aunque es el más humilde.





MI HERMANITO MENOR.

(PÁGINAS DEL DIARIO DE UNA NIÑA).

HOY quiero ocuparme de mi hermanito menor, a quien tanto quiero, a pesar de que esto no es ninguna gracia, porque, ¿quién no ama a todos sus hermanos, sean chicos o grandes? Pero yo tengo con él mis preferencias, pues por eso mismo: porque es el más chiquitito de la casa.

Mi hermanito menor se llama Patricio, pero, por cariño, todos le decimos Ticho.

Ticho ya sabe andar, y va como un patito por toda la casa. Además, ya lo entiende casi todo, y yo lo voy enterando de todas las cosas. Reconozco, eso sí, que le doy algunas explicaciones un poco raras, que a veces le han costado carito, aunque lo hago sin ninguna maldad y sólo por entretenerme con él.

—Mira, Ticho, la alfombra grande del salón no es una alfombra, es una isla desierta. Y la mesita del centro es una cabaña para refugiarnos tú y yo.

Cuando nos asomamos al balcón, le he enseñado a decir adiós a todo el mundo.

—Fíjate, Ticho. Vamos en un aeroplano, y estamos volando, volando...

—¡Adiós, adiós, pobrecitos, que os quedáis andando por las calles, tontos!

—Las sillas, Ticho, son montañas altísimas, y hay que subir a ellas por un palo. No se lo digas a nadie; pero, sin querer, le hemos hecho un agujero al medio al sofá grande del escritorio de papá.

También le he contado que ese señor vestido de militar que está en un cuadro del salón, sé pasea todas las noches por los pasillos cuando estamos durmiendo. Yo no sé si lo ha entendido; pero le tiene mucho miedo, y llora a gritos en cuanto lo mira.

Por la noche, cuando la niñera lo acuesta en su camita, yo voy a entretenerlo hasta que se duerme.

—¡Yo soy un hada! ¿Sabes? Y en lugar de manos tengo dos ratoncitos. ¡Mira, mira!

Y hago con los dedos como si dos bichos se subieran a la cama.

—Ya suben a la cuna... Ya están arriba... Ya pasan sobre tus pies... y por encima de tu barriguita... Ya te llegan a la cara!...

¡Qué gritos se puso a dar una noche! Después no lo podían hacer callar, y papá dijo que yo lo había asustado. Claro que lo había asustado. Pero si no fuera por mí, el niño estaría casi tonto, como estaba antes.

¡La niñera le dice unas tonterías! «¿Cómo hace el tren?» Piii. ¿Y el gallito? Quiquiriquí. Después le toma la mano y le hace darse con ella en la cabeza. Y le canta unas historias que ni siquiera entiende:

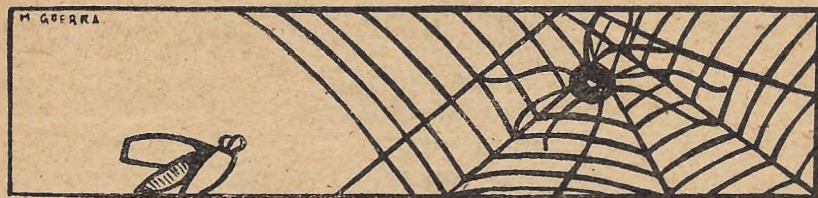
¡Qué lindas manitos!
¡Qué lindas que son!
Que son de lanita,
que son de algodón,
que son un pedazo
de mi corazón....

Todo esto es tan feo y tan poco divertido, que Ticho se estaba volviendo tonto de remate. Hasta que yo me he dedicado a enseñarle todas las cosas bonitas que hay en la casa, explicándole que no son lo que parecen.

En el cuarto de baño es donde mejor lo pasamos, aunque ya no nos encerramos en él desde que me pegaron aquella azotaina por no saber abrir... Decimos que es un «auto» la tina de baño, y nos vamos en ella al centro de Africa. Es un juego divertidísimo; pero, ¡ay!, por su culpa me quieren poner interna en un colegio...

Se me ocurrió abrir la llave de la ducha para que lloviera un poco durante el viaje, y, ¡Dios mío!, ¡qué manera de llover! El agua nos caía por la cara y por los vestidos, y yo estaba tan aturdida, que no sabía cómo parar aquello. Ticho estaba asustadísimo. Después llegaron papá y mamá y ocurrió... Bueno, no es difícil adivinar lo que me pasó.





Romance de las arañas y los ángeles.

(AUGUSTO GONZÁLEZ CASTRO).

*H*IGO mío, no pongas
esos ojos de susto:
son pocas las arañas
y los ángeles muchos.
Las arañas del cuento
que tu espanto produjo
solamente eran malas
si se hacían un nudo
y se quedaban quietas
en su rincón obscuro;
pero cuando salían
a recorrer el mundo
o movían sus largos
tentáculos peludos,
el sol se los volvía
delicados y rubios
y parecían joyas
a lo largo del muro...

*Hijo mío, no pongas
esos ojos de susto...*

*Los ángeles llegaban
desde diversos rumbos.
Se quedaban los ángeles
como meditabundos.
Ante ellos las arañas
seguían con apuro
fabricando sus telas
en telares minúsculos;
y como estaban todos
los ángeles desnudos,
diez arañas vistieron
a mil ángeles rubios,
que aunque ellas eran pocas
y aunque ellos eran muchos,
sobraban telarañas
suaves para su lujo...*

*Hijo mío, no pongas
esos ojos de susto...*

*Después, en la mañana
fue como un gran tumulto
de alas recién vestidas
bajo el cielo maduro...*

*Hijo mío, no pongas
esos ojos de susto,
y cuando seas hombre
y se crispen tus puños,
serénate, no sufras
y ve con ojos puros
tras las telas de araña
a los ángeles rubios...*



La entrada triunfal de Baquedano en Santiago.

(Carlos Silva Vildósola).

TODOS los recuerdos del año 1881 están velados por el esplendor de la entrada del General Baquedano en Santiago, a la cabeza de sus tropas vencedoras, que a comienzos de ese año habían ocupado la capital del Perú. La guerra perturbaba la vida escolar. Cada victoria determinaba días de asueto. Y esta recepción triunfal del vencedor producía una embriaguez colectiva que todavía puedo sentir a través de los años.

Los preparativos eran grandiosos. Cada día, al pasar por la Alameda, donde en las horas libres jugábamos a las carreras con palitos en las acequias que corrían por allí a tajo abierto, la veíamos llena de obreros. Armaban tablados, martillaban, erigían palcos a ambos lados de la Avenida Central, desde la calle Ahumada hasta muy abajo, hasta donde comenzaban los álamos viejos y se acababa la edificación decente, tal vez hasta la misma Estación Central, como entonces se llamaba y era la única de Santiago. Y lo más imponente, lo grandioso, lo sublime para los niños, eran los arcos que iban haciendo con estructura interna de tablas de álamo y exteriores de telas pintadas. Arco de los bomberos, hecho de escaleras; arco de sociedades obreras; arco de algún club, y sobre todo, en el óvalo de San Martín, donde estaba la estatua del general argentino, entre las calles de la Ceniza y de los Baratillos, hoy de San Martín y Manuel Rodríguez, el arco erigido por el Gobierno, que era muy alto, muy ancho, con muchos nombres de batallas y de héroes pintados en sus telones, y creo que unas estatuas alegóricas en lo alto.

Los palcos contruídos por los particulares solían ser muy artísticos. El de Vicuña Mackenna, único personaje popular entre los niños, tenía en el delantero una figura escultórica, un soldado o algo así. Acercándose el día solemne, iban adornando los palcos con guirnaldas de verduras y flores. Y en el gran palco oficial, vasta tribuna que ocupaba un gran espacio,



había un dosel y banderas y otras maravillas. Lo que más nos intrigaba eran las «granadas», esferas o cilindros suspendidos de cuerdas en el centro del paseo y que debían abrirse al paso del general vencedor y de sus soldados para soltar palomas, flores, coronas.

Había en el aire ansiedad, lucha por obtener sitios para ver bien el espectáculo; teníamos un potente orgullo de pueblo vencedor y nos sentíamos la nación más fuerte, más gloriosa, más ilustre de la tierra. No había diferencias. Desde el arrabal de la Estación, entonces poblado por conventillos míseros, pasando por las residencias elegantes de la Alameda y el Pa-

lacio de la Moneda, hasta la Catedral, donde iría el general Baquedano con su Estado Mayor para oír el Te Deum que cantaba el Cabildo del templo Metropolitano, no existía sino un pueblo algo ebrio de gloria militar, satisfecho de su aventura guerrera, convencido de su poder invencible.

Vimos la procesión triunfal desde la casa de una amiga,

algo pariente, en la Alameda, frente al palco presidencial, que era bajo y no estorbaba la vista desde el segundo piso. Tengo la visión clara de Baquedano en un caballo blanco (siempre han sido blancos los caballos de los vencedores), vestido de gran uniforme, con la banda azul de General en Jefe cruzada sobre el pecho, saludando a la multitud con el sombrero apuntado de plumas blancas que agitaba en su mano derecha, mientras con la otra tenía las bridas. Venía adelante, destacado del grupo de generales y coroneles y ayudantes. Echó pie a tierra frente al palco presidencial en medio de un vocerío que dominaba aún el estrépito de las bandas, empeñadas, como de costumbre, en tocar la Canción Nacional cada una por su cuenta, y subió las gradas. Vimos al Presidente Pinto, pequeñito, calvo, con su banda presidencial sobre el frac, levantarse y avanzar hacia el general. Y se abrazaron.

Este abrazo fué una de las hondas emociones de mi vida. El aire tenía una vibración terrible de músicas, de gritos, de rugido de muchedumbre. El sol de primavera relampagueaba en ondas de luz y de calor. Y en las almas se entraba todo aquello con un golpeteo en los corazones, una especie de delirio en que parecía que algo nos levantaba del suelo. A mi lado, mi madre lloraba y reía, y las gentes se abrazaban como si acabaran de recibir la noticia de que habíamos vencido, de que éramos dueños de un país enemigo y habíamos amanecido sólo entonces, grandes, inmensos, poderosos, invencibles.





La plegaria del árbol.

TU que pasas y levantas contra mí tu brazo, antes de hacerme mal, mírame bien.

«Yo soy el calor de tu hogar en las noches largas y frías del invierno.

«Yo soy la sombra amiga que te protege contra el sol. Mis frutos sacian tu hambre y calman tu sed.

«Yo soy la viga que sorporta el techo de tu casa, las tablas de tu mesa, la cama en que descansas.

«Yo soy el mango de tus herramientas, la puerta de tu casa. Cuando naces, tengo madera para tu cuna; cuando mueres, en forma de ataúd, aun te acompañaré en el seno de la tierra.

«Soy el pan de la bondad y la flor de la belleza. Si me amas, como merezco, defiéndeme de los insensatos».



1.2.3.4.5.6.7.8.9.0.

Hablan los números.

(Ilustró un alumno de las Preparatorias).

EL NÚMERO 1.—¡Sí, señores: soy el primero de la fila y el más derecho! Con este palito voy señalando el camino.

EL NÚMERO 2.—¡Qué nariz tan larga!

EL NÚMERO 1.—¿Nariz? He dicho que es un palito para señalar el camino.

EL NÚMERO 2.—Y yo he dicho que es una nariz larga.

EL NÚMERO 1.—En todo caso, es menos larga que su colita, amigo. ¡Colita de no se qué!

EL NÚMERO 3.—¡Ja, ja! Está muy bien eso de la colita. Casi se la piso...

EL NÚMERO 2.—¿Y usted de qué se ríe? ¡Encogido abajo y encogido arriba, como una lombriz asustada!

EL NÚMERO 4.—¡Basta de discusiones! Siga su camino o le doy un empujón con esta quilla. ¡Cuidado, pues, con que yo lo transforme en dos, señor Tres!

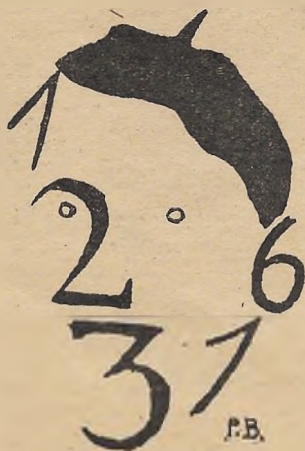
EL NÚMERO 3.—¡Ja, ja! Está muy bien eso de la quilla. Lo llamaré doña Barquita.

EL NÚMERO 4.—¿Y usted, Cinco? ¿Por qué tiende el brazo sobre su cabeza? ¿A quién está llamando?

EL NÚMERO 5.—Al Seis, que ha dejado la bolsa en el suelo y se ha quedado mirándola.

EL NÚMERO 6.—¿Quiere hacerme el favor de ayudarme a alzar esta bolsa?

- EL NÚMERO 7.—¡Ay, no puedo! ¡Ay! Tengo el pecho atravesado por un puñal. Pero aquí viene el Ocho...
- EL NÚMERO 6.—¿Yo, pedirle un favor a ese de los mofletes? ¿Y con ese nombre que parece un estornudo?
- EL NÚMERO 8.—Me parece que hablan mal de mí. ¡Bah! No me importa. Los gordos somos gente tranquila.
- EL NÚMERO 9.—¿Vamos o no vamos? ¿Qué significan tantas historias? ¡Pierdo la paciencia! Cargo la bolsa al hombro y me voy para otro lado. Saldré por esa ventana.
- EL NÚMERO 0.—¡Oh! ¡Un momento! Yo no soy ventana. ¡Soy el Cero! Nada menos que el Cero. Sépalo usted, buche de paloma. ¡Un Cero es siempre un Cero!
- EL NÚMERO 9.—Está bien... No digo que no. Pero por eso no tiene que abrir tanto la boca...



Las manos feas.

MAMA—dijo el niño mirando a la madre en la cara—, eres muy bella.

La madre sonrió complacida, pues es dulce el halago en los labios de un niño.

—Sí, continuó el niño—, no hay en todo el mundo una mamá más linda... menos en las manos.

El radiante contento del rostro de la madre se veló un poco.

—No las mires, puesto que son tan feas—dijo la madre.

—No puedo evitarlo. Cada vez que las toco tengo que mirarlas. Son manos enrojecidas y cubiertas de cicatrices. ¡Ah, si fueran lindas como tu cara!

El padre llamó aparte al niño y le dijo:

—Te contaré una historia. Una noche una criatura dormía en su cuna. Debido a un descuido tomaron fuego las cortinas de la cuna que, en un instante, quedó envuelta en llamas. La nodriza salió corriendo de la habitación, pero la madre se precipitó y con sus blancas y delicadas manos apagó el fuego y salvó a la criatura. Esas manos recibieron terribles quemaduras; durante semanas la madre las tuvo vendadas, sin poder hacer uso de ellas. Cuando al fin cicatrizaron las llagas, las manos eran...

Pero el niño no esperó el final del relato. Corrió junto a la madre, se estrechó contra su cuerpo, y tomándole las manos rojas y cubiertas de cicatrices, las besó repetidas veces, diciendo:

—Mamá: ¡tus manos son lo más bello del mundo!





VERSOS DE NIÑOS.

(*Gabriela Mistral*).

I

EL PAPAGAYO.

El papagayo verde y amarillo,
el papagayo verde y azafrán,
me ha dicho fea con su habla gangosa
y con su pico que hizo Satanás.

Yo no soy fea, que si fuese fea,
fea es mi madre parecida al sol,
fea la luz en que mira mi madre,
y feo el viento en que pone su voz,
y fea el agua en que cae su cuerpo,
y feo el mundo y el que lo creó.

El papagayo verde y amarillo,
el papagayo verde y tornasol,
me dijo fea, porque no ha comido
y el pan con vino se lo llevo yo,
y porque yo me canso de mirarlo
siempre colgado y siempre tornasol.

II LA PAJITA.

Esta era una niña de cera,
pero no era una niña de cera:
era una gavilla parada en la era.
Pero no era una gavilla
sino la flor tiesa de la maravilla.
Tampoco era la flor, sino que era
un rayito de sol pegado a la vidriera.
No era un rayito de sol siquiera,
una pajita dentro de mis ojitos era...
Alléguese a mirar cómo he perdido entera
en este lagrimón mi fiesta verdadera.

III LA MANCA.

Que mi dedito lo cogió una almeja
y que la almeja se cayó en la arena,
y que la arena se la tragó el mar,
y que del mar la pescó un ballenero,
y el ballenero llegó a Jibraltar
y en Jibraltar cantan pescadores:
«Novedades de tierra sacamos del mar;
novedades de un dedito de niña»,
«La que está manca lo venga a buscar».

Que me den un barco para ir a traerlo
y para el barco me den capitán,
para el capitán que me den soldada
y que él por soldada pide la ciudad
Marsella con plazas y trenes y calles,
de todo el mundo la mejor ciudad,
que no será hermosa con una niñita
a la que robó su dedito el mar
y a que balleneros en pregones cantan
y están esperando sobre Jibraltar.

Gaspar Cabrales.

(Antonio Bórquez Solar).

FUE un héroe este niño que tenía quince años aquel 21 de Mayo; fué un hijo del pueblo humilde, un héroe que siguió al capitán Prat hasta el momento del abordaje y que murió, seguramente, con la frente partida de un balazo, en

el mismo instante en que el comandante de «La Esmeralda» caía muerto también en la cubierta de «El Huáscar».

Nada sabemos del niño Cabrales antes de su heroísmo; pero es muy fácil suponer que tuvo su nido en uno de los cerros de Valparaíso, ahí donde toda la gente de mar enciende las luminarias de sus hogares roqueros, después de la faena diaria en el plan, en los malecones, en el mar.

Allí, en su nido roquero, el niño Gaspar oyó, por primera vez, las proezas marineras de su padre, que fué muchas veces en busca de la aventura por todos los mares del mundo; allí el



«Finscherbusch»

niño Gaspar sintió los primeros escalofríos del entusiasmo al oír el relato de las hazañas de la primera escuadra nacional. Entonces saltó de su banqueta cuando oyó la historia del asalto y toma de «La Esmeralda» en el fondeadero del Callao, por el Lord Almirante; saltó, porque sintió la chispa contagiadora del heroísmo; sintió que él tenía sangre de esos héroes, hirviente, noble, roja, abundante, para darla toda por la defensa de la Patria, lo mismo que todos los niños de Chile.

El niño Gaspar aprendió en la escuela lo que pudo. Fué juguetón, pero muy respetuoso con su profesor a quien quería mucho, porque sabía que era tan pobre como él y que tenía que ocultar su pobreza. En la escuela aprendió a cantar bien su Canción Nacional y jugando aprendió a tocar la corneta.

Cuando sus padres le dijeron que había cumplido los quince años y que ya era necesario que se ganase la vida, se metió en un bote de «La Esmeralda» y fué a ofrecerse a bordo. En la tarde, casi anochecido, se presentó a su casa con su traje flamante de marinero, con la gorrita que acentuaba sus facciones agraciadas y hacía resaltar el brillo de sus ojos.

Los padres lo abrazaron; la madre lo recibió con cierto temor por haberse ido a un buque de guerra, a pesar de que aun no había estallado el conflicto.

¡Qué lástima que no haya habido un historiador de esta vida del niño Gaspar Cabrales, corneta de «La Esmeralda» el 21 de Mayo!

Cuando el día memorable llegó, lo primero que hizo el capitán heroico, a la vista del enemigo enormemente superior en fuerzas, fué reafirmar su resolución de vencer o morir, y en seguida, llamando al niño Cabrales le dió orden de tocar «generala». A las ocho treinta y cinco minutos, Prat le mandó tocar «atención» e inmediatamente después dirigió a la tripulación su arenga que todos llevamos grabada en la mente, y a cuya conclusión los marinos prorrumpieron en el grito unánime que se desbordó de sus corazones: «¡Viva Chile!».

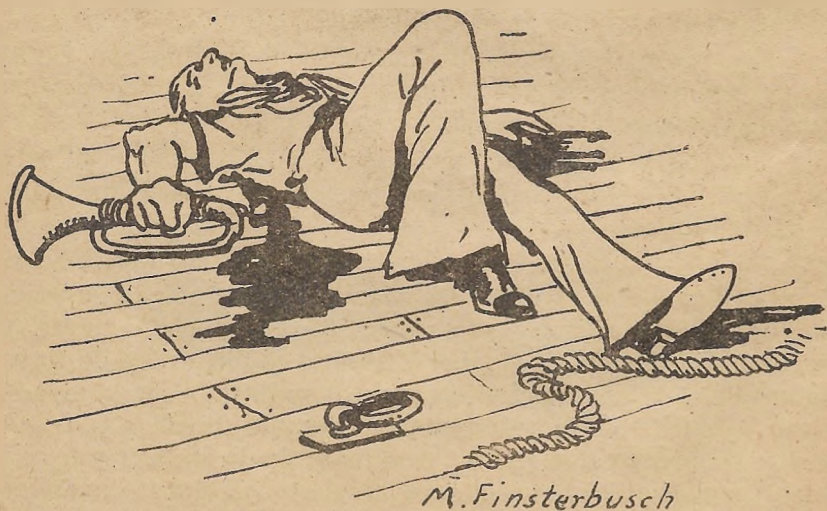
Siguió el capitán Prat con las órdenes de combate: «¡Fuego por batería!». «¡Apuntar con preferencia a la chimenea y a las torres!».

Cada una de las órdenes era reafirmada por el toque de corneta correspondiente. ¡Con qué vigor, con qué potencia de sonido que infundía un entusiasmo y un coraje inaudito en el pecho de los héroes!

El niño Cabrales, al lado de su comandante, no tembló un momento, no conoció el miedo a la muerte en medio del torbellino de fuego, y siguió repitiendo en su corneta las voces de mando hasta el momento en que Prat grita: «¡Al abordaje!», y salta.

Entonces fué cuando la bala se desvió, al retroceder «El Huáscar», después del espolonazo, y dió en la frente del niño que no alcanzó a saltar con su jefe.

¡Cuán grande fué este niño en el cumplimiento de su deber heroico!



La caza del hipopótamo.

PERSEGUIDO POR EL ANIMAL.

ENCONTRAR un hipopótamo fuera del agua, no deja de ser peligroso.

Se cita el caso de un hipopótamo que persiguió durante largo tiempo a un indígena, quien se salvó a costa de mil trabajos.

Mas, para que el hipopótamo, no habiendo sido provocado, mostrara un carácter tan agresivo, fué preciso, sin duda, que se hallara en uno de esos momentos críticos en que los animales ordinariamente tímidos se hacen por sí mismo peligrosos. Al contrario, si el hipopótamo ha sido provocado o herido, es de rigor una embestida temible contra el agresor, a no ser que una larguísima y repetida persecución a toda la especie haya hecho perder, a cada uno de sus representantes, la confianza en sí mismo, lo cual acaba siempre por verificarse después de haberse generalizado el uso de las armas de fuego.

Un indígena hizo fuego sobre un hipopótamo y erró el tiro; entonces el animal lo agarró en su ancha boca y lo cortó en dos pedazos. Hay menos peligro cuando se ataca al animal por la espalda, en atención a que se vuelve difícilmente. Los negros aprovechan frecuentemente esta circunstancia.

EL AGUA ES SU ELEMENTO.

El agua es su verdadero elemento; descienden al fondo, caminando sobre su cieno y hasta corren por él, desarraigando las largas hierbas con sus dientes retorcidos. Salt, en Abisinia, los veía andar por el fondo del Taragé a veinte pies de profundidad. De pronto suben a la superficie, sacan del agua la cabeza y respiran estrepitosamente, lanzando por las narices una columna de agua, que llega a veces a la altura de un metro.

Pero sólo respiran tan sonoramente en las localidades en que no se les hostiliza; en el Zambesi, por ejemplo. En los ríos de Loanda, donde una guerra activa les ha enseñado a ser prudentes, sólo sacan al aire las ventanas de la nariz, y respiran tan suavemente, que nadie recelaría su existencia, si no los vendieran las huellas marcadas en la orilla.

Las hembras, cuando tienen hijos muy pequeños, salen a la superficie más frecuentemente, porque su cría no puede permanecer bajo el agua tanto tiempo como los adultos. Los pequeños se mantienen primero sobre el cuello de su madre, después sobre su lomo y, finalmente, la siguen cuando va a pacer.

COMBATE DE MONSTRUOS.

Es frecuente hallar hipopótamos señalados con grandes cicatrices, porque a veces sostienen entre sí combates terribles.

Un viajero, testigo de un desafío entre dos machos de esta especie, lo cuenta en estos términos:

«En la superficie del agua lanzáronse uno contra otro. Sus grandes y asquerosas bocas estaban desmesuradamente abiertas; sus ojos chispeaban de ira; cada uno de ellos, con el mayor encarnizamiento, trataba de destruir a su adversario. Se habían asido mutuamente por las mandíbulas y se desgarraban a colmillazos, tan pronto avanzando como retrocediendo, lo mismo a flor de agua que en el fondo del río.

«Su sangre enrojecía las ondas; sus furiosos mugidos causaban espanto. Mostraban poca destreza en sus movimientos, pero, en cambio, una tenacidad incomparable para conservar su posición, y unos arranques de ferocidad terribles.

«El combate duró una hora.

«Evidentemente sus colmillos se esgrimían mutuamente contra corazas demasiado fuertes para producir heridas muy peligrosas.

«Por último, uno de los dos volvió la espalda y se alejó, dejando al otro victorioso y dueño del campo de batalla»



LA RESISTENCIA DE LA PIEL.

Para darse cuenta de la resistencia de la piel del animal, basta leer el relato de Salt, en el cual refiere una de estas cacerías, nada afortunada por cierto.

«Colocados sobre una peña alta y saliente, no tardamos en ver a 60 pies de distancia un hipopótamo que, sin desconfianza, mostró su enorme cabeza sobre el agua, bufando violentamente como una marsopla.

«Le hicimos fuego, y creímos haberle dado en la frente. Miró en torno suyo, gruñendo, y se sumergió en seguida. Pero, en lugar de ver salir su cuerpo flotando, como esperábamos, le vimos aparecer en el mismo sitio, aunque sin circunspección y sin parecer desconcertado por lo que acababa de sucederle. Le hicimos otra descarga, pero no obtuvimos mejor resultado que la primera vez. Nuestras balas de plomo eran demasiado blandas para penetrar en el cráneo de aquellos animales y rebotaban constantemente».

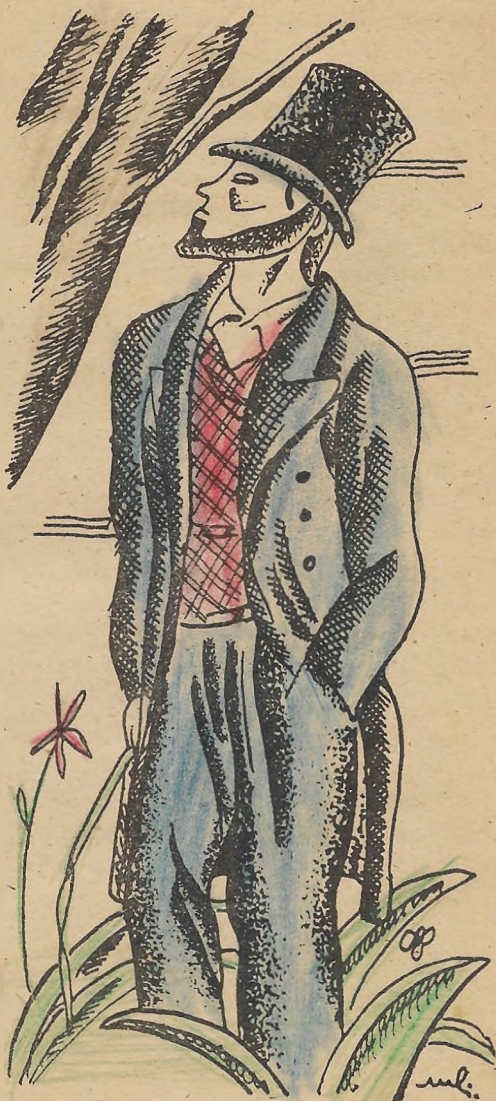
Hoy día se caza el hipopótamo con balas explosivas y balas blindadas, buscando la oreja, el punto vulnerable del animal.



LINCOLN Y LOS ANIMALES.

A BRAHAM Lincoln, el gran Presidente de los Estados Unidos, dió muchas veces, desde su niñez, pruebas de su corazón bondadoso para con los animales. Siempre que vió un animal en una situación penosa, se apresuró a prestarle auxilio. Cuéntase, entre otras anécdotas semejantes, que cierta vez se dirigía a caballo a una ciudad en cuyos tribunales debía actuar como abogado. Lo acompañaban algunos amigos, que eran también abogados. Era un día templado de la primavera y el grupo de amigos avanzaba por el camino húmedo, charlando alegremente.

De pronto interrumpió la conversación un piar asustado. Escucharon, miraron a su alrededor y no tardaron en ver dos pajaritos que aleteaban en el suelo, a un lado del camino. Habían caído de su nido, situado en lo alto de un árbol vecino. La madre revoloteaba en torno, lanzando gritos desesperados.



—¡Ah!, son esos dos pechirrojos que se han caído del nido—dijo uno.

—¡Pobres animalitos!—dijo otro—. Se morirán ahí.

—O los comerá un gato—agregó un tercero.

Y prosiguieron su camino. A poco andar, notaron la ausencia de Abraham Lincoln. Volvieron la cabeza, pero un recodo del camino no les permitía ver lejos.

—Supongo que se ha quedado atrás para poner los pichones en el nido—dijo riendo uno de ellos.

La suposición era acertada. En ese momento Abraham Lincoln trepaba al árbol llevando tiernamente en la mano los dos pajaritos.

No tardó en reunirse con sus amigos. Uno de ellos señaló con el látigo las botas embarradas de Lincoln.

—Confiesa, Abraham, que te detuviste por salvar los pechirrojos.

—Sí; no puedes negarlo—añadió otro.

—Efectivamente—replicó Lincoln—. Y les confieso que si no hubiera puesto en el nido los dos pichones, esta noche no habría podido dormir.

Otro relato referente a los buenos sentimientos de Lincoln cuenta que otra vez vió un escarabajo de patas arriba, que se esforzaba por darse vuelta. Lincoln se detuvo y lo ayudó a recobrar su posición normal.

A un amigo que lo acompañaba y que manifestó cierta sorpresa por ese acto, Lincoln le explicó:

—No tendría en este momento el espíritu tranquilo si hubiese dejado al pobre insecto abandonado en sus esfuerzos inútiles.





LA NINFA ECO.

ECO vivía en la corte de la diosa Juno; las musas le habían enseñado a cantar y a dar en la flauta hermosas modulaciones; hasta en la conversación su acento era muy grato de oír y ella, por lucirlo, estaba conversando siempre.

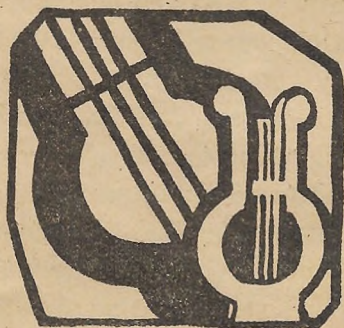
La diosa Juno, que era colérica, cansada un día de su charla, la arrojó del Olimpo; extremó su crueldad y dispuso que sólo pudiera hablar al ser interrogada.

Pero cuentan otros que Eco abandonó la corte por su propia voluntad. Amaba a Narciso, quien no tenía tiempo de mirarla, pues vivía cerca de una fuente, gozando con la contemplación del maravilloso reflejo de su cuerpo.

Eco huyó a las montañas a esconder su pesadumbre; su cuerpo fué enflaqueciendo hasta desaparecer, se evaporó como una fuentecilla la sangre de sus venas; la calidad de sus huesos pasó a las rocas; y se quedó vagando por las montañas,

sin que desapareciera del todo su voz. Se alejó de las mesetas y de las llanuras, y fué a ocultarse en lo más hondo de las grutas, donde todavía existe. Si hay silencio y se la llama claramente, ella responde; pero, por su tristeza, su voz se oye como rota y muy lejana.

No ama a los hombres, pero suelen buscarla los niños, que la llaman con gritos, muchas veces, hasta que ella contesta desde una quebrada. La siguen y ella se va alejando más y más y se podría dar vuelta a la Tierra sin alcanzarla nunca. No es que se burle, sino que gusta de la soledad, porque recibió daño viviendo entre los hombres.



LA CARRETA.

(*Víctor Domingo Silva*).

CRUIENDO, rechinando, quejándose de todo,
se arrastra la carreta por sobre el polvo gris;
ya ahoga hasta los ejes las ruedas en el lodo,
ya muele con las llantas los granos de maíz.

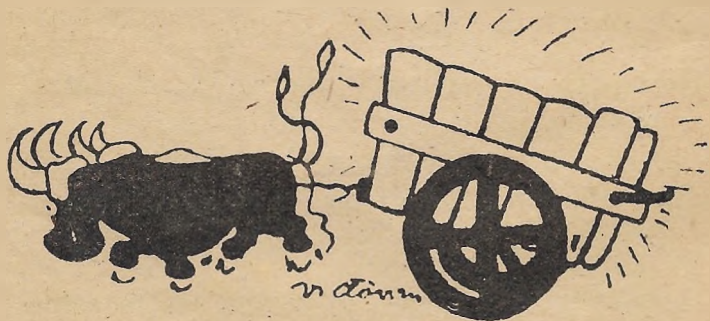
Mientras las ruedas trazan dos rayas paralelas,
y el mozo carretero masculla cantinelas,
y en lluvia de oro caen los granos de maíz,
crujiendo, rechinando, quejándose de todo,
saltando en los gujarros, ahogándose en el lodo,
se arrastra la carreta por sobre el polvo gris.

Revientan las espigas y se desgrana el trigo
a cada tartaleo que la carreta da.
Pasa un pájaro hambriento, y el carretero—«¡Amigo,
—le dice—allí usted tiene para un banquete ya!»

Revientan las espigas, se parten las mazorecas
y brillan como esmaltes bajo la luz solar.
Lejos, tras el cercado de látigos y de horcas,
revuélcanse las yeguas cansadas de trillar.

¡Cómo brilla la paja de las enormes eras!
Parece un edificio de rubias cabelleras,
áureo vellón de espumas que hace estallar el sol.
Y el carretero piensa: —¡Por Dios, si fuera mío!...
(El infeliz, probando la hartura del estío,
no olvida sus ayunos de pan y de alcohol).

Mientras las ruedas trazan dos rayas paralelas,
y el mozo carretero masculla cantinelas,
y en lluvia de oro caen los granos de maíz,
crujiendo, rechinando, quejándose de todo,
brincando entre los baches, hundiéndose en el lodo,
se arrastra la carreta por sobre el polvo gris.





LA UNION HACE LA FUERZA.

(Guyau).

YO vi una vez una hormiguita que caminaba a la ventura.

Encontró de pronto, en su camino, un grano de trigo.

Ella hubiera deseado llevárselo, pero ¿cómo hacer?

¡El grano era tan grande y ella tan débil!

Entonces subió sobre un guijarro, desde donde miró el campo, como desde lo alto de una torre.

Miró y remiró largo rato.

Por último divisó a dos compañeras suyas y corrió hasta alcanzarlas.

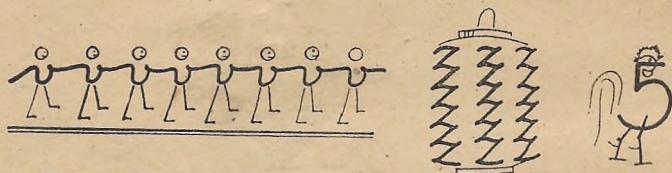
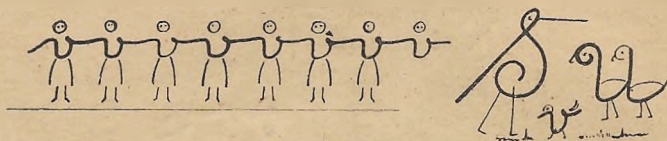
Frotó su nariz en la nariz de sus compañeras como para decirles: —«Vengan en seguida conmigo; cerca de aquí encontré algo muy bueno».

Entonces las tres hormigas se dirigieron hacia el grano de trigo y lo recogieron.

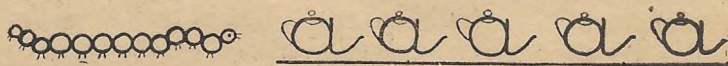
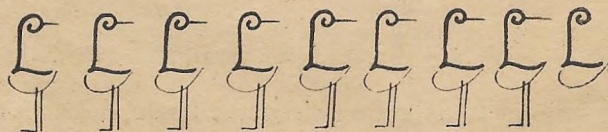
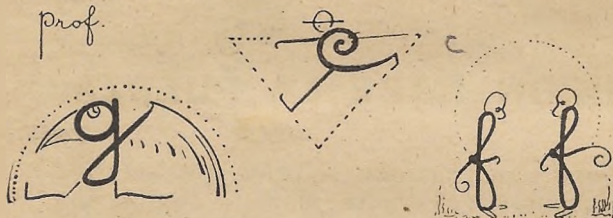
Lo que no podía hacer una sola, las tres lo hacían fácilmente, y el fardo que así era liviano, fué llevado en triunfo entre todas.

Y yo comprendí una vez más la verdad de este proverbio tantas veces repetido: «La unión hace la fuerza».

Analicen estos ejercicios de caligrafía.



E. Otaiza M.
prof.



¿Con qué letras se han realizado?

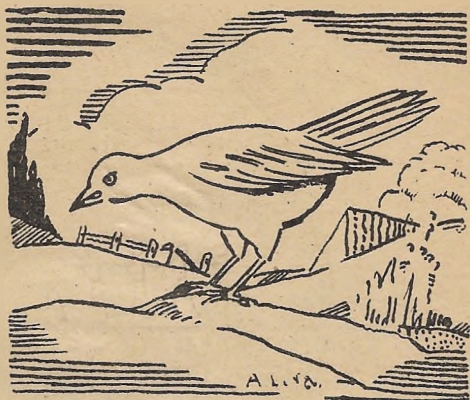
El zorzal.

(Alfonso Bulnes).

LO vi en el huerto esta mañana: corría sobre la rama de la parra vieja, y se paraba atento. Uno o dos picotazos, y quitaba al racimo el grano más dorado.

Lo vi más tarde correr junto a la acequia: un trecho breve, y una paradilla para escuchar qué pasa bajo el barro, junto al agua corriente. El zorzal escucha, volteada hacia el suelo la cabeza renegrida, y ya impaciente, da un picotazo rápido. Vuelve a escuchar: el golpe ha sido certero, y un nuevo picotazo levanta una lombriz.

En el parrón y en la acequia, en la acequia y el huerto nuevamente, el zorzal ha cogido abundante sustento... Y ahora canta, mientras la tarde llega melancólica. Ya no lo veo como en la acequia o el parrón. Cae el canto de la ancha copa de la encina; es larga la frase y apasionada... La tarde avanza; la copa de la encina se aprieta oscura; la frase es larga, apasionada y melancólica como este apagarse del valle entre los cerros violeta.





El hombre conquista el fuego.

HUBO una época muy lejana en que los hombres no sabían producir fuego. Su vida era entonces tan miserable que nos cuesta concebirla.

El hombre vivía entonces como las fieras, aislado, comiendo carne cruda y refugiado en cuevas, como los animales.

Los más inteligentes de ellos, debieron observar los incendios producidos en los bosques por la lava de los volcanes o por los rayos ardientes del sol en los mediodías del verano.

Observarían, asimismo, los efectos del rayo al carbonizar y convertir en brasas las ramas de los árboles.

Hasta que al fin, después de muchos intentos para aprisionar el fuego, descubrieron que dos trozos de madera seca, frotados uno contra otro, ardían.

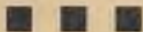
La Humanidad le debe mucho a ese anónimo y lejano conquistador del fuego.

Durante muchos miles de años, los hombres continuaron haciendo fuego mediante este procedimiento primitivo. Los salvajes de nuestros días, que viven como hace miles de años, lo emplean todavía, pero como la madera no sirve si está húmeda, conservan constantemente fuego encendido en los bosques, especialmente durante el invierno. El empleo del pedernal y el eslabón ha venido mucho tiempo después, porque durante un largo período no se conoció el uso del hierro.

Los pueblos primitivos consideraron al fuego como algo tan extraordinario, que lo adoraron como una cosa divina.

Cuando el hombre se habituó a las comodidades que suministra el fuego, echó de ver que la resina o goma procedente de ciertos árboles da más incremento a la llama y prolonga su duración. Entonces aprendió a derretir esas resinas y sumergiendo en ellas palos secos, los convirtió en antorchas que sirvieron para iluminar sus casas. Este sistema de alumbrado ha sido usado hasta hace pocos siglos. A principios del siglo XIX, aun no se alumbraban las calles, y la gente que salía en noches oscuras necesitaba llevar antorchas o linternas.

Sin embargo, así como el fuego existía antes que el hombre lo aprisionara, también existían el gas y la electricidad, pero nadie había descubierto todavía el modo de utilizarlos.





MADRECITA.

(ARTURO CAPDEVILA).

*DI, ¿quién será tan bueno
que si dijera yo:
«Dadme una estrella», al punto
fuera a traerme dos?
Sólo la madre lo hace,
fuente de todo amor.*

*Dadme una estrella, madre!
Y ella me daba dos:
sus ojos como estrellas
profundas del Señor.*

Viajando en el Graff Zeppelin.

(NOTAS DE VIAJE DE UN PERIODISTA).

PREPARATIVOS PARA LA PARTIDA.

NUESTRA llegada al Japón fué algo inolvidable. A media noche tomamos el tren para Kasumigaura. A las cuatro el *Graff Zeppelin* emprenderá nuevamente su vuelo. Esta vez será para intentar la hazaña inaudita de franquear de un lado a otro el Pacífico temible, que ningún ser humano había osado todavía afrontar en crucero aéreo.

El Hotel Imperial está lleno de rumores y de fiebre. A duras penas podemos abrirnos paso a través de la multitud que espera para aclamar al doctor Eckener y a los suyos por última vez.

La entrada de la estación de Tokio ofrece un aspecto imponente. Una muchedumbre ruidosa rueda a lo largo de los corredores, inunda las escaleras, se extiende por los andenes y finalmente se divide en terribles remolinos en torno de los vagones.

Todavía me pregunto cómo no nos han arrastrado, arrollado, aplastado, ahogado. Toda esta multitud va a Kasumigaura, para asistir a la partida del *Graff Zeppelin*.

El tren corre, corre. ¡Ya llegamos a Kasumigaura! Fuera de la estación, la gente asalta toda clase de vehículos.

El hangar, con su masa colosal, se recorta en la noche sombría. Nuevamente suena el silbato estridente del doctor Eckener, que nos lanza, una vez más, a la temible aventura.

La salida del *Graff Zeppelin* es muy lenta esta noche. Los buenos marineritos japoneses parecen algo asustados por esta maniobra del mastodonte.

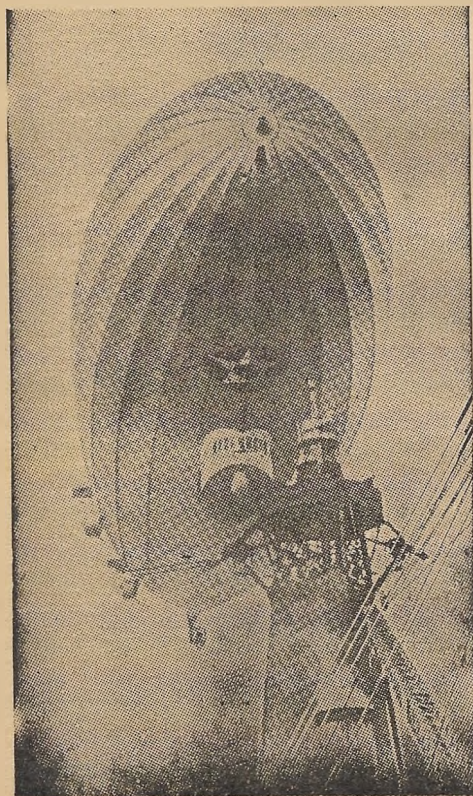
Por fin han sacado al dirigible. Los hombres, como ramos agarrados a sus cuerdas, mantienen todavía al dirigible

en este campo de donde se levantará dentro de algunos segundos a la orden del maestro.

LA TORMENTA SOBRE EL PACIFICO.

¡Ya hemos partido! El inmenso clamor de los marinos y la multitud que se precipitaba, entre miles y miles de brazos levantados con entusiasmo, parecían elevar al cielo el gran cáliz de plata que sube, sube...

Veinte minutos de vuelo sobre tierra y ya lo vemos, apacible, lamiendo con su blanca espuma la costa arenosa y llana,



inmenso y sin límite, el monstruoso horror del agua sin compasión: ¡el Pacífico!

Desde los 500 metros de donde lo dominamos, se nos ofrece, empañado, plomizo, con sus ondas empequeñecidas por la altura, temible y siniestro.

Esta vez es cosa seria. Escribo en mi diario de viaje: «Jueves 22 de Agosto, a las quince horas cinco minutos, salida».

Apenas encima de sus ondas, el *Graff Zeppelin*, no es más que un juguete del Pacífico.

Entonces, junto a las palabras: «a las quince y cinco minutos», escribo: «¡Cerca de 9.000 kilómetros por recorrer de un

solo vuelo, sin desfallecer, hasta encontrar tierra americana!».

Es un largo camino... Sin embargo, habiendo cruzado victoriosamente, en el viaje de ida, las hostiles estepas de Siberia, en donde un aterrizaje forzoso significaba una catástrofe, no me voy a asustar en el Pacífico.

Y en este momento empiezo a verlo colérico...

Ya hace más de dos horas que dejamos la costa japonesa. Nuestro crucero, empujado por un fuerte viento, alcanza 135 kilómetros de velocidad. ¡Buen viento, si no se estropea!

La parte del cielo hacia donde se dirige tan de prisa, aparece sumamente sombría. Por momentos, el *Graff Zeppelin*, como atormentado por un estremecimiento, sacude su almacén.

Hasta ahora, no es más que un ligero balanceo que ondu la su marcha.

Todo es gris en torno nuestro. Grises las ondas, gris el cielo y el aire donde navegamos. La tormenta que la víspera había impedido nuestra partida, está ahora ante nosotros. La hemos alcanzado y hacia ella nos precipitamos con toda la fuerza de nuestros cinco motores. ¿Dar la vuelta? ¡Dios sabe hasta dónde se extiende la tormenta! En el Norte y en el Sur se señalan temibles depresiones. ¿Cambiar la ruta para tentar quizás otra aventura peor?

El prudente piloto que dijo ayer: «Esperemos», va a ordenar ahora: «Pasemos».

¡Adelante! El *Graff Zeppelin*, a sus órdenes, entra en la tormenta.

Las nubes negras, bajas, pesadas, chorreantes, extienden la noche antes de tiempo, sobre este mar plomizo.

Y el viento ruge en los costados del dirigible. El impasible crucero que no se movió hasta entonces, parece sacudido por una mano potente y temible.

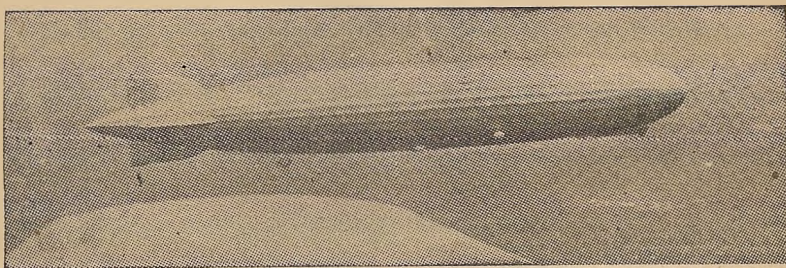
Cabecea y se balancea duramente. El golpe de viento que lo desbocó, lo deja momentos después, cayendo como una flecha sobre el mar.

Toda su formidable y delicada armadura tiembla y gruñe

como si fuera a dislocarse por estos golpes que le asesta el viento.

A ratos, como si se hiriera contra un obstáculo imprevisto, vibra dolorosamente y parece que se va a desgajar. Agarrándome donde puedo, voy hasta la cabina de dirección. Quiero ver al doctor Eckener. Quiero saber...

La puerta que he entreabierto me ha dado en las narices violentamente cerrada por el viento. En el cuartito de pilotaje



que agujerea la noche con su claridad, los dos pilotos de altura y de dirección, con las manos crispadas en los volantes, los dientes apretados, miran ansiosamente pero con seguridad, los instrumentos inertes que se animarán para ellos en los minutos de peligro.

El doctor Eckener mira de un lado para otro con la gorra calada, el cuello levantado, todo mojado por la lluvia abundantísima que se filtra a través de los cristales.

Más que el viento, la mirada que me lanzó me obliga a cerrar la puerta.

Tiene razón. No hay que turbar, con la apariencia de una inquietud, al que, por la vida de todos, sostiene esta lucha dramática.

Dejemos solo, en su duro combate, al piloto, al maestro.

Estrellándome en las paredes, vuelvo a mi cabina. En seguida, mudo, miro el asalto feroz que emprende el viento contra nosotros, en la noche.

Del seno de la oscuridad ha brotado un relámpago que me ha lanzado jadeante hasta mi cama.

Ahora se siguen rápidamente los relámpagos y parecen saltar de todos los puntos de este cielo tormentoso. Su luz azul ilumina las pesadas nubes negras.

Entonces, cierro los ojos y, a mi pesar, me acuerdo de la antorcha viviente en que se convirtió nuestro dirigible *Dixmude*.

—¡Setenta mil, sí, setenta mil metros cúbicos de hidrógeno sobre esta cabeza dolorida que está temiendo una horrible catástrofe!

—¡Setenta mil metros cúbicos de hidrógeno! ¡Qué hermoso fuego de artificio para alumbrar esta noche negra!

Con los ojos perdidos en este cielo, incendiado por momentos, tecleo en mi máquina de escribir, con dedos nerviosos, y esto calma algo mi temor.

¡Setenta mil! ¡Setenta mil!

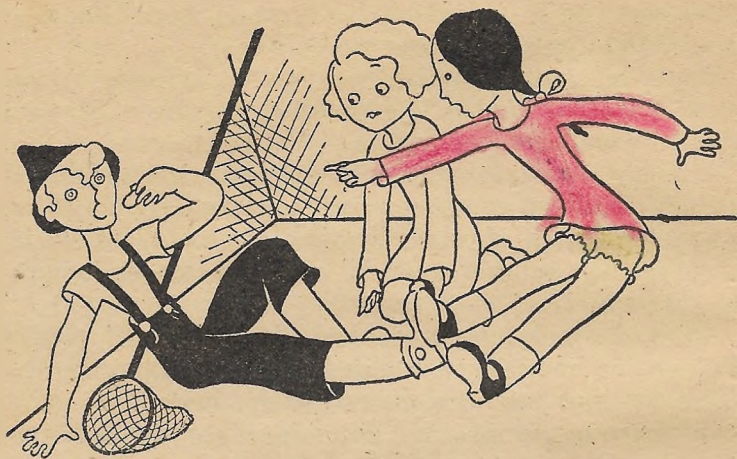
Y de pronto sonrío, porque, a lo lejos, pero frente a nosotros, en la bóveda negra del Cielo, brilla una estrella.

El *Graff Zeppelin* venció a la tormenta. Y ha seguido avanzando apaciblemente, seguro de sí mismo.

El doctor Eckener ha aparecido entre nosotros y ha vuelto a sonreír. Este hombre formidable no se ríe nunca mucho rato. Nos habla de la noche pasada. Y nos dice la alegría y la confianza que encontró en el valeroso comportamiento de su crucero durante la tempestad.

—Es la tormenta más violenta—nos dice—que he tenido que afrontar en más de 3.000 vuelos realizados a bordo de *zeppelines*. Por primera vez también, me he encontrado en un cielo surcado por tan numerosos relámpagos...





EL CUCURUCHO.

(César Bunster).

(ESCENA COMICA),

Personajes: Lucho, Blanca, Lina.

X (En la playa, en una mañana de vacaciones). X

LUCHO.— Amiguita Blanca, ¿por qué no puede conversar conmigo sin estar apuntándome con el dedo? Dicen que eso no es buena educación, y como yo la estimo...

BLANCA.— Le apunto con el dedo, primito, por no tener una escopeta con la cual hacerle los puntos.

LUCHO.— ¡Qué susto! En una niñita como usted, sobrina de mi mamá y prima mía, esa contestación acusa malos sentimientos. Voy a decírselo a mi mamá para que me tome un seguro de vida y para que no volvamos a veranear juntos.

LINA.— Blanquita no es una niñita mala.

LUCHO.— ¿Usted qué sabe, duraznito de la Virgen?

- LINA.— Sé muchas cosas, caballerito. Por ejemplo, que usted se cree persona importante, y que es muy burlesco. Y eso no está bien en un alumno distinguido como dicen que es usted.
- LUCHO.— ¡Muchas gracias! Confunden la burla con la alegría de carácter.
- BLANCA.— Linita tiene razón. Por eso mismo, para defenderme de este gran señor, mi primo, necesito una escopeta. ¡Del primer disparo voy a volarle el cucurucho!
- LUCHO.— ¿Cucurucho?
- BLANCA.— Sí, cucurucho, cucurucho y cucurucho. Sé un cantito que dice:
- Necesito mucho, mucho
Señores, un gran serrucho
para cortarle a don Lucho
su cómico cucurucho...
- LUCHO.— ¡Me dedican versitos y quieren que no me sienta persona importante!
- LINA.— *(Aplaudiendo a rabiar)*, ¡Lindo! ¡Lindo! ¡Qué divertido! ¡Qué divertido!
- LUCHO.— ¿Usted qué sabe, Betty Boop? El burlesco no soy yo, me parece...
- BLANCA.— Porque te la gané esta vez, antes que tú comen-
zaras el ataque. Por algo vienes armado de ese
otro cucurucho que traes en la punta de un palo.
¡Qué caballero tan encucuruchado!
- LUCHO.— Pero no armado de escopeta, sino de esto otro, para
cazar mariposas. No tengas, pues, cuidado. ¿O te
crees una mariposa?
- BLANCA.— ¿Por qué no? Yo he leído en algún cuento que los
niños son como las mariposas, por lo delicados.
- LUCHO.— ¡Delicada mariposa deseando una escopeta para
apuntarme!
- BLANCA.— ¿Ves, Lina? ¡Ya comenzó a burlarse! ¡Ya comenzó
a burlarse! ¡Voy a acusarte a tu mamá! ¡Voy a acu-

sarte a tu mamá! Del segundo disparo voy a despachar para el otro mundo al «fantoche» que te comiste hace tiempo.

LUCHO.— Eso me duele. No soy lo que llaman los niños un fantoche. Nunca farsanteo. Jamás hablo de mí mismo. Me gusta un poco la broma, nada más. Pero no ofendo, lo que no estaría bien en un niño ni en nadie. Cierto que he sido un alumno sobresaliente y estoy, naturalmente, satisfecho por ello, porque he trabajado mucho durante el año. No me habrás oído irlo repitiendo ante los demás, ni apocar a mis compañeros, lo que tampoco habría sido correcto. Como mamá no se cansa de manifestar su contento por mis buenas notas, a muchas personitas se les ha ocurrido que me ando echando viento. Eso me duele, Blanca.

LINA.— ¿Le duele? ¡Cómo irá a ser cuando le hagan el tercer disparo!

LUCHO.— ¿Usted, qué sabe, granito de arroz?

LINA.— Unas cuantas cositas, porque también estudio en el colegio. Pero, como me ven chica, me creen una ignorante.

LUCHO.— A ver, contéste me esta pregunta. ¿Qué hizo Colón inmediatamente después de haber puesto un pie en América?

BLANCA.— ¡Bah! Eso es más viejo...

LINA.— ¡Claro! Es más viejo...

LUCHO.— Bueno, pero dígame qué hizo.

LINA.— Por el momento no me acuerdo... pero lo sé. ¿Qué hizo?

LUCHO.— Muy sencillo: puso el otro pie.

LINA.— Blanquita, hazle el tercer disparo, porque me está tomando el pelo.

BLANCA.— No, no, mi hijita. ¿No ves que si le vuelo el cucurucho queda desencucuruchado y se le escapa enton-

ces por ahí toda la inteligencia? Al fin y al cabo es primo mío y es un buen niño, quitándole todo lo malo...

LUCHO.— Gracias, primita; pero dime dónde está lo malo para quitármelo yo mismo.

BLANCA.— En una sola cosa. ¿Te lo digo? ¿No te enojas?

LUCHO.— No me enojo. Quiero corregir mis defectos.

BLANCA.— Muy bien. Por dentro no hay nada malo ni feo, porque eres estudioso, amante de tus padres y de buen corazón. Lo malo está por fuera, en ese traje rarífico que has venido a estrenar en la playa.

LINA.— Sí. Parece que tu primito termina por arriba en un cañón de cocina con su copetito para que salga el humo...

LUCHO.— ¿A qué se mete usted, florcita de ilusión? Ahora voy a contarte una cosa. Blanca. ¿No te enojas?

BLANCA.— No me enojo.

LUCHO.— Bueno. Este traje que llamas rarífico y que es muy cómodo, me lo regaló después de los exámenes, mi tía, es decir, tu mamá, para que lo estrenara en la playa. ¿No lo sabías?

BLANCA.— (*Muy cortada*). No... No lo sabía... Es decir, sí, lo sabía... Y haz de saber tú otra cosa: que yo estaba bromeando y que tu traje es lo más novedoso y lo más lindo que he visto en la playa.

LUCHO.— Repite ahora los versitos del cucurucho.

BLANCA.— ¡No me los preguntes! ¡Se me olvidaron! ¡Se me olvidaron! Y vámosnos, Lina. Reconozco que este caballerito me la ha ganado en toda la línea. (*Van-se las niñas corriendo*).

T E L Ó N



EL PADRE DE LOS INDIOS.

BARTOLOME de las Casas fué el santo de la colonización de América. Rico y joven, llegó al nuevo mundo dispuesto a hacer carrera y mayor fortuna. Anduvo por tierras indias, y un día sintió que su corazón se llenaba de santa misericordia por los infelices indígenas.

Arrojó su espada de gentil-hombre aventurero, se ciñó un sayal de fraile, y desde entonces hasta que pasó los noventa años, no vivió más que para sus indios.

¡Sus indios!

El padre de las Casas los veía oprimidos y maltratados, y lloraba de ira y de piedad. Por sus miserables indígenas, a quienes llamaba sus hijos, peleaba con reyes, con virreyes, con los duros señores de su tiempo. En aquellos humildes hombres color cobre, el santo veía sus hermanos ignorantes y oprimidos.

Pronto su fama corrió por toda América. Las indias besaban los pies del apóstol cuando pasaba por los pueblos y los caminos. Ibase a España, una vez y otra, y sus gritos de noble indignación por sus indios oprimidos resonaban en la Corte. Volvía a América y era su mano trémula de amor o de ira la que detenía el látigo del encomendero sobre la espalda humillada del indio.

Y así, pasó larguísimos años en esta labor, porque él sabía que procedía en nombre de la fraternidad humana, de la justicia y del amor.

LA MAR.

(NIÑO FRANCÉS).

Marecita, sé buena con los hombres.
Déjalos pasar en lancha
y no hagas olas.
Marecita, sé dulce con las gentes.

Cuando veas trasatlánticos
junto a los acantilados,
no hagas la tempestad.
Marecita, sé buena con los trasatlánticos.

Cuando veas peces,
no bajas demasiado de prisa,
porque los peces podrían quedarse en la playa
y los muchachos los recogerían.
Marecita, sé buena con los peces.



POLIFEMO.

(A. Palacio Valdés).

EL coronel Tolodano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz, que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa de anchas alas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aun más que esto, infundía terror la mirada dura, sedienta de sangre, de su ojo único. El Coronel era tuerto. En



la guerra de Africa había dado muerte a muchísimos moros y se había gozado en arrancarles las entrañas aún palpitantes. Eso creíamos al menos ciegamente todos los niños que al salir de la escuela íbamos a jugar al parque de San Francisco, en la muy noble y heroica ciudad de Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente los días claros, de doce a dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos divisábamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones; y cuando no, escuchábamos su poderosa voz, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El Coronel era sordo también, y no podía hablar sino a gritos.

Este hombre que infundía terror, tenía un sobrino de ocho o diez años, como nosotros. ¡Desdichado! No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo, he visto a un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo, como la de Gasparito Toledano, paseando con su tío. No entendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito, cómo no enfermaba del corazón o moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones: «—¿Se lo habrá comido ya?» Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experimentábamos sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que, un día u otro concluiría por ser víctima de algún capricho sanguinario de Polifemo.

Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro vivaracho signos de terror. Al contrario, brillaba constantemente en sus ojos una alegría cordial que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío marchaba con la mayor soltura, sonriente, feliz.

—«¡Gaspar!»—. El aire vibraba y trasmitía aquel bramido a los confines del paseo. Todos palidecíamos. Sólo Gasparito

atendía sin inmutarse. «—¿Qué quiere usted, tío?»—, y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía vivir en la misma desgracia, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía al nombre de Muley, en recuerdo sin duda de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El Muley, como Gasparito, vivía feliz en poder de Polifemo. Gracioso, juguetón, era, sin ofender a nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

No es raro entonces que todos los días estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible hacerlo, sin peligro de que el Coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho, queso y otras golosinas que nos daban nuestras mamás. Mas, a fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, diré que no mostraba más afecto a quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo, entre los niños, no existían clases sociales), un pobrecito hospiciano, llamado Andrés, que nada podía darle, porque nada tenía. Pues bien: las preferencias de Muley estaban por él.

¿Adivinaba el Muley que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro; pero así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado a concebir una verdadera pasión por ese animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque, y se presentaba por allí de improviso Muley, ya se sabía, llamaba aparte a Andresito y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se divisaba allá entre los árboles.

Pero esas entrevistas rápidas y llenas de temores fueron sabiéndole a poco al hospiciano. Por eso, una tarde, con osadía increíble, se llevó a presencia nuestra el perro hasta el

Hospicio, como en Oviedo se denomina la Inclusa (1), y no volvió hasta al cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El Muley parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el Coronel aún no se había ido del paseo ni advirtió la desaparición de su perro.

Repitiéronse una tarde y otra tales escapatorias. La amistad de Andresito y Muley iba en aumento. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por Muley. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos. Pero aun no estaba contento el hospiciano. En su mente nació la idea de llevarse al Muley a dormir con él a la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores al lado del cuarto de éste, en un pobre jergón de hojas de maíz. Una tarde condujo al perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche deliciosa para el desgraciado niño! No había sentido en su vida otras caricias que las de Muley, porque siempre le habían tratado con el látigo en la mano. Los dos durmieron abrazados. Allá, al amanecer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa.

—Mira, Muley—dijo en voz baja, mostrándole la herida.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas, lo soltó. El Muley corrió a casa de su dueño, pero a la tarde ya estaba en el parque dispuesto a seguir a Andresito. Volvieron a dormir juntos aquella noche, y la siguiente, y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo. Andresito era feliz al borde de un precipicio.

Una tarde, hallándonos todos jugando, oímos detrás dos formidables estampidos:

—¡Alto! ¡Alto!

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un re-

(1) *Inclusa*, casa en que se crían y albergan los niños pobres que no tienen padres. En Chile: la Casa de Huérfanos.

sorte. Frente a nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que se roba a mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el ladrón? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba a uno en pos de otro. El Muley, que lo acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces, Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo—repitió el chico en voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú!—dijo el Coronel sonriendo ferozmente— ¿Y tú no sabes a quién pertenece este perro?

Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es?—volvió a preguntar a grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para oír mejor.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos a ver?

—Del señor Polifemo.

Al escuchar que le nombraba por su apodo, cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí, pensé que Andresito estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El Coronel lo miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

*M. Funderbusch*

—Porque es mi amigo y me quiere—dijo el niño con voz firme.

El Coronel volvió a mirarlo fijamente.

—Está bien —dijo al cabo—. ¡Pero cuidado con que otra vez te lo llesves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso, se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda, y dijo, volviéndose:

—Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas a secuestrar al perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresillo había dejado caer la moneda al suelo y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El Coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? ¡No llores, hijo mío!

—Porque lo quiero mucho..., porque es el único que me quiere en el mundo—gimió Andrés.

—¿Pues, de quién eres hijo?—preguntó el Coronel, sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo?—gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al Coronel profundamente afectado. Abanzóse al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, lo abrazó, lo besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te he dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

Y después que lo hubo consolado con éstas y otras razones, se fué de nuevo al paseo, volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes?, hijo mío?... Cuando quieras...

Dios me perdone: pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba de gozo.



EL CAFÉ.

TODOS sabemos cuáles son los principales productos de Chile, pero con frecuencia sabemos muy poco sobre la producción de los demás países americanos. Es nuestro deber adquirir ciertos conocimientos sobre esta materia; todo lo relativo a América debe también interesarnos. Recordemos algo, por ejemplo, sobre el café, que cada día saboreamos a la hora del desayuno.

El café es un valioso producto del Viejo Mundo, que se ha aclimatado perfectamente en el Nuevo, donde alcanza hoy día las mayores cifras de producción.

La mayoría de los hombres de ciencia están

de acuerdo en que el cafeto es originario de Abisinia. De allí los primitivos navegantes lo llevaron a Arabia, de donde pasó a la Europa meridional, y más tarde, a las islas del Caribe, llevado por los exploradores que siguieron la ruta de Cristóbal Colón, el Gran Almirante. Pasó en seguida al Brasil, uno de cuyos estados—el de Sao Paulo—es en la actualidad el principal productor de café de esa nación.

Hoy día el café se cultiva en muchos países latinoamericanos: en Méjico, Cuba, República Dominicana, Bolivia, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú. Pero la principal nación productora de café en todo el mundo, es el Brasil. Sólo en el



estado de Sao Paulo, hay más de 1.000.000.000 de cafetos en producción. En todo el Brasil hay más de 2.924.339.000 de cafetos. Es por eso que el Brasil produce cerca del 65% del café que se consume en el mundo.

Entre los países latinoamericanos productores de café, después del Brasil, está Colombia, que cuenta con unos 440 millones de cafetos en producción; y está también Venezuela, en donde hay 240.000.000 de cafetos.

Para visitar las grandes haciendas de café, no hay más que tomar un automóvil en la ciudad de Sao Paulo y emprender la marcha. Los cafetos ofrecen un panorama bellissimo, sobre todo si se encuentran en flor. La historia de quienes allí trabajan es a menudo muy interesante. Entre los magnates del café en el Brasil, hay hombres que empezaron la vida en la más completa pobreza. Uno de éstos es actualmente dueño de tierras en que hay plantados 8.000.000 de cafetos, los cuales producen, anualmente, un promedio de 300.000 toneladas de café. En estas tierras viven más de 10.000 personas, la mayoría de las cuales trabaja. Ha habido años en que las ganancias líquidas del dueño de estas propiedades ha pasado de un millón de dólares...

El cultivo del café en gran escala es una tarea difícil y costosa. En el Brasil las tierras productoras son caras. Al iniciar una nueva hacienda productora de café, hay que tener en cuenta, entre otras muchas cosas, la fertilidad del suelo en las nuevas tierras, su situación respecto a los ferrocarriles, carreteras u otras vías de comunicación. Una vez desmontada o preparada la tierra, se plantan los cafetos, a unos tres metros de distancia. Es necesario, además, dejar en pie muchos árboles y sembrar plátanos cerca de los cafetos, para que éstos tengan sombra. Si se mantiene el terreno bien desmontado y las heladas no dañan la plantación, al cabo de cuatro o cinco años aparecerán los primeros frutos.

Los cafetos están siempre verdes y alcanzan de tres a seis metros de altura.



El juramento de Régulo.

LOS romanos estaban en guerra con Cartago, antiguo y poderoso estado del norte del Africa.

Vencedores los cartagineses en una batalla, hicieron muchos prisioneros y entre ellos al general romano Atilio Régulo.

X Pero habiendo sido vencidos, a su vez, los cartagineses, los romanos hicieron prisioneros a muchos generales enemigos.

Entonces, los de Cartago, decidieron enviar al propio Régulo a Roma para que negociara el rescate de prisioneros. Si lo conseguía, quedaba en libertad.

Los cartagineses exigieron a Atilio Régulo el juramento de que volvería a su cautiverio en caso de que Roma no accediese al intercambio de prisioneros. En esta forma los cartagineses esperaban que él sería quien mejor lu-

charía por el buen resultado de las negociaciones, puesto que su libertad dependía del buen éxito de las mismas.

Se equivocaron. Este, como muchos romanos, prefería a su interés personal los intereses de la nación. De ahí que Régulo en lugar de aconsejar un rescate que perjudicaría a Roma, puesto que los cartagineses eran más y de los mejores, aconsejó que no se diera lugar al pedido.

El Senado romano comprendió que tenía razón y siguió su consejo. Quiso impedir luego que volviera a Cartago, tal como lo había prometido. Pero él dijo simplemente: «He jurado». Y en vano fueron todos los esfuerzos por detenerlo. En vano las personas respetables quisieron probarle que no tenía por qué cumplir ese juramento y volver al país enemigo, donde sería sacrificado, tanto más cuanto que las negociaciones fracasaron por consejo suyo.

En vano lo rodearon su mujer, sus hijos, sus amigos, pidiéndole que no volviera a Cartago. A todos les contestó: «Seguid los consejos que os he dado y olvidad a Régulo. He prometido a los enemigos ir a entregarme a ellos si Roma rechazaba la paz: cumpliré mi juramento. No ignoro la suerte que me espera, pero prefiero morir antes que mi alma se manche con un crimen».

Y sin proferir una palabra más, rechazando a su mujer y a sus hijos, volvió a Cartago.

Los cartagineses lo encerraron en un barril erizado de clavos y lo hicieron rodar desde lo alto de una colina.

Así murió este gran hombre; pero su nombre será inmortal, porque con su gesto ha demostrado hasta dónde puede llegar la grandeza humana.

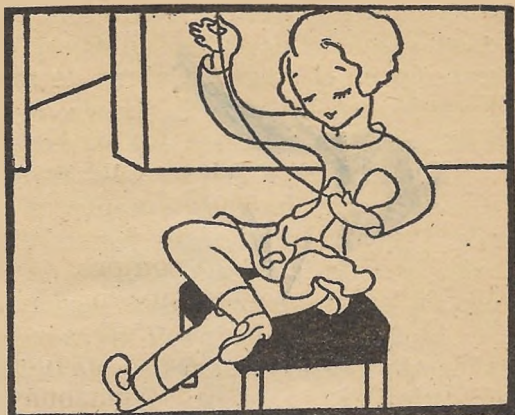
Este hombre honra a toda la Humanidad.



El santo del papá.

(Carlos Wagner).

HACE quince días que la casa ha tomado aires misteriosos. Se trama y esconde algo en los rincones. A cada paso se ve uno detenido por una puerta cerrada, y cerrados están todos los cajones que de ordi-



nario están abiertos. ¿Qué sucede? Muy sencillo; el santo de papá se acerca y los niños preparan las sorpresas. En ese cajón se disimula un paquete cuidadosamente atado, y detrás de esa puerta que no quiere abrirse, alguien se ha encerrado para terminar un soberbio mapa.

Viendo a todos sus hermanos y hermanas atareados, Luisita no ha querido ser menos. Desde hace varios días, desaparece a ciertas horas, y nadie ha podido averiguar dónde se esconde. Ha encontrado detrás del gallinero un pequeño reducto, donde va, ella también, a trabajar para papá. ¿Qué será lo que prepara? ¡Ah!, sólo ella está en el secreto...

Pero la víspera del gran día ha llegado. Los niños se han acostado encargando muy encarecidamente a la vieja Liseta les llame a las siete para sorprender a papá cuando despierte. Respecto a Luisita, ha estado muy cariñosa con Liseta, le ha dado dos sonoros besos, y le ha dicho al oído: —A mí me llamarás a las siete menos cuarto.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, toda aquella tropa infantil se viste de prisa, se pone en armas, se apretuja ante la puerta del cuarto de papá, dispuesta a invadirlo al primer aviso. Por fin, una orejita aplicada a la cerradura cree

haber oído ruido en la habitación. Ha llegado el momento, y todos, cargados de flores, de cajas, de objetos de arte, hacen irrupción en el cuarto. Cubren de rosas el lecho paterno, y en él amontonan los regalos. Luego, al desenvolver los preciosos objetos, vienen los abrazos y las exclamaciones sin fin.

Hasta aquí, Luisita no ha entregado nada. Se mantiene retirada y, con las manos cruzadas atrás observa lo que sucede. Una vez apaciguado el movimiento, avanza un poco tímida, y ante la mirada atónita de los mayores, presenta un rollo de papel gris un poco arrugado... y una carta.

Al desenrollarlo, papá se encuentra con un bordado de cañamazo multicolor, sin forma precisa ni dibujo, de un efecto indescriptible.

Respecto a la carta, lleva como dirección una serie de garabatos, y dentro, cuatro páginas llenas de la misma letra, además de unos cuantos borrones. Luisita, dicho sea en secreto, es completamente analfabeta. Al ver aquellos regalos, los hermanos mayores ríen a carcajadas, y la criatura, aturdida, prorrumpe a llorar.

Pero papá, muy conmovido, levanta en sus brazos a la pequeña, la abraza tiernamente y le dice: —«Gracias, Luisita querida; consuélate, no llores; tu regalo me da mucha alegría. Me mandaré hacer unas zapatillas con tu bonito bordado, y guardaré tu carta en la cartera, porque yo entiendo tu escritura. Has querido decirme en ella que me querías, y es eso lo que también has bordado con lana encarnada, azul, verde y amarilla. Es bastante. Más tarde, me ofrecerás, como tus hermanos, labores más perfectas y felicitaciones en estilo más cuidado. Ojalá puedas decir siempre con el mismo corazón:— «¡Quiero a mi papá!».

■ ■ ■



AMERICA.

NINGUNA empresa fué tan difícil como la del descubrimiento de América.

Hasta el siglo XV, que es el propio siglo del descubrimiento, se prolongó la leyenda del mar tenebroso, que atemorizaba a los marinos. Lisboa era por aquel entonces la ciudad en que más se hablaba de la existencia de un continente nunca explorado. Pero de Flandes, de Alemania, de más lejos, venía la gente a referir aterradoras fábulas que helaban el entusiasmo de los más valientes. Por ejemplo, la leyenda de cierto rey, al que se le atribuía haber enviado tres navíos a explorar el negro océano del Sur, con tan horrible resultado, que en el único navío que volvió, al cabo de tristes meses, tornaron blancos de canas, «como árboles cargados de nieve», siendo la mayor tragedia de esta mísera gente que nadie los reconociera más. Tan distintos los había dejado el diabólico hechizo de una isla prohibida a la que por su mal arribaron.

Los sabios, sin embargo, no descansaban; y Lisboa hervía de anhelos. No solamente acudían los sabios; también llegaban los soñadores y los aventureros; también los grandes comerciantes y empresarios.

A esta Lisboa fué adonde acudió Colón, con más fundada esperanza. Pero nadie lo oyó. En cambio, los reyes de España creyeron en él, y España tuvo por premio un mundo nuevo.

Pero nada muestra tanto el heroísmo de Colón, como ese diario de navegación que iba escribiendo a bordo. Rómpele el timón de «La Pinta»: se sigue bogando. Llamas y humo del volcán de Tenerife espantan los ánimos: se sigue bogando. La aguja se desvía hacia el Oeste con siniestro pronóstico: se sigue bogando. No ha soplado un solo día viento contrario y la tripulación se pasa en este clamor: «¡No hay vientos en estos mares para volver a España!» El viento muda, se puede retornar, pero se sigue adelante bogando. Pinzón grita un día: «¡Tierra!, ¡Tierra!» Y no es verdad, sino burla de las aguas: pero se sigue bogando. El piloto, de oído en oído, va diciendo: «Estamos a 578 leguas de las Canarias» (y estaban a 707), pero se sigue bogando. Se sigue bogando...

Hasta que un día se oyó exclamar: «¡Tierra! ¡Tierra!». Y era verdad.





JESUS NIÑO.

(ALFREDO R. BUFANO).

POR las callejuelas
de Jerusalén
andan Jesús Niño,
María y José.

Rubiedad más pura
ya nadie ha de ver,
ni nieve más blanca
que su fina piel.

¿Conocéis los astros
del amanecer?
¿Conocéis la dicha
de ver y no ver?
Así son los ojos
del Dios de Belén,
y así las profundas
miradas de El.

Mejillas de fresas
y labios de miel,
de nubes las manos,
de nardos la tez.

¡Ay sus piececillos!
¡Ay sus lindos pies!
Son de luna y nácar
y de rosicler.

Salió para verlo
de la mar el pez,
las flores más dulces
se abrieron para El;
el Sol se detuvo
y el mundo a su vez;
y el mar y la tierra,
y el cielo también,
cantaron a coro:
«¡He ahí nuestro Rey!»

Le dice a la Virgen
y al santo José:
«¡Ya nunca, Dios mío,
yo me he de perder,
y al que me llamare
le responderé!»

La Virgen sonríe,
sonríe José.
Un lucero brilla,
perfuma un laurel,
tañe una campana
con hondo tañer.

¡El mundo está inmóvil
a los pies de El!

¡Hay que ser hombrecito!

(MONÓLOGO CÓMICO PARA NIÑO).

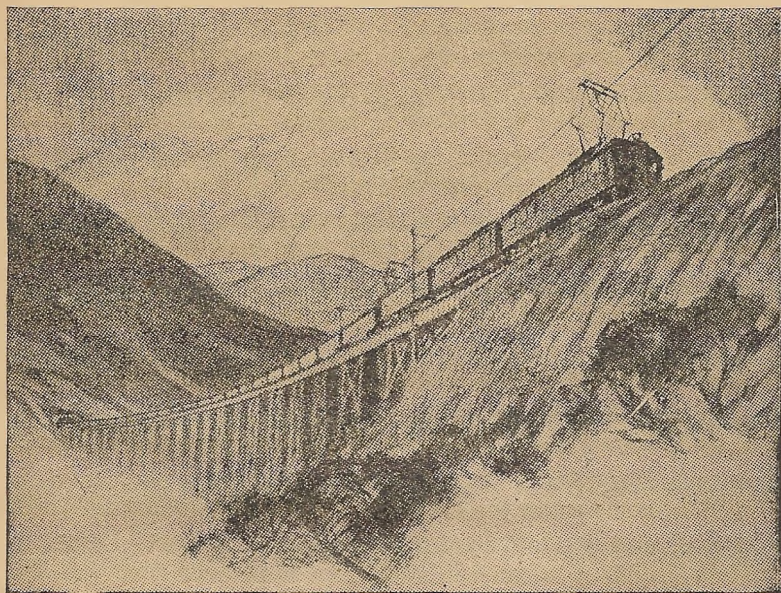
DICEN que soy tímido, que me asusto por nada, que me lo paso afligido o llorando, como uno de esos sauces con me- lenita que hay por ahí. ¡Eso me da rabia! Mis compañeros del colegio no me conocen. Yo no soy así. Por esta injusticia que cometen conmigo, ¡claro!, he llorado muchas veces. No lo niego. «Hay que ser hombrecito»—me dicen a cada rato. Yo creo serlo. Pero ellos entienden por ser hombrecito algo muy distinto, y como no los acompaño en ciertas cosas, me dicen que ando con pantalones por equivocación. ¡Eso me da rabia! ¡Eso me hace llorar! ¿De modo que para ser considerado hombrecito debo conducirme como algunos de los que me llaman cobarde? Ellos no hacen sus tareas y desean que nadie las presente.



Yo me niego. «Hay que ser hombrecito»—me dicen entonces. Un compañero, sin haber por qué, me contesta en mala forma. Yo me callo. Inmediatamente alguien me pregunta: «¿Y vas a quedarte tan tranquilo con lo que ese te dijo?» Y exclama en seguida: «¡Hay que ser hombrecito!» Otras veces, sin ningún motivo, uno de esos compañeros «diablos» que nunca faltan, me ajusta, de paso, un fuerte coscorrón. Como es más grande que yo y no puedo defenderme, lo acuso al inspector. Bien pronto vuelvo a escuchar la frase: «Hay que ser hombrecito,

mi amigo. Los hombres no acusan». Y vienen las burlas. ¿De manera que para ser considerado hombrecito hay que contestar con bofetadas a los mal educados, hay que soportar en silencio cuando los niños más grandes nos castigan sin razón? Yo no entiendo las cosas así. Creo ser un buen compañero, conduciéndome en forma muy distinta. Cuando puedo prestar una ayuda, lo hago con gusto. Practico el compañerismo como debe practicarse, como lo entienden muchos buenos niños del curso. ¿Alguien no pudo hacer un problema? Aquí estoy para explicárselo, si me es posible. ¿Se necesita hacer algo en provecho de todos? Listo estoy para prestar mi modesta colaboración. Es bien triste que a uno no lo comprendan. Da mucha rabia y pena que a uno le estén diciendo injustamente cosas desagradables, como «gallina», Jeremías, «el heladero». Como todavía no he conseguido que esos compañeros «gallos» se convenzan de que están equivocados conmigo, he venido a pedirles un consejo, señoras y señores. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo debo conducirme en adelante para evitar tantas lágrimas y molestias? Les agradeceré mucho que me aconsejen con franqueza. ¿Debo cambiar? ¿Seguiré siendo como hasta ahora he sido? ¡Nadie me contesta! ¡Ninguno de ustedes, entonces, quiere darme un consejo! ¡Esto me da pena! ¡Esto me da rabia! «Hay que ser hombrecito», caballeros... ¿Qué hubo? ¡Todos permanecen callados! ¡Me dejan solo! ¡Completamente solo! No se atreven a darme el consejo que les pido. Yo he sido bastante hombrecito para contarles francamente lo que me pasa Ustedes, en cambio... ¡Me dejan solo! ¡Esto me da rabia! ¡Esto me da pena! ¡Esto me hace llorar! ¡Yo que creía que ustedes, señores, eran bastante más hombrecitos que yo! Y después dicen que uno se lo lleva llorando sin razón... (*Finge llorar*). Tendré que irme con mi música a otra parte, donde encuentre algún señor bien hombrecito que se atreva a darme un consejo. ¡Mala suerte de uno no más! (*Váse llorando cómicamente*).

T E L Ó N .



EL “GRINGO CHILENO”.

HE aquí una bonita fotografía del ferrocarril eléctrico de Santiago a Valparaíso, en la cual se ve un tren en plena marcha. ¡Cuánto han progresado últimamente las vías de comunicación en nuestro país! Desde que en 1843, bajo la presidencia de don Manuel Bulnes, se empezó a construir una de las primeras líneas férreas del hemisferio sur que comunicaría el puerto de Caldera con las minas de Copiapó, hasta la fecha, se han construido en Chile importantes ferrocarriles.

Pero no vamos a hablar ahora de redes ferroviarias, sino de una hazaña realizada en un tren en marcha, que merece ser conocida. Ocurrió lo que vamos a narrar en la línea ferroviaria que une nuestra Capital con nuestro primer Puerto.

El 12 de Marzo de 1885, el tren expreso de Santiago a Valparaíso, al cruzar la cuesta de El Tabón, pudo ser causa de una catástrofe sin precedentes. Precipitado en una velocidad loca, no obedecía a la resistencia de la locomotora y el maquinista resultaba impotente para intentar nada. Y fué en ese momento, en medio del pánico y del asombro de los pasajeros, cuando, con hermosa temeridad, sin miedo al miedo mismo, un hombre recorrió los carros por su parte alta, cerrando las palancas, hasta lograr detener el tren, con peligro evidente de su vida. Fué esa una hazaña temeraria, que le valió a su autor un homenaje público de gratitud, del cual se estampó el recuerdo en una medalla alusiva.

Ese hombre decidido y valiente se llamaba Mr. Wharton Peer-Jones, y era llamado cariñosamente por sus amigos el «gringo chileno», porque, a pesar de ser extranjero, era un chileno de corazón.

Vivió largos años en Chile, rodeado de consideraciones, y prestó valiosos servicios a nuestro país.

Hace muchos años, quien llegaba a su casa era saludado, desde la puerta, con nuestra Canción Nacional, ejecutada en un antiguo fonógrafo, de aquellos que aun ignoraban los actuales discos de precisión. A la cabecera de su lecho y en la testera de su comedor, las banderas chilenas hacían las veces de dioses penates en el hogar. ¡Bella alma la de ese hombre, la de ese «gringo chileno», que era todo un valiente!

Más de cincuenta años han pasado desde que tuvo ese hermoso rasgo de valentía, que merece ser recordado como un ejemplo y que es acreedor a la gratitud de los chilenos.



Historia de un chanchito de madera ⁽¹⁾.

AH, si pudiera ser un héroe!—suspírala un chanchito de madera, pintado de rosa, que se hallaba en el escaparate de una juguetería.

—¿Por qué quieres ser un chanchito heroico?—le preguntó su hermano gemelo, expuesto a su lado—. Se diría que tienes corazón.

—¡Por cierto que lo tengo! Es quizá de madera, pero lo siento palpar en mi pecho.

Y el chanchito de madera exhaló un prolongado suspiro. Entonces en el escaparate, resonó una carcajada general.

Un capitán de fiero aspecto y orgulloso porte, que se pavoneaba en su uniforme recamado de oro, exclamó:

—¿Y ustedes hacen caso a ese chanchito de madera que pretende poseer un corazón? ¡Ja, ja, ja! ¡Y que quiere ser un héroe! ¡Oh, oh, oh!

Y el oficial se echó a reír a carcajadas.

Una bellísima muñeca recién llegada de París volvió con gracioso gesto la cabeza, y dijo:

—¡Ah, ah, mi estimado Rintintín! Le daré un consejo. No tenga corazón, no, no. Sólo sirve para sufrir, sí, sí. Y en cuanto a eso de ser un héroe, no me parece cosa envidiable, porque casi siempre los actos heroicos son acompañados de fractura de huesos.

El pobre chanchito de madera no comprendió esas palabras, porque en vez de oírlas se pasó el tiempo mirando a la muñeca tan bella, tan elegante, tan distinguida... De pronto, atraído su atención un niño de sonrosadas y gordinflonas mejillas que, apoyada la frente en el vidrio, no cesaba de admirarlo, a él y a su hermano gemelo.

(1) Este cuento ha sido escrito por un niño de 12 años. Así lo dice un jurado de escritores que le acordó uno de los tres primeros premios de un concurso literario infantil celebrado en París.

Era evidente que ese niño anhelaba tener en sus manos los dos chanchitos hermanos, tan bien hechos, que los que los miraban no tardaban en creer que los oían gruñir. Un minuto después, el niño entró en el negocio, seguido por una mujer joven, de amable sonrisa, pero pobremente vestida, y por un hombre en quien, aun desde muy lejos, cualquiera hubiera reconocido a un marinero.

El dependiente se adelantó a su encuentro con la sonrisa en los labios, y por otra parte, no poco sorprendido, porque esa clase de personas no solían ser clientes de la casa.

—Tío Ricardo, quiero uno de esos chanchitos que están en el escaparate.

—Pero ¡hijo mío!—le observó la mujer—. Debe de ser muy caro.

Y volviéndose hacia el marinero, agregó:

—No le hagas caso, Ricardo. Es un juguete de demasiado precio para Andresito.

El tío Ricardo extendió el brazo con ademán majestuoso:

—Eso es asunto mío, Francisca. Aunque cueste una locura, se lo he de comprar, porque quiero ver contento al niño y porque tengo con qué pagar.

Y mostró en la mano algunos billetes de Banco.

—Ven, Andrés: elige el chanchito que te guste.

Y seguido por el sobrino, se acercó al escaparate.

—¡Dios mío! ¿Me elegirá?—piensa ansiosamente Rintintín.

Andrés, después de un momento de indecisión, tiende la mano y toma a Rintintín, muy orgulloso por haber sido elegido.

—¡No, no lo envuelva!—dice el tío Ricardo, depositando en la mano del dependiente el precio del juguete.

Salieron en seguida y se perdieron en las callejuelas estrechas y tortuosas.

Han transcurrido algunos años. El tío Ricardo, que partió hace mucho tiempo, no volvió más. La mujer y el niño llevan



luto. El chanchito color rosa vive todavía, mimado por Andrés, que lo acaricia y lo cuida solícitamente. Pero ya no se llama Rintintín. Andrés le ha puesto el nombre de Cochote. Su dueño es ya un mozo hecho y derecho. Dentro de quince días partirá en un barco, porque el mar lo llama con insistencia.

Andrés ha partido y la pobre madre llora y llora. El afligido Cochote la mira con sus ojos pintados. Le late fuerte el conmovido corazón de madera. Quisiera consolar a la mujer, tranquilizarla con palabras afectuosas, pero no puede hablar.

La madre de Andrés está enferma y ve con angustia que se le acaban los pocos centavos. Un vecino le proporciona socorros, pero, como retribución de sus servicios, se lleva uno tras otro los pobres muebles del hogar. Un día, al ver al chanchito de madera que lloraba—y lloraba con todo su corazón, aunque nadie veía sus lágrimas—, el vecino poco escrupuloso, alzó a Cochote y después de examinarlo con atención, dijo:

—Hoy, señora, me llevaré este chanchito, que me parece muy lindo.

—¡No, no! Es un recuerdo de mi hijo. Llévase, en cambio, esa silla del rincón, que ya no uso.

El vecino tomó la silla y se fué.

Por fin, un día volvió Andrés, con algunas monedas en el bolsillo.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Y Andrés, en un transporte de ternura, abrazaba a la madre.

—¡Hurra! ¡Hurra!—gritaba el chanchito de madera, con voz sin sonido.

—Y ahora prepararemos una sopa. ¿Dónde está la leña para el fuego?

—¡Ya no hay leña en casa, hijo mío!

—¡Ah! Ahí está el chanchito de madera. Ven conmigo.

Andrés alza el chanchito, se lo lleva a la habitación contigua y le da un beso en la frente.

—¡Adiós!

Pronto arde el fuego en la chimenea y hierve en la olla la sopa. Nadie, a no ser Andrés, habría podido decir de dónde salió la leña que se consumía con llama clara.

—Hijo mío, ¡qué lindo fuego!

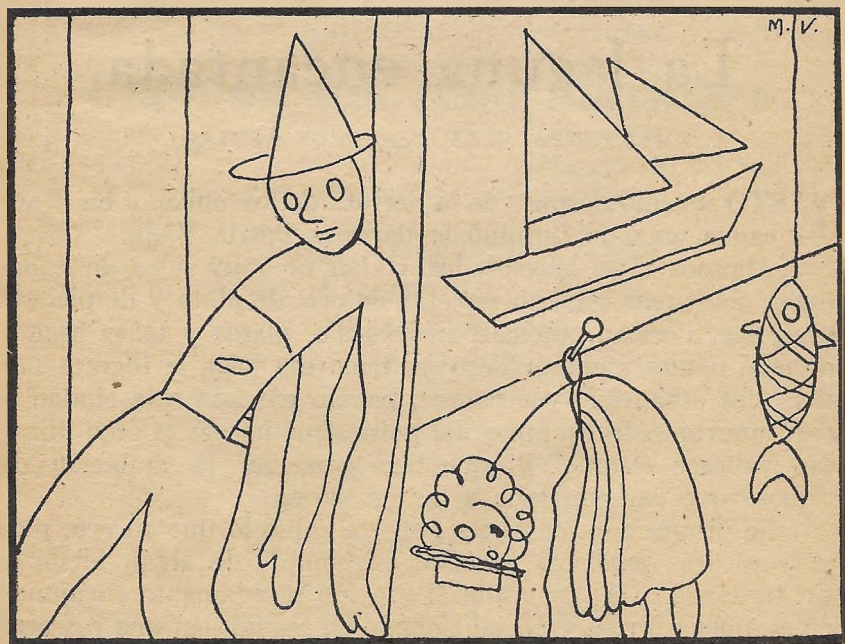
Y la madre, al verlo, se extasiaba con las manos juntas.

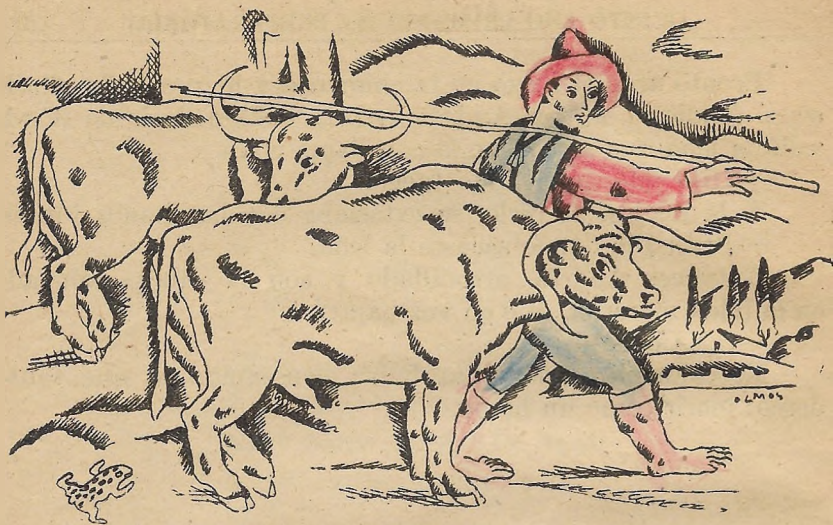
—Pero, ¿de dónde sacaste la leña?

Entonces Andrés, arrodillado y con la cabeza apoyada en la falda materna, dijo en voz baja:

—¡Es Cochotel!

El chanchito color rosa había conseguido lo que tanto deseó: morir como un héroe.





La laguna encantada.

(LEYENDA DE LA LAGUNA DE ACULEO).

ESTO sucedió después de la derrota de los chilenos en Rancagua, cuando terminó la llamada Patria Vieja.

Algunos ricos hacendados vivían no muy lejos de aquel lugar. Sus arcas estaban repletas de oro, de plata y de piedras preciosas. Poseían, además, rica vajilla, platos y tazas hechos de esos nobles metales. Pero un buen día llega la ingrata noticia: los españoles, vencedores, habían entrado a la ciudad y eran nuevamente los amos del país. ¿Qué hacer? ¿Cómo librar tan valiosos tesoros? Porque bien conocían la ambición de riqueza que caracterizaba a los invasores.

Se propusieron entonces poner a salvo lo que en oro, plata y piedras preciosas poseían, enviándolo de algún modo y sin tardanza a la Argentina. Todo fué rápidamente encajonado en buena forma y acondicionado en seguida en una carreta.

¿A quién se confiaría la carreta con tan preciosa carga?

En el acto acudió a la memoria de los dueños del valioso tesoro la única persona en quien tenían ciega confianza: un antiguo mozo de la hacienda, de cuya fidelidad estaban seguros. Lo llamaron y le hablaron así:

—Deberás salvar esto que te confiamos, cueste lo que cueste. No omitas ningún sacrificio para defender nuestro tesoro. Tenemos mucha confianza en tí. Pero, como todo puede suceder, prométenos que en ningún caso permitirás que se apoderen de él los españoles.

Y el mozo contestó con estas elocuentes palabras:

—Aunque en ello me vaya la vida, no permitiré que los españoles se adueñen de lo que pertenece a mis patrones.

Apenas hubo pronunciado estas palabras que tenían todo el valor de un solemne juramento, clavó la picana a sus bueyes y emprendió su marcha rumbo al norte, siempre en dirección hacia Los Andes, resuelto a atravesar por allí la Cordillera.

Había llegado a las inmediaciones de la Laguna de Aculeo, no muy distante de Santiago, cuando divisó a cierta distancia algunos españoles armados que lo perseguían, pues se acercaban al galope. Entonces el mozo se dijo para sí:

—Si echo mano de mi puñal, capaz sería de matar a dos o tres de ellos; pero ¿qué ganaría con esto? Al final me matarían a mí y se repartirían los tesoros que mis patrones me han confiado. Tampoco quiero huír. Lo mejor será que me seposite en el lago con carreta y todo.

Resuelto a realizar sus propósitos, apuró sus bueyes con nerviosos gritos y fieros picanazos, hasta que llegó a la orilla de la laguna y, sin vacilaciones, avanzó laguna adentro, guiando siempre su carreta. Tan grande era el peso del oro que conducía, que todo se hundió profundamente en el fango y desapareció para siempre.

Y desde que esto ocurrió, cada vez que alguien se acerca de noche a esa laguna, siente los gritos del mozo azuzando a su yunta, gritos que provienen de las profundidades de las aguas...

ERASE UNA VEZ...

(RAMÓN PÉREZ DE AYALA).

*ERASE una niña bonita.
Le decían todos ternezas
y le hacían dulces halagos.
Tenía la niña una muñeca.
Erase la muñeca muy rubia
y su lindo nombre Cordelia.
Una vez, érase que se era...*

*La muñeca, claro, no hablaba,
nada decía a la chicuela.
—«¿Por qué no hablas como todos
y me dices palabras tiernas?»
La muñeca nada responde.
La niña, enojada, se altera.
Tira la muñeca al suelo
y la rompe, y la pisotea.*

*Y habla entonces por un milagro,
antes de morir, la muñeca:
—«Yo te quería más que nadie,
aunque decirlo no pudiera...»
Una vez, érase que se era...*



PEDRO DE VALDIVIA.

(*Francisco Valdés Vergara*).

EL CONQUISTADOR.

LA empresa de conquistar a Chile quedó desacreditada en el Perú con el fracaso de la expedición de Almagro. Los soldados de éste regresaron en tal estado de pobreza y de fatiga, que inspiraban lástima. Desde entonces la tierra chilena fué considerada como la más pobre de América.

Había, sin embargo, un capitán español, Pedro de Valdivia, más ambicioso de fama que de riquezas, que se había distinguido como oficial subalterno a las órdenes de Pizarro, y que sintiéndose con ánimo y capacidad para ser jefe de conquistadores, formó el atrevido proyecto de pasar a Chile, de someter el país a la autoridad del rey de España y de gobernarlo en nombre de éste.

Con sus propios recursos, es decir, con los bienes adquiridos en la conquista del Perú, Valdivia organizó, en el año 1540, un cuerpo expedicionario de 150 hombres, y al mando de esta pequeña fuerza recorrió centenares de leguas hasta llegar a las orillas del Mapocho.

FUNDACION DE SANTIAGO.

Acampado en la llanura que ocupa Santiago, al pie del Cerro Santa Lucía, Valdivia hizo la fundación de esta ciudad el 12 de Febrero de 1541. Los sitios fueron distribuídos entre los conquistadores, quienes se ocuparon inmediatamente en construir sus habitaciones.

En una esquina del sitio reservado para plaza de armas se levantó un pequeño templo, transformado más tarde en iglesia catedral. Todos estos edificios eran miserables construc-



ciones de troncos de árboles y barro, techados con paja de maíz. Las primeras casas de la capital de Chile apenas aventajaban a las pobrísimas rucas de los indios.

Por las noticias de Almagro, sabía Valdivia que en Chile no había otros alimentos que papas, maíz y algunas frutas silvestres. Por este motivo trajo varias fanegas de trigo, semillas de hortalizas, cerdos, gallos y gallinas. No pudo traer

bueyes, vacas ni ovejas, porque el viaje a través del desierto y la cordillera, era muy largo; estos animales se trajeron más tarde, cuando fué posible conducirlos por mar. Valdivia y algunos de sus compañeros trajeron caballos para servirse de ellos durante la marcha y para utilizarlos en la guerra.

UN SANGRIENTO COMBATE.

Una noche, mientras los españoles dormían, los indios entraron en Santiago, en gran número, con el intento de matar a sus enemigos. El momento estaba bien elegido para el ataque, no sólo porque los españoles descansaban sin sospechar el peligro, sino también porque Valdivia estaba ausente, reconociendo el sur del país con algunos de sus soldados.

Los indios que asaltaron a Santiago eran muy numerosos. Se dice que pasaban de 5.000. Los españoles eran solamente 20 soldados de infantería y 30 de caballería, mandados por el capitán Alonso de Monroy.

Valdivia había hecho construir un fuerte en la ciudad. Allí fueron sitiados los españoles y resistieron valerosamente los asaltos de los indios durante más de quince horas. Pero su situación era muy apurada, porque no podían darse un descanso, sin renovar sus fuerzas.

Los indios no supieron oponer resistencia al ataque que por último emprendieron los jinetes españoles. Pronto se vieron en derrota y emprendieron la fuga. Entre los españoles había una sola mujer, llamada Inés de Suárez, que peleó en el combate como el más valeroso de los soldados. Se cuenta que ella, por su propia mano, degolló a uno de los caciques prisioneros.

En la noche que siguió al combate, los españoles no tuvieron dónde dormir. Sus habitaciones habían sido quemadas. Sus ropas y sus alimentos también había sido destruídos por el fuego.

Luego que Valdivia tuvo noticia de lo sucedido, regresó rápidamente a Santiago desde el Sur, para auxiliar a sus compañeros y tomar venganza del desastre.

DERROTA Y MUERTE DE VALDIVIA.

Sintiéndose más fuerte con ciertos refuerzos que trajo del Perú, Valdivia organizó una expedición más numerosa y mejor armada, para hacer la guerra a los araucanos y fundar, en el territorio ocupado por éstos, algunas ciudades que sirvieran de base permanente al dominio español.

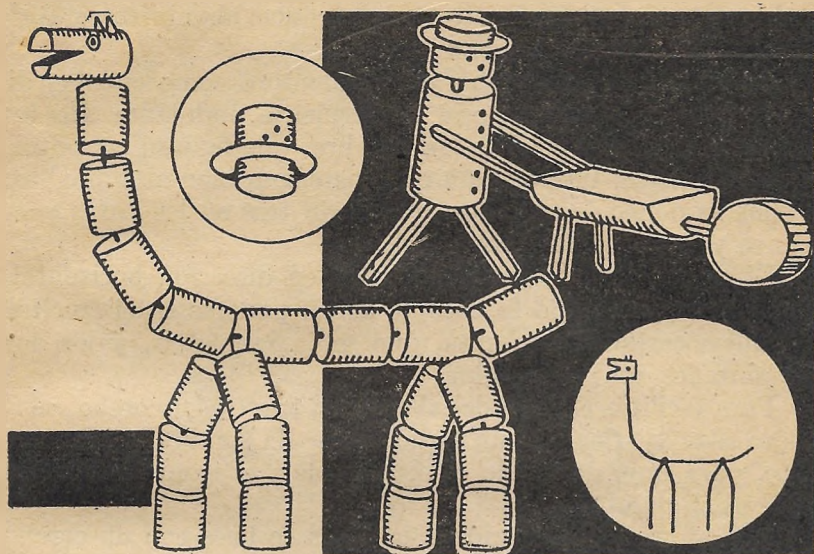
En su expedición al territorio de Arauco, Valdivia no tuvo un día de reposo. Los indios le atacaron sin cesar, así de día como de noche, de modo que los españoles no pudieron dejar las armas ni para dormir.

Al fin tuvo lugar en Concepción una batalla sangrienta, en la cual los españoles mataron más de dos mil indios.

Se realizó después una nueva batalla en un sitio llamado Tucapel. Los jinetes españoles dieron una carga formidable contra los indios; el primer grupo de éstos les hizo frente con denuedo, pero pronto fué derrotado. Ya se consideraban vencedores los españoles, cuando se presentó al combate el segundo grupo de indios. Derrotados éstos, llegaron sucesivamente los demás grupos, hasta que los españoles, agotadas sus fuerzas y las de sus caballos, hubieron de darse por vencidos. Los que no murieron en la batalla fueron hechos prisioneros, encontrándose entre éstos el mismo Pedro de Valdivia, Gobernador de Chile. Cuando se vió en presencia del jefe araucano, dijo a éste: «Si me dejas en libertad, prometo retirarme de tu tierra con mis soldados y regalarte dos mil ovejas.» Los araucanos sabían, por dolorosa experiencia, que las promesas de los españoles no tenían valor. De consiguiente, se mostraron sordos a todos los ruegos.

La muerte de Valdivia fué horrorosa. Los indios le cortaron los brazos y, después de asarlos ligeramente, los comieron en su presencia. En seguida le maltraron de mil maneras, haciéndole perecer en medio de atroces sufrimientos.

En reemplazo de Valdivia tomó el mando de los españoles Francisco de Villagrán, capitán distinguido de la conquista del país.



Juguetes de corcho.

¿QUIEN dijo que los corchos usados no prestaban ya ningún servicio? Esto no es exacto. Con un poco de ingenio se les puede aprovechar espléndidamente. Lo mismo ocurre con otras cosas que se desechan por inútiles. La niñita amante de las labores femeninas puede, con un poco de inventiva y de buena voluntad, hacer cosas admirables aprovechando muchos de esos pequeños objetos que generalmente se desechan. Todo saldrá muy bien si pone en actividad ese espíritu de trabajo y de iniciativa que la adornan.

No botéis, por ejemplo, ningún corcho; por feo y mal hecho que esté, todos tienen aplicación para hacer graciosos muñecos y pasar una tarde divertida.

UNA JIRAFa.—He aquí una estupenda jirafa, que se puede confeccionar fácilmente con algunos alambritos y dos docenas de corchos del mismo tamaño.

Se enhebran los corchos en el alambre como cuentas de collar, formando una especie de serpiente ondulante. En los lugares señalados se colocan los alambres que figuran las patas, y que han de ser fuertes para que sostengan bien al animalito; en ellos se ponen los corchos, que serán tres en las patas posteriores y en las delanteras.

El corcho de la cabeza, colocado en dirección horizontal, debe cortarse imitando la boca, y deben ponerse en él trocitos de palillos cortados en punta, que serán las orejas, y los dos ojos pintados con tinta china.

Para facilitar el paso del alambre a través del corcho, convendrá atravesarles con un largo alfiler de sombrero, bien caliente, para que, quemado el corcho, deje el camino expedito al paso del alambre.

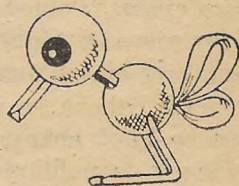
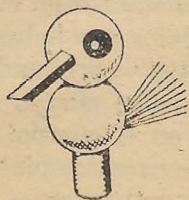
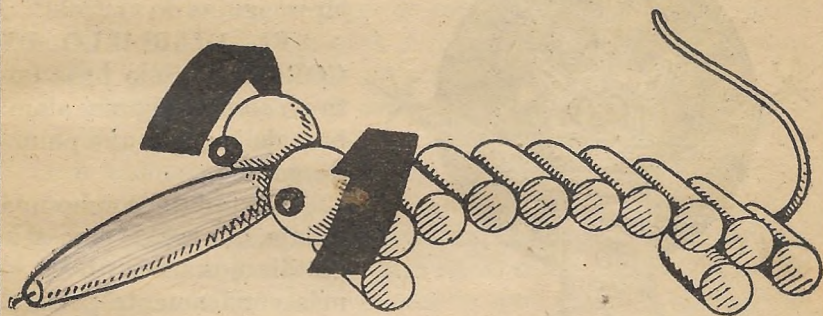
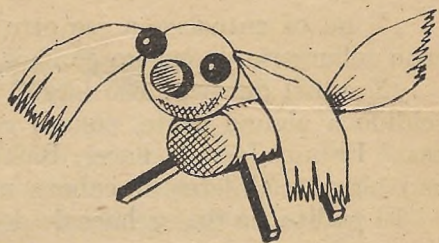
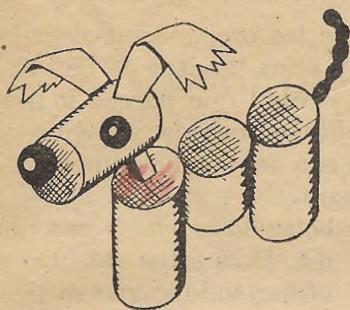
El hombrecito que cuida a la jirafa se hace con un corcho largo para el cuerpo; con otro pequeñito, que es la cabeza; y con medio corcho ahuecado, que será la carretilla; una rodaja figura la rueda, y un disco de cartón, bien encajado en la cabeza, es el sombrero.

Todo ello se une con palillos de dientes, como se ve en el dibujo. Y después de pintarle ojos, boca, nariz y los botones de la chaqueta, se da por terminado.

ANIMALES DE CORCHO.—Analizad los distintos animales que figuran en los grabados; todos ellos han sido confeccionados utilizando corchos. Son los más graciosos animalitos que habréis visto en vuestra vida.

Hay un perrito pekinés o japonés, como también se les llama a los de esta raza, hecho de un corcho largo, de otro redondo y de cuatro palillos.

Hay también un perrito «alemán», verdaderamente delicioso, hecho de corchos largos y delgados, las orejas de cinta de terciopelo, el hocico agudo y los ojos saltones.



¿Y no os entusiasma ese otro de las orejas semi-plegadas hecho solamente de cuatro corchos y unos trocitos de cinta?

¿Y aquél del pescuezo largo? ¿Verdad que parece ir muy decidido a alguna parte, con su colita enroscada y las orejas tiesas? Es muy fácil de hacer. Basta con dos corchos, unos palillos y algunos alfileres de cabeza negra.

El pollito, en fin, se hace de dos bolas de corcho y una plu-

ma. Para estos «bichos» se utiliza todo lo que se tiene a mano; alambres, minas de lápiz, agujas de victrola...

EL DIABLILLO DE CORCHO.—Sólo hace falta un corcho, algunos alambres delgados y una pluma de gallina.

Cortad del corcho una rodaja, que será la cara si le pintáis ojos, nariz y boca, lo más cómicamente posible.

El cuerpo está formado por todo el corcho con sus cuatro botones en hilera, que abrochan la chaqueta.

Ahora se agujerea en sus dos extremos el cuerpo

para ensartar cinco alambres en cada lado, que serán los brazos y las piernas. Cubridlos con hebras de lana roja, dividiendo los alambres en las puntas y enrollando la hebra en los cinco dedos.

La cabeza se une al cuerpo atravesándola con la pluma, que se hará entrar en el cuerpo. Las orejitas pueden ser dos pedazos de palillos en punta, pintados de rojo.

A los brazos y piernas se les dará una terrible actitud de baile infernal, y se abrirán los dedos de los pies para que se pare sobre la mesa.



El trabajo de los otros.

EN una isla remota, en el otro extremo del mundo, seres de otra raza y otras costumbres siegan tallos cargados de espigas de arroz. Son japoneses. Poco sabes de ellos. Nada, acaso, de su penoso trabajo.

En una riente comarca, de clima suave y cielo azul sobre los álamos y los cipreses, aldeanas de abigarrado traje, machacan los tallos de lino que acaban de sacar del arroyo, cuyas aguas los maceraron. Probablemente nunca verás a estas aldeanas italianas y para ti es como si no existieran.

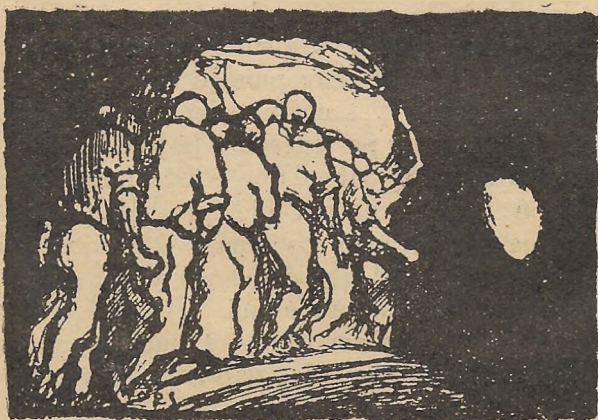
En alguna lámina viste un bosque oscuro de puntiagudos árboles gigantescos. Son cedros. Fornidos hombres rubios los abaten a hachazos. La escena, con sus leñadores, es semejante a la de los cuentos de hadas y, ciertamente, hay cuentos que hablan de la Selva Negra, de Alemania. Árboles que no verás y hombres que no conoces y que nada saben de ti.

¿Y no te parecen de otro mundo esos mineros que en las profundidades del suelo arrancán piedras negras? Hombres que pasan la mayor parte de su vida sumidos en la obscuridad, que quizás nunca han visto un claro paisaje verde, hombres negros de polvo de carbón y cuyas costumbres son tan extrañas, que en verdad se diría que no pertenecen a la familia humana. Muchos de ellos ni siquiera saben que existe nuestro país. ¡Qué lejos están! En Inglaterra, por ejemplo. Más lejos tal vez, porque su vida subterránea los separa con enorme distancia de los que disfrutaban de la gloria del sol y del espectáculo de las cosas vestidas de color por el sol.

¿Y aquellos hombres semisalvajes que trepan como monos por los delgados fustes de las palmeras de una isla de Polinesia?...

¿Qué tienes tú que ver con todos esos seres tan extraños y de tan remotos países?

Mira, a tu alrededor, en tu misma casa. El arroz que sirvieron en tu mesa hace un momento, fué cosechado por aquellos japoneses, trabajando con el agua hasta las rodillas, bajo un sombrero de junco grande como un parasol. Las sábanas que anoche cubrieron tu cuerpo están hechas con las fibras de aquel lino que alzaban las aldeanas. A pocos pasos está el carbón de piedra que al desprenderse cubrió de polvo a los sudorosos mineros de quienes te hablaba. La madera del lápiz que tienes en la mano crujió al hachazo del leñador que nunca salió de la selva y sintió el frío de la nieve que nunca viste. El jabón con que acabas de lavarte tiene grasa de copra, la materia de aquellos cocos que recogieron los indígenas, hasta ayer caníbales, de una isla del Pacífico. Las cosas que tocaron sus manos en comarcas de los confines del mundo están ahora al alcance de las tuyas. ¡Y parecía que jamás tendrías que ver nada con ellos! Su trabajo—el trabajo que acerca a todos los seres humanos—está a tu lado. Ojalá que algún día llegue también a ellos tu trabajo.



El autor de la bandera chilena.

EN el año 1818 a 1819 era gobernador de Valparaíso don Francisco de la Lastra, íntimo amigo de don Gregorio Andía y Varela. Durante una charla, el primero dijo al segundo:

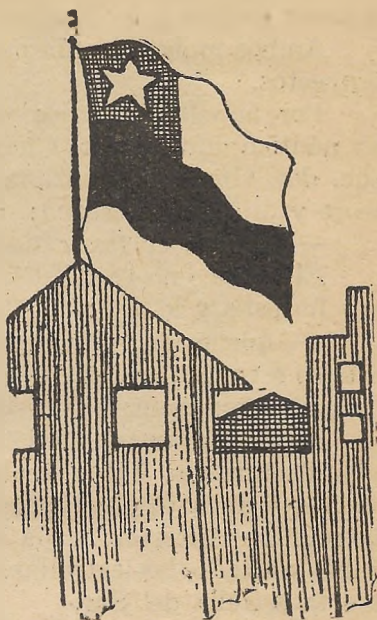
—Hombre, puede decirse que la nación no cuenta aún con un pabellón propio.

Por entonces no había más que una bandera de tres colores: lista blanca arriba; azul al medio, y rojo abajo. Pero esta bandera no satisfacía las aspiraciones de los patriotas. Carecía de originalidad, pues se asemejaba bastante a la de los revolucionarios franceses. Sólo se había alterado la colocación de los colores.

Los señores de la Lastra y Andía se propusieron idear un pabellón. Cada uno dibujaría por su cuenta varios diseños.

Cinco días después llegaba el gobernador de la Lastra a casa del señor Andía y Varela y compararon los diseños que cada uno había hecho. Ninguno de ellos les satisfizo. Eran, sin embargo, los mejores los proyectados por el señor Andía. Había combinado en ellos los colores que tiene nuestra actual bandera, pero había colocado en el cuadro azul unas cuantas estrellas que representaban las provincias en que entonces se dividía la República.

Don Francisco de la Lastra, al examinar estos diseños, dijo:



—Este me parece muy bien, pero tiene el defecto de asemejarse mucho a la bandera norteamericana.

Ambos amigos quedaron de acuerdo para elaborar nuevos proyectos.

Por aquellos tiempos visitaba la casa del señor Andía, un náutico amigo suyo. Cuando éste llegó a la casa por la noche, don Gregorio tuvo una feliz idea. Echó mano de un anteojo y dijo a su huésped:

—Hágame el favor de mostrarme la Estrella del Sur.

El náutico no vaciló. Ubicó el anteojo en dirección al punto que buscaba y le dijo:

—Aquella chiquita, muy brillante, que está inmediata a tales estrellas, esa es.

El señor Andía y Varela la observó en silencio.

Al día siguiente, volvió el señor de la Lastra con los nuevos diseños que había hecho, y entonces el señor Andía y Varela le mostró el suyo, que no era otro que el mismo que la reunión anterior había ganado el primer lugar; sólo le había quitado las estrellas, pero le había dejado en el centro la estrella del Sur.

El gobernador de la Lastra envió a Santiago este diseño, que fué adoptado por el Gobierno.

El 18 de Septiembre de 1819, decretó el Gobierno que ese pabellón—la misma bandera actual—fuera izado en toda la República.

El autor del pabellón chileno fué, pues, don Gregorio Andía y Varela.





ADIVINA, BUEN ADIVINADOR...

(Adivinanzas criollas recogidas y seleccionadas por los niños).

- 1.—Tengo de rey la cabeza,
calzo espuela bien calzada,
llevo barba colorada,
mi sueño temprano empieza
y madrugo a la alborada. *El gallo*
- 2.—Ave soy, pero no vuelo;
mi nombre es cosa muy llana;
soy una pobre serrana
hija de un hijo del suelo. *La avellana*
- 3.—Doce hermanos son
y el segundo es el menor. *el año y febrero es el mes no.*
- 4.—Un convento muy cerrado
sin ventanas y sin torres;
y muchas monjitas dentro
haciendo dulce de flores. *La arvejas*

- 5.—Coloradito, coloradito;
me aplastan todas las manos
para secar lo negrito. *La sardina*
- 6.—Aunque es corta mi ventura,
estreno todos los años
un vestido sin costuras
de colores salpicado. *La mariposa*
- 7.—En la puerta de una casa
descansaba un pajarito;
y un hombre que allí lo vió *el timbre*
le hundió su corazoncito.
- 8.—Un viejo cara pelada;
todos preguntan por él
y él no pregunta por nada. *reloj*
- 9.—Dos son tres, si bien se advierte;
tres son cuatro, si se mira;
cuatro, seis; y de esta suerte
seis son cuatro, sin mentira.
- 10.—Pajarito, lito, lito,
paradito en un palito. *el fósforo*
- 11.—Es envidioso y me imita;
a veces me da placer,
pero otras tantas me irrita
y no lo quisiera ver.
- 12.—Tule que tule,
bolitas azules.





La escuela de las flores.

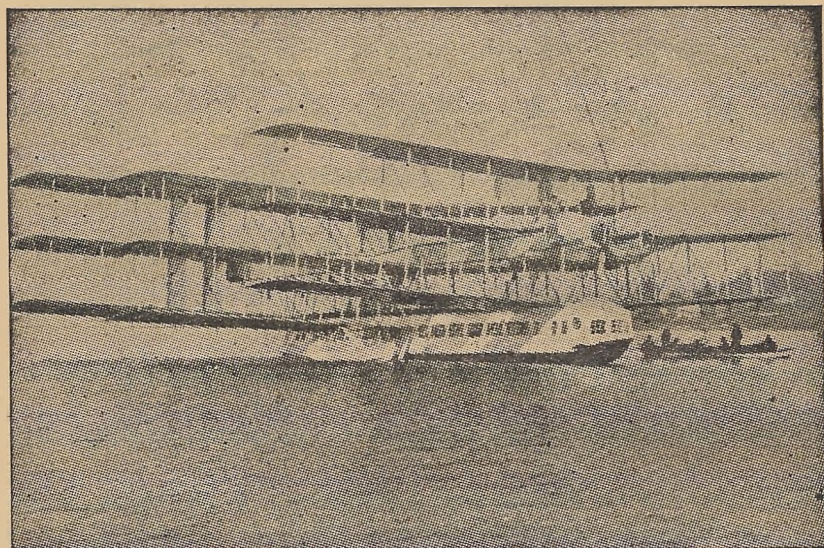
(Rabindranath Tagore).

CUANDO caen los aguaceros de Junio, y los negros nubarrones braman por el cielo, y el viento mojado del Este viene por el desierto a tocar la flauta en los bambúes, las flores surgen, sin que nadie sepa de dónde, en súbito tropel y se ponen a bailar sobre la yerba, locas de alegría.

—Madre, ¿las flores van a una escuela que hay debajo de la tierra, no? Allí, cerrada la puerta, estudiarán sus lecciones; y si quieren salir a jugar antes de la hora, su maestro las pondrá de rodillas en un rincón. Pero, cuando llueve, ¡qué día de fiesta para ellas!

Las ramas se golpean ruidosamente en la arboleda; suspiran las hojas en el loco viento; las nubes de tormenta palmeotean con sus manos gigantes... Y las flores-niñas salen corriendo, vestidas de rosa, de amarillo, de blanco...

—Madre, oye; las flores tienen su casa en el cielo, entre las estrellas, ¿sabes? ¡Mira tú, si no, cómo quieren subir! ¿A que no sabes tú por qué corren tanto? ¡Yo sí lo sé! Y sé a quién tienden sus brazos. Las flores tienen una madre, como yo te tengo a ti, madre mía.



El hombre volará como los pájaros.

LOS brillantes progresos que obtienen constantemente los aviadores, no deben hacernos olvidar que el procedimiento empleado hasta ahora para elevarse y evolucionar en los aires no es más que un recurso que se aplica a falta de algo mejor.

¿Cuántas condiciones hay que cumplir para realizar un viaje en avión? El aparato no puede elevarse en un paraje cualquiera: le hace falta un terreno especial. En el curso del viaje, el avión debe avanzar constantemente para no caer; no puede, a su antojo, mantenerse sobre un lugar cualquiera y a determinada altura. Si durante el viaje ocurre un desperfecto en el motor, el aviador no tiene otro remedio que descender en vuelo planeado o deslizante; escaso consuelo, por otra parte, si no se encuentra cerca de un terreno apropiado

para el descenso. Y es que, tanto para la llegada como para la partida, necesita el avión una superficie especialmente preparada.

El avión actual es, pues, deficiente desde todo punto de vista, y puede considerarse un verdadero milagro el que no ocurra un número mayor de accidentes graves. Para remediar esos numerosos inconvenientes, los inventores han buscado la solución por diversos caminos y hasta han intentado poner en práctica algunas mejoras. La tentativa más original y también la más feliz fué la del helicóptero, uno de cuyos modelos bien conocido, ha participado en pruebas aeronáuticas en diferentes ciudades. Para poder elevarse, descender y hasta aterrizar en cualquier sitio, se ha dotado al aparato en cuestión de una hélice vertical de socorro. Deteniendo el movimiento de la hélice horizontal, el aparato cesa de avanzar, y entonces empieza a intervenir la hélice vertical que permite al avión descender en cualquier lugar. La complicación que esas dos hélices trae consigo, ha hecho desistir por un tiempo a los constructores.

En resumen: si la técnica, en los últimos años, ha impreso a la construcción de areoplanos un enorme adelanto, el avión mismo se halla todavía en su infancia, y se puede afirmar que no se ha llegado a suprimir ninguno de los graves inconvenientes que se han mencionado.

También en los últimos años, algunos espíritus ingeniosos han vuelto a una idea antigua: la de imitar el vuelo de las aves y lanzarse a los aires con ayuda de alas. Muchos, en efecto, han intentado abandonar el suelo y lanzarse desde la barquilla de un globo, provistos de alas, que trataron de agitar. Pero ninguno de ellos salió indemne de tan peligrosa empresa, y varios encontraron la muerte al final de la misma.

Casi todos ignoraban los principios del vuelo de las aves, conquista muy reciente y cuya adquisición se debe en parte a las experiencias del francés Marey, quien ha sido el primero en darnos una idea clara de la manera cómo vuelan las aves. Lo

hizo por medio de fotografías instantáneas multiplicadas en el transcurso de los ensayos. Era el principio, ya puesto en práctica, de la cinematografía.

Los resultados suscitaron inmediatamente muchas reflexiones. Si el ave se sostiene en el aire, ello ocurre gracias al batimiento de sus alas, y la fotografía demostró que el número

de esos movimientos varía con el volumen y el peso del animal. El ave, al igual que el insecto, gasta, pues, cierta energía para no caer y esa energía puede hacerse muy débil si se multiplican los batimientos. En tales condiciones, el vuelo resulta mas fácil para las aves pequeñas y los insectos.

La gaviota, por ejemplo, para elevarse en el aire, da solamente cinco aletazos por segundo, mientras que el pato da de ocho a nueve aletazos en igual espacio de tiempo. Pero, a medida que el animal disminuye de peso y de volumen, la cosa cambia. Así se comprobó que la libélula da veintiocho aletazos por segundo; la abeja ciento noventa y la mosca común hasta trescientos treinta.



Se comprobó también otra cosa importante: que los bordes anteriores de las alas, durante el vuelo, describen en el espacio una curva en forma de 8.

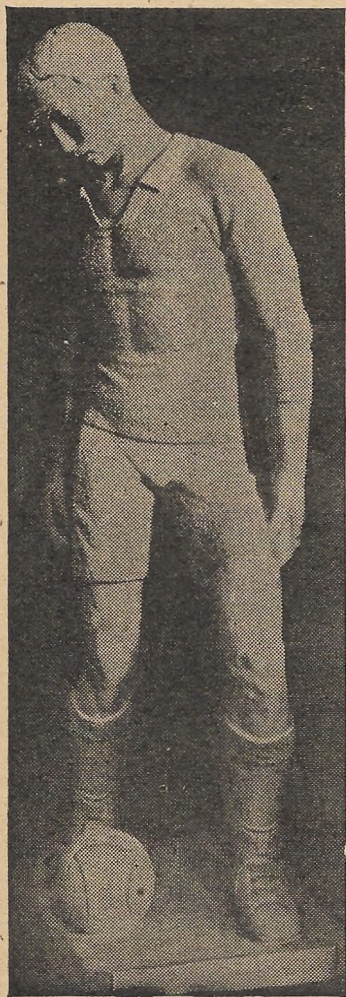
Basándose en esos principios, varios inventores han intentado, en nuestra época, construir modelos mecánicos de aves y lograron su propósito en mayor o menor grado.

Ahora bien, ¿se pueden aplicar esos principios comprobados a la construcción de un motor capaz de servir para el vuelo humano? Los especialistas contestan que ya es posible afrontar la solución de este problema.

Imaginémonos una especie de cinturón que soporta un motor parecido a los de motocicletas y que mueve por medio de un mecanismo dos alas móviles, que siguen en todo la manera de volar de los insectos y aves. Si un hombre se aplica este dispositivo, estará en condiciones de volar, con tal que consiga asegurarse la dirección del mismo. El cálculo indica que si el hombre-ave, juntamente con la máquina voladora, pesa en total 100 kilos, y las alas tienen una superficie de un metro cuadrado cada una, su ascensión resulta posible a costa de un gasto de energía muy reducido. Parece que con 15 a 20 batimientos por segundo y un poder de un octavo de caballo, el hombre puede realizar un vuelo comparable al de las aves.

¿Tiene el hombre interés en realizar semejante invento? La pregunta puede formularse y resolverse de diferentes maneras. Es seguro que los accidentes serán aún más numerosos que los que ocurren a los automóviles y aviones; que ese invento causará a los propietarios y a los simples particulares una cantidad de dificultades desconocidas hasta ahora. Desde luego, nadie se sentirá más en su casa y será robado apenas deje abierta una ventana y la gente ya no se encontrará segura ni aun en recintos cercados de muros y vigilados.

En fin que el asunto está bien encaminado. De modo que el nuevo instrumento que los sabios han bautizado con el nombre de «ornitóptero», estará dentro de cincuenta años tan difundido como nuestra motocicleta.



¡A JUGAR!

¡A jugar, niños! Niñas, ¡a jugar! Niños y niñas, ¡a jugar, a jugar! El juego es salud, vigor, alegría, belleza. Nada más agradable que entregarse al juego, a los deportes, después de haber cumplido satisfactoriamente con los deberes escolares.

Trabajo y juego, alternados, es algo que está muy bien, pues, el trabajo excesivo sin diversión, daña la salud. Del mismo modo, el jugar sin medida, con abandono de las tareas del colegio, es algo reprochable.

Los deportes practicados con prudencia, las actividades al aire libre, son de gran provecho: el cerebro se mantiene despierto y se realiza la labor cotidiana con verdadero placer.

¡A jugar, pues, niños, a jugar! Niñas, ¡a jugar! Niños y niñas, ¡a jugar, a jugar!



El niño de la escopeta.

(Ernesto Montenegro).

UN niño que estaba muy aburrido con su madrastra, un día le pidió permiso a su padre para ir a emplearse al pueblo. El padre no dijo que no, y entonces él se hizo unas tortillitas en el rescoldo y se fué.

Lo primero que vió al llegar al pueblo fué una herrería. El mismo herrero estaba tirando el fuelle con una mano y sujetando con la otra un fierro que tenía en la fragua. El delantal que tenía puesto era de cuero, pero con tantos agujeritos, que parecía que le habían disparado un tiro con escopeta. Esto le dió una idea al niño, y entró a pedirle trabajo al herrero.

Casualmente, tocó que era un lunes y había hecho falla el aprendiz.

—Te tomo con la condición de no faltarme un día al trabajo,—le dijo el herrero.—Te daré un real a la semana, además de ropa limpia, la casa y la mantención, se entiende.

El herrerito se quedó muy contento y se puso con todo empeño a aprender. Los domingos le pedía permiso al patrón y se quedaba trabajando por su cuenta en la fragua:

«Tengo que hacer una escopeta que alcance una legua», es lo que tenía pensado.

Buscó unos fierros que había por ahí botados, los calentó y los majó en el yunque una y otra vez, y de vez en cuando los metía en el agua para darles el temple. Como a los seis meses tenía hecho el cañón de la escopeta. Después trabajó las llaves. La caja fué lo último que hizo y le tomó el año justo.

Cuando tuvo armada la escopeta, le preguntó al herrero que hasta dónde habría una legua.

—De aquí a la cumbre de aquel cerro hay una legua justita.

El niño mandó poner un blanco en la punta del cerro. La gente se juntó en la plazuela a reírse del herrerito; pero cuando vieron que sacó la escopeta, le hizo los puntos al blanco y lo partió medio a medio del primer tiro, cada uno se fué por su lado sin hablar media palabra.

El maestro herrero le regaló una peseta reyuna por lo bien aprovechado que había salido, y le dijo:

—Lo mejor es que vayas a rodar tierras; yo no tengo nada más que enseñarte.

Y el herrerito se fué con su escopeta al hombro.

No habría andado mucho trecho, cuando divisó a un hombre retaco que iba con dos troncos enteritos, uno en cada hombro. De vez en cuando tiraba uno para arriba, lo peloteaba en la mano, y volvía a ponérselo en el hombro; después tiraba el otro palo, lo recibía en el aire y se lo echaba al hombro otra vez.

—¿No me dirá, amigo, por qué lleva esos troncos al hombro?—le preguntó el niño de la escopeta.

—Por ejercitar los lagartos, no más—le dijo el otro.

—¿Y cuál es su gracia?

—Yo me llamó Forzín-Forzón, hijo del Buen Forzador.

—Ya que vamos por el mismo camino, me gustaría acompañarme con usted,—le dijo el de la escopeta.

—El gusto es para mí, vamos andando, mi amiguito.

Poco más allá vieron un hombre que estaba agachado en el suelo, tomaba un puñado de tierra con las dos manos, lo soplaba, y lo dejaba a un lado.

—Eh, joven, ¿qué es lo que está haciendo ahí, no me dirá?

—Estoy haciendo balas de tierra.

—¿Y para qué sirven las balas de tierra?—le preguntó el de la escopeta.

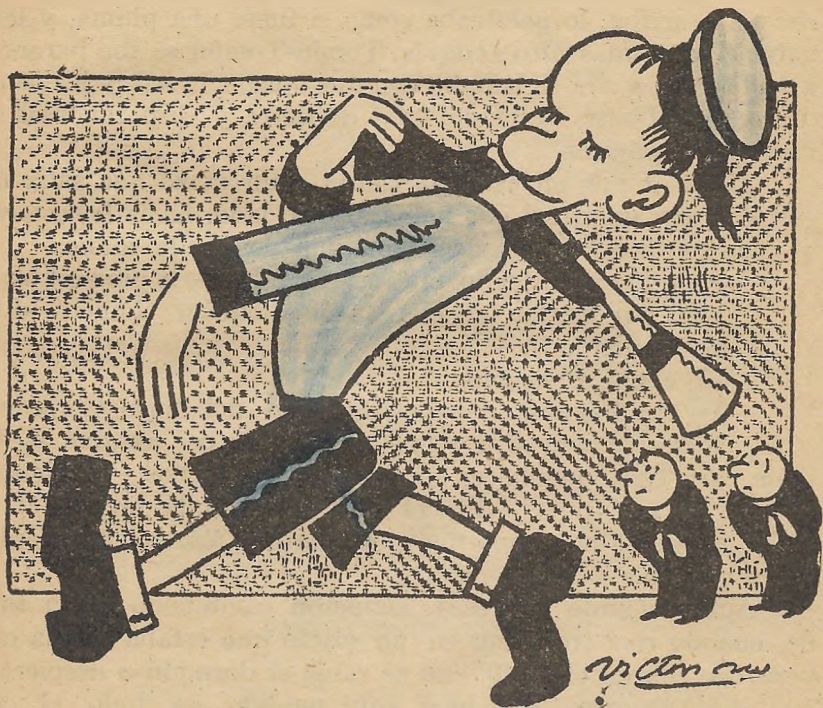
—Bueno, cargue su escopeta, y verá si sirven o no.

El niño tomó una bala de tierra, le hizo la puntería a

un buitre que andaba revoloteando como a cinco cuadras de altura, y lo trajo redondito al suelo.

—¿Sabe que me gusta su habilidad?—le dijo el de la escopeta—. ¿Y cómo es su gracia, joven?

—Yo me llamo Balín-Balón, hijo del Buén Baleador.



Siguieron andando los tres, y al rato se encontraron con un hombrequito muy flaco que estaba tendido a la orilla del río, le pegaba un sorbetón a la corriente y la cortaba como dos cuadras más arriba.

—¿Qué hace, amigo?; no se vaya aguarar con tanto trago.

—Qué señor, si no hallo cómo remojar la boca con este hilito de agua.

—¿Su gracia, joven?

—Yo me llamo Tomín-Tomón, hijo del Buen Tomador.

Los cuatro siguieron caminando toda la tarde. Forzín-Forzón agarraba un tronco primero y lo tiraba como una cuadra para arriba, lo peloteaba como si fuese una pluma, y largaba el otro más alto todavía. Tomín-Tomón se iba parando a cada rato a ver si hallaba con qué apagar la sed, y los otros dos se entretenían haciendo balas de tierra y disparándolas al vuelo a los pájaros.

Al pasar por un callejón vieron a un mozo que salía de carrerita por un trigal que había al otro lado, hacía levantarse a unas perdices, y las alcanzaba una con cada mano.

—¿Qué hace corriendo tan fuerte, amigo?—le preguntaron.

—Psh, por estirar las piernas un poquito siquiera, dijo el de las perdices.

—¿Y cómo es su gracia?

—Yo me llamo Corrán-Corrión, hijo del buen Corredor.

—Nosotros vamos a rodar tierras juntos; así que si no tiene otra cosa que hacer, podría acompañarnos,—le dijeron.

—¿En qué topa?—dijo el otro saltando la tapia.

Por ahí no más armaron una fogata y merendaron perdices y castañas asadas.

Aprovechando la fresca siguieron caminando hasta tarde, cuando casi tropiezan en un sujeto que estaba con la cabeza clavada en el suelo, no se sabía si dormido o despierto.

—Aló, amigo, ¿qué hace aquí tendido en todo el camino?

—¡Chit!—les dijo furioso el otro; y volvió a pegar la cabeza al suelo.

—¿Qué le pasa, o es que no entiende?

—¡Chit!

Al rato se levantó del suelo el joven y vino donde estaban ellos.

—Les pido disculpas, caballeros, por haberlos hecho callar; pero estaba tan interesado en una conversación que tenían en la Tierra de los pigmeos, tocante a que el Rey del Reino vecino le da su hija para que se case al que la gane a correr una legua.

—¡De allá somos!—dijo el de las perdices.

En cuanto llegaron, el Niño de la Escopeta, por ser el que hacía cabeza, fué a hablar con el Rey.

—Así no más es, mancebo,—le dijo el Rey—. Si quieren armarle carrera a mi hija la Princesa, de ustedes depende; pero sepan que al que pierde, le hago cortar la cabeza.

El domingo fueron a la cancha. La Princesa salió con una pollerita rosada, que parecía un angelito. Los dos corredores se pusieron en facha, y el juez les dió la partida.

Corrín-Corríón no hizo más que salir y llegar de un solo tirón, mientras que la Princesita se demoró tanto, que aburrido de esperarla el de los pájaros se tendió en el suelo y se quedó traspuesto.

Escuchín-Escuchón oyó que uno de los veedores le decía al otro, que puesto que el joven se había quedado dormido, le metieran a maula la carrera.

—Oiga—le dijo al de la escopeta—, tírele un tiro que le pase detrasito de la oreja para que se despierte—. Balín-Balón hizo una bala de tierra. «Chiu» hizo la bala, y el de los pájaros levantó la cabeza todo asustado, al sentir el silbido tan cerca.

—Eh, dijo: qué, ¿me querían meter a maula la carrera? Yo la gané, y se acabó la fiesta.

En ese momento no más venía llegando la Princesa con tanta lengua afuera.

—¡Palabra de Rey no puede faltar!—dijo el Rey—. Pero yo estoy dispuesto a rescatar la Princesa.

—Eso mismo veníamos a proponerle, su Carreal Majestad—dijo el de la escopeta.

—Yo prefiero que nos pague en plata, señor, para así

poder repartirnos sin pelear, dijo el de los troncos. Que nos dé lo que yo alcance a levantar en cada mano.

—Convenido, mis buenos mancebos—dijo el Rey.

Pusieron una docena de talegas amarradas en cada tronco. Forzín-Forzón vino, los tomó y los tiró más alto que la torre, para volver a pelotearlos en el aire, como jugando.

El rey mandó que le echaran otra docena más de talegas en cada tronco. La misma cosa.

—Ustedes me van a dejar por puertas. Diganme qué otras cosas les puedo dar fuera de plata—les dijo el Rey.

—Pídele que nos deje entrar a la bodega para quitar la sed!—le dijo Tomín-Tomón al de la escopeta.

El rey les dió las llaves de la bodega para que tomaran a su gusto y gana. Tomín-Tomón se paró frente a un fudre de cien arrobas, y dijo:

—¡Sáquenmele el espiche a éste!

De un solo sorbetón lo dejó seco. Le abrieron otro, y otro. Por lo consiguiente.

El Rey tuvo que suplicarles que le dejaran un tonelito de unas diez arrobas que tenía para los gastos de la casa.

Los amigos se repartieron los talegos como buenos hermanos y se fueron cada uno por su lado a gozar de su platita.





Canción del niño marinero.

(Ricardo E. Pose).

*Cuando sea marinero, madre
por el mundo iré,
con mi blusa marinera
y mi barco de papel.*

*Pequeñas velas de seda,
pequeñas velas pondré
sobre el casco tan pequeño
de mi barco de papel.*

*¡Sobre las aguas del mar
cuánto que navegaré!*

A «La Tierra Donde Nacen
Las Estrellas» llegaré.
Cien estrellas y un lucero
en mi barco cargaré.

¡Cien estrellas y un lucero
en mi barco de papel!

Sobre las aguas del mar
al puerto regresaré.
¿Qué barco tendrá la carga
de mi barco de papel?

Me gritarán:—¡Marinero!
¡Fuerte marinero! ¡Eh!
¿De dónde traes esa carga
en tu barco de papel?

—De «La Tierra Donde Nacen
Las estrellas», allí fué.
¡Pero tiene que ir un niño
en un barco de papel!





Cómo nació la flor de la azucena.

DESDE hacía cuatro meses no caía ni la más ligera lluvia sobre los campos secos. Los riachos y los arroyos, las lagunas y las charcas mostraban sus cuencas vacías, adonde acudían en vano los animalitos sedientos.

Azucena, la niña de las flores, como la llamaban los labriegos vecinos, estaba descansando junto al pozo, a la sombra de la parra familiar. Había pasado toda la mañana tirando agua, balde tras balde, para dar de beber a las plantas de su jardín. El agua clara y fresca se había colado ya por entre las resquebrajaduras de los canteros resecos. La niña, con los brazos doloridos por tantas horas de trabajo incesante, se hallaba sentada sobre un banco rústico mirando con ojos tristes el espectáculo desolado de las tierras labradas.

El sol de mediodía achicharraba las matas amarillas y polvorientas, y de tanto en tanto las ráfagas de un viento de fuego mecían las ramas agobiadas de los árboles.

Los ojos de Azucena se habían cerrado, vencidos por el bochorno de la hora.

La voz suplicante de un anciano la despertó.

—¡Un poco de agua, buena niña!

—¡Cómo no, abuelo! Siéntese un momento. ¡Viene tan cansado!...

Azucena se dirigió al pozo y el balde bajó rápidamente. No fué tan rápida la subida. Los brazos de la niña se movían lentamente. El anciano acudió para ayudar.

—No; deje usted. No se fatigue. Yo sola podré.

Cuando el balde estuvo sobre el brocal, el anciano quiso beber en él.

—Espere un segundo; voy a buscar el jarrito.

Azucena corrió a la cocina. Al rato volvió, sonriente, con un vaso blanco de porcelana.

—No encuentro el jarrito, abuelo, pero beberá en esta copa. No la usamos casi nunca porque yo no quiero que se rompa; es un recuerdo de mi madrecita.

El anciano tomó la copa con mano insegura, la llenó y la llevó a los labios.

Azucena contemplaba enternecida al pobre mendigo. Su corazón se condolía de aquel anciano de mirada dulce.

Al ir a enjuagar la copa, la mano temblorosa del viejo la golpeó contra el borde del balde.

—¡Qué lástima! (Azucena no pudo evitar la exclamación). Pero pronto cambió de expresión para no apenar al anciano.

—No importa — dijo — no se aflija por tan poca cosa.

El mendigo, que había quedado con un trozo de la copa en su derecha, apoyó la otra mano sobre el hombro de Azucena y con voz dulce pronunció lentamente estas palabras:

—Has perdido esta copa, buena niña, pero te queda

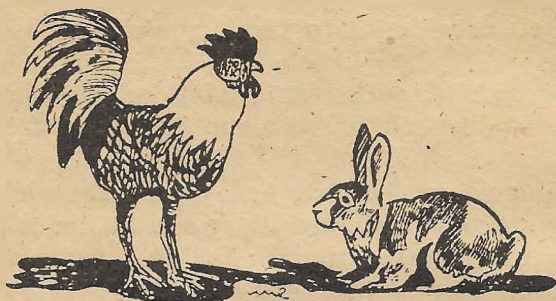
dentro del pecho una más preciosa: tu buen corazón. Mañana, al levantarte, corre hasta tu jardín y verás algo que te alegrará.

Cuando terminó de hablar, el viejo se alejó por el camino polvoriento llevando en su mano derecha el trozo de celana.

Al día siguiente, Azucena se levantó antes del alba. Corrió hasta el cerco de su jardincito, y a la luz tenue del oriente vió — ¡oh maravilla! — un sin fin de copas blancas sobre esbeltos tallos.

La noticia del milagro corrió por el valle, y todos acudían a ver la flor de la azucena, nacida en el jardincito de aquella niña bondadosa.





LA IMITACION.

TODAS las tardes, al anoecer, el conejo, al regresar a su casa después del trabajo, observaba, asombrado, que al gallo le faltaban la cabeza y una pierna. Y a la mañana siguiente volvía a tener la cabeza y las dos piernas. Por fin se decidió a preguntar al gallo por qué todas las noches se cortaba la cabeza y una pierna y se las ponía por la mañana.

El gallo le contestó que hacía eso para dormir mejor.

En seguida de llegar a su casa, el conejo dijo a su mujer que le cortara tres patas y la cabeza, porque quería dormir mejor.

Por supuesto que el conejo, con la cabeza cortada, dió dos o tres saltos y nada más.

En cambio el gallo, a la mañana siguiente, extendió la pata que tenía encogida, sacó la cabeza de debajo de un ala y, batiendo las dos, cantó alborozado:

—¡Tengo mi cabeza! ¡Tengo mi cabeza!



COMO VIAJABAN NUESTROS ABUELOS.

(*Vicente Pérez Rosales*).

EN 1814 los viajes se hacían a caballo; mas ninguno viajaba sin su chapa de pistolas, sin machete y muchas veces sin su naranjero, antigua ametralladora en cuya boca, que parecía trompa, se echaba para cargarle un puñado de balas.

Allá por los fines de cada Septiembre, época de los rodeos, se notaba gran movimiento de carretas, de mulas y de huasos a caballo en las puertas y en los patios de las casas de los hacendados que se disponían a marchar con sus familias hacia sus propiedades rurales. Las carretas, único vehículo que en los viajes usaban las señoras, los niños y las criadas, eran unos pesadísimos y antediluvianos armatostes, cuyas toscas ruedas llevaban por llantas burdos trozos de algarrobo sujetos con estacas de lo mismo, y por ejes, gruesos garrotes de madera, hechos, como vulgarmente se dice, a punta de hacha, que no dejaban de chirriar desde el momento de ponerse en marcha hasta el de llegar a su destino.

Sólo 16 años después, esto es, en 1830, se introdujo por primera vez en Chile el uso de la llanta de fierro para mejorar esta importante Arca de Noé. En ella, junto con los colchones que cubrían el centro para mitigar la fuerza de los golpes que le hacían dar las desigualdades del piso de los caminos, y la cortina de seda que adornaba su entrada, se veía siempre figurar con el más amigable y franco consorcio, señoras, criadas, niños, canastos con naranjas, canastos con huevos duros y con fiambres, canastitos de dulces, el tiesto íntimo de plata maciza, la harina tostada, el charqui para valdiviano y la siempre consoladora guitarra. Con este ajuar, y al lento paso de los pesados bueyes, se llegaba al cabo del día, después de sufrir un sol abrasador, a unos simulacros de posadas o de ventas

donde todo faltaba menos la incomodidad. En cuatro días se llegaba a Valparaíso y en más o menos tiempo a las haciendas a donde se dirigían las caravanas primaverales.

Los comerciantes de Santiago ocurrían con frecuencia para el abasto de mercaderías a Buenos Aires, desde cuya plaza, a lomo de mula y a través de las peligrosas laderas de los Andes, internaban a Chile los efectos que no les era dado encontrar en la aldea de Valparaíso.

¡Cuánto tiempo no se perdía entonces, cuánta vida no se malgastaba en puros viajes!

No sólo, pues, debe buscarse la causa del atraso en que yacen algunas naciones en las instituciones políticas que las rigen. El forzoso aislamiento en que se encuentran en sus respectivas residencias los hijos del mismo país, contribuye al lamentable atraso del comercio, de la industria y al de la misma civilización.

Los caminos y la supresión de las distancias hacen al hombre más social, prolongan su vida útil, y con la experiencia que ésta da, mejoran en todos sentidos su condición.





El lagarto está llorando...

(Federico García Lorca).

Ilustró un niño de preparatorias.

EL lagarto está llorando.
La lagarta está llorando.

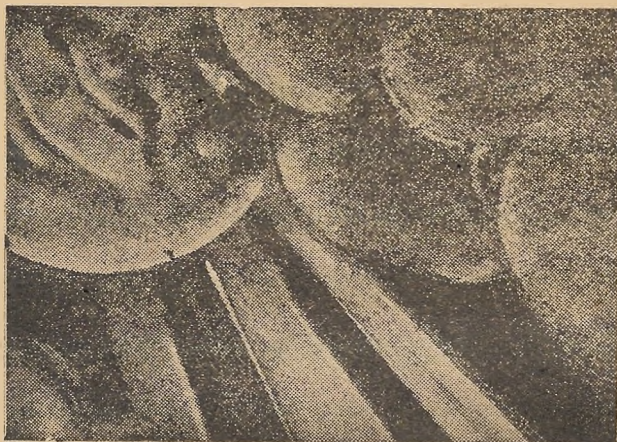
El lagarto y la lagarta
con delantalitos blancos.

Han perdido sin querer
su anillo de desposados.

¡Ay, su anillito de plomo,
ay, su anillito plomado!

Un cielo grande y sin gente
monta en su globo a los pájaros.

¡Miradlos, qué viejos son!
¡Qué viejos son los lagartos!
¡Ay, cómo lloran y lloran,
ay, ay, cómo están llorando!



DOMINGO SIN SOL.

Personajes:

El niño que será poeta.

El aprendiz de albañil.

El chico del mercado.

El lecherito.

El estudiante.

La vendedora de chocolates.

El guardián de la plaza.

Domingo, domingo,
no dejéis sin
sol a los niños...

(Una plaza. Siesta de un domingo sin sol. Cerca de los toboganes hablan la Vendedora de Chocolates y el Guardián de la Plaza).

VENDEDORA.—No venderé un solo paquete de caramelos.

GUARDIÁN.—Hoy es un domingo que no parece domingo.

VENDEDORA.—Creo que me iré con mi cajita llena. Sí... hoy me iré más apenada que nunca.

(Llega un grupo de niños: El Estudiante, El Aprendiz de Albañil, El Lecherito, El chico del Mercado y El niño que será Poeta. Caminan juntos: van tan tristes, que no les luce la ropa de los domingos).

VENDEDORA.—*(Canturreando)* ¡Chocolates!... ¡Calugas!... ¡Turrones!...

(Los niños casi no la escuchan. Siguen andando sin responder. Se detienen al pie del tobogán. La Vendedora y el Guardián se alejan).

NIÑO POETA.—¡Hace mucho frío!

LECHERITO.—Es que no salió el sol.

ALBAÑILITO.—¿A qué podemos jugar?

CHICO DEL M.—Yo no tengo ganas de jugar cuando no hay sol.

ESTUDIANTE.—Y yo tampoco.

NIÑO POETA.—¿Por qué no le hablamos al sol? Me contó mi abuelita que el sol tenía dos orejas enormes y que siempre escuchaba lo que le pedían. ¡Es bueno el sol! ¡Vamos a hablarle! Cada uno de nosotros le dirá lo que ha hecho durante toda la semana. ¿Qué les parece? *(Los niños no responden)*. No es justo que duerma a estas horas.

LECHERITO.—¿Estará durmiendo?

ALBAÑILITO.—¿Y dónde duerme?

NIÑO POETA.—Mi abuelita me dijo que el sol dormía detrás de las montañas.

CHICO DEL M.—¿Cómo lo sabe tu abuelita?

NIÑO POETA.—¡Sabe tantas cosas, mi abuelita!... Lecherito, ¿por qué no le cuentas tú primero?

ALBAÑILITO.—¡Hay que despertarlo!

LECHERITO.—¡Sí! ¡Sí! ¡No debe dormir a estas horas!

ESTUDIANTE.—¡Que empiece el lecherito!

NIÑO POETA.—¡Es claro! Va a ser como si fuera un juego: jugar a despertar al sol. Al que le toca hablar, da un paso al frente y todos escuchamos. Cada uno le contará lo que hace durante la semana. (*Al lecherito*). Vamos, lecherito, vamos.... (*El Lecherito da un paso al frente. Los demás niños se acomodan para oír*).

LECHERITO.—Tengo tres vaquitas negras. Una es más negra que las otras dos. Son tres hermanitas negras mis tres vacas. Tienen un collar y una campana. Yo las despierto cuando aun es de noche. No puedes verme, sol, porque a esas horas estás durmiendo detrás de las montañas. Después voy a repartir de puerta en puerta la leche tibia de mis tres vaquitas. Y así toda la semana, mañana y tarde. Y el único día que tengo para descansar y jugar, ¿por qué no sales, sol? ¿No sientes que hace frío? (*El Lecherito se acerca al grupo de niños y pregunta*): —¿A quién le toca ahora?

NIÑO POETA.—¡Que le cuente el Chico del Mercado! (*El Chico del Mercado ocupa el lugar del Lecherito*).

CHICO DEL M.—Trabajo en el Mercado. Llevo bolsas y canastas sobre mis hombros. Tengo a mi madre enferma. Yo trabajo para hacerme hombre y para darle de comer a mi madre enferma. Por la noche voy a estudiar al colegio, también para hacerme hombre. Hoy es día de descanso. Mi madre me dijo: «¿Por qué no vas a jugar a la plaza?» Y, ¿qué es una plaza sin sol? ¿Se puede jugar, acaso? ¡Sol! ¡No te duermas, que queremos jugar!

(*Se retira el Chico del Mercado y ocupa su lugar El aprendiz de Albañil*).

ALBAÑILITO.—Yo levanto casas. Mi padre también levanta casas. Nos despertamos juntos y salimos juntos al trabajo. En el andamio más alto, río y canto. Mi padre, igual que yo, ríe y canta. El me enseñó: «Se debe trabajar cantando, hijo». Desde hace una quincena estamos refaccionando una iglesia. Mientras trabajo, miro a los ángeles, y los ángeles me miran sonriendo. Trabajé toda la semana sin descansar un día, esperando el Domingo. Y hoy quisiera jugar; pero todos estamos tristes. ¡Alégranos, sol! ¡Por qué no sales? ¡Ah, sol! Si salieras, estaríamos tan alegres como los ángeles de la iglesia.

ESTUDIANTE.—Todas las mañanas voy a la escuela. Por la tarde hago mis tareas y estudio en los libros. El maestro nos repite: «Estudien, niños, estudien; y jueguen en el día domingo». ¡Sol! ¿No ves que el profesor quiere que juguemos? ¡Sol! ¡Debes salir muy pronto! ¿Qué le diremos mañana al profesor?

NIÑO POETA.—¡Pensaba decirte cosas tan lindas! Pero ahora no se me ocurre decirte nada... Yo no llevo vacas, ni levanto casas, ni trabajo en el mercado. Mi padre me dice: «Serás poeta; sabes sentir las cosas». ¿Y qué será eso de sentir las cosas? ¿No saber decirlas? Porque yo ahora siento una pena grande, toda la pena de ustedes, y quisiera decirle al sol: «Sol, por los niños que trabajan, por los niños que ganan su pan y por aquéllos que no saben ganarlo, no faltes un solo domingo en las plazas», y casi no sé cómo decirlo....

ESTUDIANTE.—¡Ah, el sol! ¡El sol!

LECHERITO.—Las nubes no quieren dejarlo pasar.

ALBAÑILITO.—¡Miren esa nube negra!

CHICO DEL M.—¡Sale el sol! ¡Sale el sol!

NIÑO POETA.—¡Nos escuchó el sol! ¡Nos escuchó!

ALBAÑILITO.—¡Tenía razón tu abuelita! ¡Qué orejas enormes debe tener el sol! ¡Estaría durmiendo detrás de las montañas!

(Se acerca la Vendedora de Chocolates. Los niños la rodean, hablan y ríen).

ALBAÑILITO.—¡Quiero chocolate!

CHICO DEL M.—Sí, calugas, de esas que duran media hora.

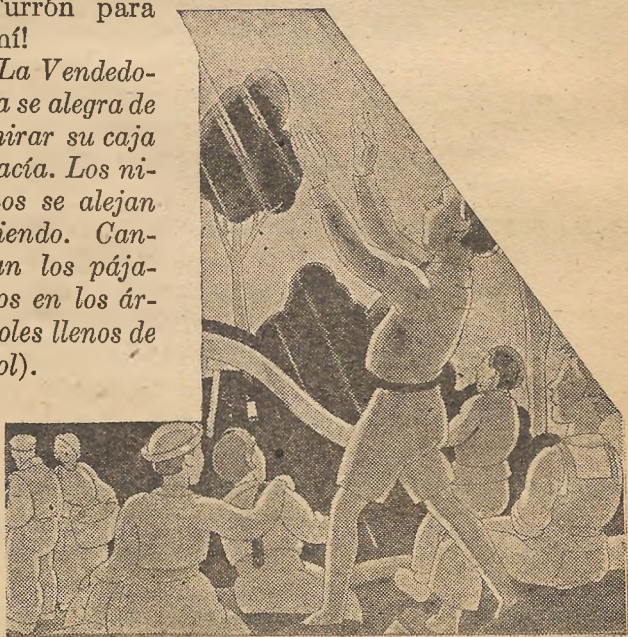
NIÑO POETA.—Para mí pastillas de limón y naranja.

VENDEDORA.—¡Habrà para todos! ¡Habrà para todos!

ESTUDIANTE.—¡Yo también quiero de esas calugas que duran media hora!

LECHERITO.—¡Turrón para mí!

(La Vendedora se alegra de mirar su caja vacía. Los niños se alejan riendo. Cantan los pájaros en los árboles llenos de sol).





El caballo de Hassan.

EL caballo más bello del mundo pertenecía a Hassan. El sultán jactábase de poseer los caballos más bellos, pero ninguno de los suyos podía compararse con el de Hassan en cuanto a rapidez, fuerza y figura. Cuando Hassan ponía el pie en el estribo, el corcel piafaba de gozo y partía ligero como

el viento. Hassan acariciaba con orgullo al espléndido animal, que no permitía que nadie subiera en él excepto su amo.

Cierta vez, mientras atravesaba el desierto, Hassan fué apresado por jinetes turcos que lo llevaron cautivo con la intención de venderlo como esclavo. Lo ataron con correas y trabaron al caballo con gruesas cuerdas.

Por la noche, mientras los turcos dormían, Hassan oyó relinchar a su caballo. Arrastrándose penosamente se aproximó al sitio donde se hallaba el animal y le dijo en voz baja:

—No puedo dejarte con estos hombres crueles. Sufrirías demasiado. Vuelve a casa, lame las manos de mi esposa y de mis hijos y diles que no verán más a Hassan.

Tras muchos esfuerzos, Hassan logró cortar con los dientes la cuerda que ataba al caballo y dándole una palmada lo incitó a que partiera. Pero el fiel animal no quería la libertad sin su amo. De pronto, tomó con el hocico las correas que ataban a Hassan, lo alzó y partió a través del desierto. No cesó de andar durante toda la noche, llevando a su amo, y al llegar la mañana, lo depositó a los pies de la esposa. Luego el noble animal, rendido de fatiga, cayó muerto al lado de su amo. Todos los habitantes de los oasis vecinos expresaron a Hassan su pesar por la pérdida del valeroso corcel, cuya hazaña cantan todavía los árabes.



Un aventurero extraordinario.

UN monumento se levanta en Panamá para honrar la memoria de ese aventurero genial que se llamó Vasco Núñez de Balboa, el primero que desde las montañas panameñas divisó las aguas del océano «Pacífico».

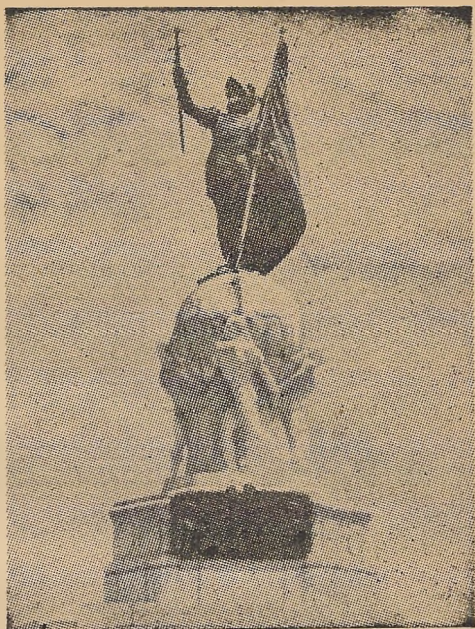
Fué esa una estupenda hazaña. En la leyenda de la conquista de las rutas oceánicas, Vasco Núñez de Balboa destaca con vigorosos perfiles su figura extraordinaria. Oculto dentro de un barril, en el barco de otro explorador, llegó hasta la

bahía de Calidonia y después de organizar entre afanes y angustias la conquista desconocida, emprendió el camino hacia el sur, un 1.º de Septiembre del año 1513.

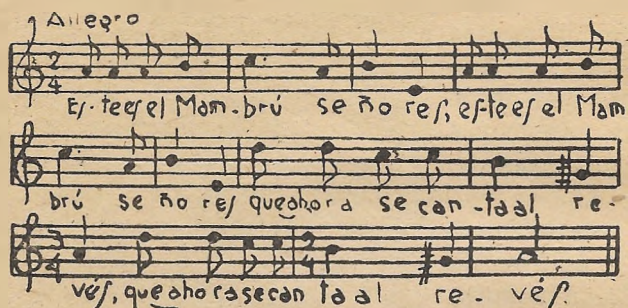
La proeza de esa marcha a través de un suelo desconocido, de una montaña virgen y brava, de pantanos insalubres, bajo los rayos de un sol tropical, encierra uno de los capítulos más heroicos de la conquista en suelo americano.

Al llegar a la altura, después de una marcha penosísima, un amanecer sus pupilas divisaron el nuevo mar. Tres días demoró en bajar desde la altura hacia la costa, resbalando por sus cimas, atravesando la espesura de los bosques, orillando los oscuros pantanos.

Fué, pues, Vasco Núñez de Balboa el descubridor del océano Pacífico, acontecimiento que desvió los grandes empeños del hombre, pues el extraordinario descubrimiento vino a comprobar la redondez de la tierra.



¿HA VISTO USTED



A MI MARIDO?

Este es el Mambrú, señores,
este es el Mambrú, señores,
que ahora se canta al revés,
que ahora se canta al revés.

—¿Ha visto usted a mi marido,
ha visto usted a mi marido,
en la guerra alguna vez,
en la guerra alguna vez?

—Si le he visto no me acuerdo,
si le he visto no me acuerdo,
deme usted las señas de él,
deme usted las señas de él.

—Mi marido es un buen mozo,
mi marido es un buen mozo,
alto, rubio, aragonés,
alto, rubio, aragonés.

En la punta de la lanza,
en la punta de la lanza,
lleva un pañuelo bordé,
lleva un pañuelo bordé.

Que le bordé siendo niña,
que le bordé siendo niña,
siendo niña le bordé,
siendo niña le bordé.

Y otro que le estoy bordando,
y otro que le estoy bordando,

y otro que le bordaré,
y otro que le bordaré.

—Por las señas que me ha dado,
por las señas que me ha dado,
su marido muerto es,
su marido muerto es.

—Siete años le he esperado,
siete años le he esperado,
siete más le esperaré,
siete más le esperaré.

«Si a los catorce no viene,
si a los catorce no viene,
monjita me meteré,
monjita me meteré.

«Y un hijito que de él tengo,
y un hijito que de él tengo,
frailecito yo lo haré,
frailecito yo lo haré.

«Y si no quiere ser fraile,
y si no quiere ser fraile,
entrará a servir al rey,
entrará a servir al rey.

«Que donde ha muerto su padre,
que donde ha muerto su padre,
también podrá morir él,
también podrá morir él.»



EL VIENTO.

(*Blaise Cendrards*).

AL comienzo de la estación seca, podéis ver a todos los pájaros subir muy alto, en el aire. Dan vueltas, viran, se lanzan, caen, remontan, se persiguen infatigables, desorientados. Todas las mañanas se dan cita en el cielo, donde evolucionan por bandadas, se divierten y chillan a cual mejor. Pero si miráis de cerca ese torbellino de alas, de plumas y de gritos ensordecedores, que os haría creer en una grande y agitada batalla, veréis que su causa no son los pájaros; es el viento, el viento que los lleva, el viento que los deja, el viento que los sopla, los anima y los abate.

Lo mismo pasa al ras del suelo. Esto que pasa levantando el polvo, esta bola rápida de plumas estremecidas, no es el avestruz; es el viento.



El viento.

El viento habita en la cumbre de una muy alta montaña. Habita en una gruta. Pero no está casi nunca en casa, porque no puede estarse quieto. Es preciso que siempre salga. Y cuando no sale, da grandes voces y resuena a lo lejos como un trueno.

Cuando por casualidad se queda dos o tres días en su casa, tiene que ejercitarse. Y danza, da grandes brincos, salta sin razón; picotea en la roca, golpea la puerta con sus alas, tanto,

que la tierra tiembla a lo lejos y la montaña que habita se estremece. Pero no hay que creer que esté enfurecido o que pruebe sus fuerzas; no. El se divierte, él juega, simplemente.

Hace tanto ejercicio, que siempre tiene hambre. Por eso entra, sale, vuelve a su casa y vuelve a partir. Afuera castiga a los mosquitos, lastima las frutas, sacude los árboles sin recoger los frutos, saquea el trigo, dispersa los frejoles y las habas. Siempre distraído y el ojo encendido de codicia, sucede que todo lo pellizca sin llegar a alimentarse seriamente. Por eso siempre tiene hambre. Es un ser tan sin cerebro, que muy a menudo no sabe por qué ha salido, y olvida hasta su hambre. Entonces se pregunta y dice: «—¿Por qué estoy aquí dándome vueltas en el aire?» Y se enoja y lo destruye todo e infunde miedo a los hombres encerrados en su aldea.

¿Habéis notado que el viento no tiene sombra, aun cuando rueda alrededor del sol, en pleno medio día? Seguramente es un mago. Es el hijo de la Luna y el Sol. Tampoco duerme jamás y jamás se sabe cuando bromea, se divierte o se enoja.

A fuerza de ir y venir, de dar vueltas y volver mil y mil veces sobre sus pasos, nada crece ya alrededor de su morada.

¡Buscad al viento! Le creéis sobre una duna, está sobre una barranca; le buscáis en los valles, está sobre una cresta. ¡Buscad al viento! El se ríe de vosotros en cada desfiladero, en cada arruga, a lo lejos y cerca. Se arremolina detrás de vosotros mismos.

Cuando el viento tiene, en fin, demasiado calor en su país, se va lejos y se deja caer en el mar. ¿Creéis que son los peces que saltan? No, es el viento. ¿Una ballena? No, es el viento. ¿Una piragua que zozobra? No, es el viento. ¿Bañistas? No, es el viento. ¿Una nube?

¡He aquí la lluvia! ¡He aquí la lluvia!

La estación seca ha terminado

¡Y todavía es el viento!

Gracias, viento.

HAY QUE AYUDAR A LA MAMA...



¿En qué forma le prestan ustedes su ayuda?

UN VIAJE AL PAIS DE LA NOCHE O HISTORIA DEL HONORABLE CHILDERICO.

(Tomás Lago).

¿POR qué había tan gran revuelo en la ciudad?

La explicación era sencilla. Había llegado el gran mago Bartoloff, nadie sabía cómo. Unos decían que montado en el pescuezo de un gran cóndor; otros juraban haberlo visto llegar rodando, rodando, convertido en neumático de automóvil, hasta la misma puerta del hotel donde se hospedaba. Allí había hecho un ruido largo: ¡psss!... como una goma de pelota cuando se rompe, y ya tenemos aquí al famoso Bartoloff de pie.

En la plaza de Armas aparecieron entonces grandes letreros luminosos:

**Bartoloff, el último mago
legítimo que queda en el
mundo, se encuentra aquí.**

En las salas de biógrafo, en los periódicos, apareció durante muchos días este mismo letrero.

Pero el famoso encantador no parecía tener gran interés en mostrarse, pues desde su llegada no se había movido de su lujoso departamento del Hotel «Caupolicán».

II

En un apartado barrio de la ciudad vivía una viuda con sus tres pequeños hijos, que eran: Pedruco, el mayor, la pequeña Marita, que le seguía en edad, y Childerico, el menorcito de todos.

Ahora bien, preciso es que lo sepáis desde luego; esta familia estaba sumida en la mayor desgracia, pues Maruja había desaparecido sin que nadie supiera cómo ni cuándo.

La viuda había ido donde el jefe de tribu de los gitanos y éste había jurado por el Gran Caldero, que sus gitanos no se habían robado a la pequeña. (Cuando un gitano jura por el gran caldero, siempre dice la verdad).

La viuda fué entonces donde el jefe de pista de los saltimbanquis, y éste juró por la memoria de todos los domadores muertos por los tigres reales de su circo, que sus saltimbanquis no se habían robado a la niña. (La memoria de un domador es sagrada).

Viendo llorar tanto a su madre, Pedruco, que era el mayor de los pequeñuelos, le propuso a Childerico ir a ver a Bartoloff el mago, recién llegado a la ciudad, pues estuvieron de acuerdo en que la pérdida de su hermana no podía ser sino obra de brujería.

Y una mañana se dirigieron al hotel donde residía el ilustre encantador.

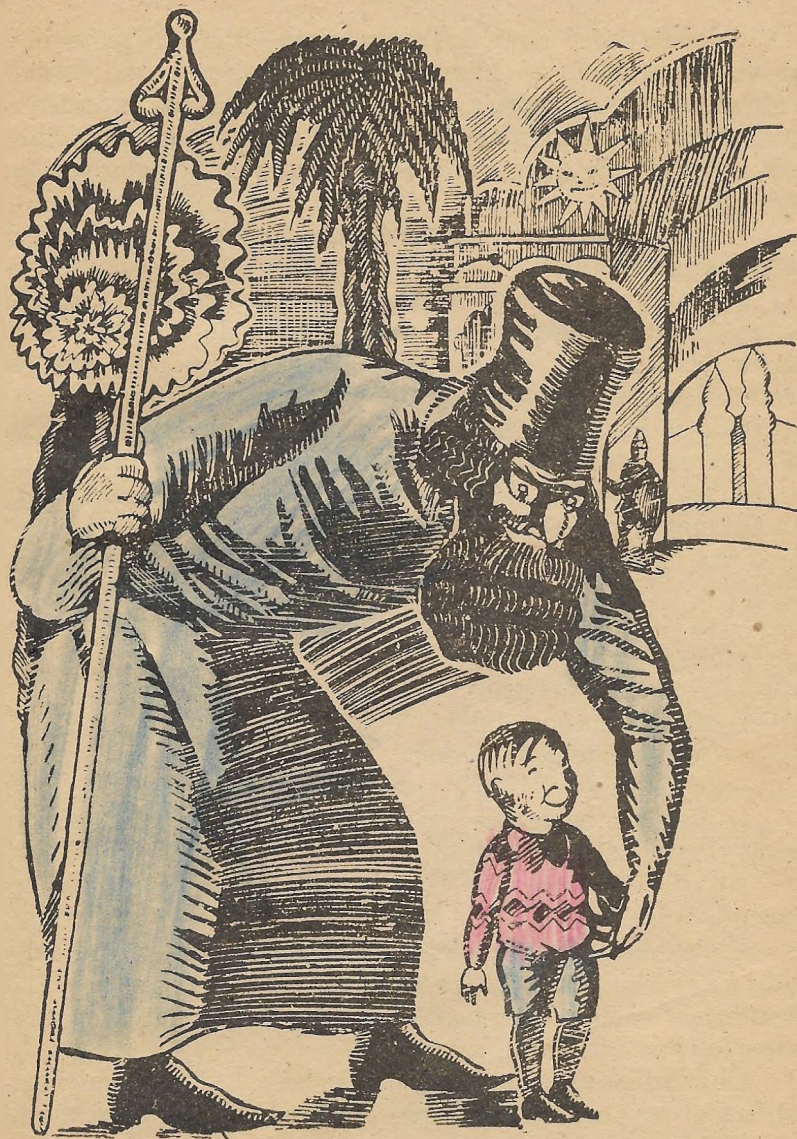
Introducidos por un ujier, Bartoloff los recibió con bastante amabilidad. Al entrar los niños, estaba leyendo un gran libro en cuyas tapas decía: «Tratado de higiene práctica para conservar la vida».

Bartoloff era un mago de gran estatura, a pesar de que iba encorvado por los años; llevaba una bata roja y en la cabeza un largo cucurucho del mismo color, adornado con medias lunas.

Habló Pedruco dando a conocer la desgracia que los afligía, y pidiendo con la humildad debida a un personaje tan misterioso, le devolviese a su hermanucha, y con ella la alegría y la paz de su hogar.

El mago les contestó que trataría de ayudarlos.

Aunque—agregó—soy el último mago que queda sobre la faz de la tierra, y mi poder es muy limitado.



Además me voy sintiendo viejo—dijo—. Precisamente, he venido a Chile en busca de aire puro, cosa que confidencialmente debo decir a Uds., prolonga más la existencia que el mejor filtro mágico. Y sólo espero para marcharme, mis botas de siete leguas, a las que mandé arreglar los tacos en Egipto.

Ahora, quiero que conozcáis mi historia, (aquí el mago tosió varias veces):

Mi padre, el mago Matazín, penúltimo mago verdadero, antes de morir me puso en conocimiento de los grandes misterios de la magia, diciéndome: «Piensa, hijo mío, que estos secretos son muy grandes y debes saber cuidarlos». Entonces yo, para cuidar mejor secretos tan grandes, ¡ay de mí!, contraté cien secretarios, los cuales me traicionaron. Estos seres malvados se llaman Megas, y sus mujeres, Migas; y ahora hacen magia por su cuenta. Ellos saben dónde está vuestra hermana, seguramente; sí, seguramente. (Volvió a toser Bartoloff).

—¿Y cómo podemos llegar hasta allá?—preguntaron los hermanos.

—Tomad el ascensor que aquí os condujo.

—¿Qué consejos dais?

—Sed personas de honor.

—¿Qué ayuda?

—Los objetos de vuestro equipaje, mientras más necesarios sean, mayor virtud tendrán.

Al día siguiente por la mañana, los niños estaban preparados para partir.

Cada uno había pensado toda la noche en qué era lo más necesario para una persona de honor. Y Pedruco había elegido sin vacilar, la espada y el escudo que había en la cornucopia, además de un revólver.

Childerico sólo puso en su bolsa objetos pequeños: el jabón del lavabo, su cepillo de dientes, la peineta, y también sus tijeras para las uñas.

III

Llegamos al Hotel Caupolicán y una vez en el ascensor, éste empezó a subir. Cuando se detuvo, salieron ante la puerta de una gran muralla, encima de la cual había un letrero que decía:

« M E G A R I A ».

Estaban en el país de los encantadores.

Atravesando el puente levadizo, Pedruco golpeó tres veces con el pomo de su espada. La puerta abrió sus dos hojas.

Al fondo se veía la escalinata llena de guardias de un viejo palacio.

Una bocina gritó desde lo alto: «¡Paso a los extranjeros!»

Una comitiva de dignatarios recibió a Pedruco con grandes zalemas.

Una escolta de bergantes (feroces guerreros servidores de los megas, que tenían cuatro brazos y un ojo en el pecho), acompañó a Childerico. Sonaban las sirenas de las fábricas y en las casas flameaba el pabellón cuadriculado de los megas.

En el trayecto los niños supieron que tal alboroto obedecía a que había nacido un hijo del rey, cosa que sólo sucedía muy de tarde en tarde.

Ahora bien, la reina estaba ansiosa por bautizar al meguita con el óleo de la sabiduría, para que cuando grande fuese tan buen encantador como sus padres. Pero se necesitaba encontrar dos extranjeros, uno para padrino y otro para esclavo. Por fin habían llegado.

Conducidos al palacio real, se dió comienzo la ceremonia.

El gran Pope cantó entre el rey y la reina. Pedruco había sido elegido como padrino y sería colmado de riquezas y honores. A Childerico le destinaban para esclavo y le esperaba el dolor y la miseria.

Dirigía la fiesta el primer chambelán.

Pedruco preguntó:

—Al aceptar tan noble ahijado, buenos megas, decidme primero dónde encontraré a mi hermana Maruja.

El Gran Pope le respondió:

—Marita sufre encantada en el País de la Noche, de donde sólo la puede sacar una persona de honor que entre de día en su sombrío territorio.

Un «groom» trajo tres brasas de fuego en una bandeja de plata.

Una se comió la reina, otra el rey y otra su hijo. (De más está decir que nadie se arrugó por esto).

Luego el Gran Pope hizo una seña y Pedruco besó al niño en la frente, pero el cabello de éste ¡oh sorpresa! se puso verde. Al verlo, el primer chambelán cantó con voz de enojo:

Mega, megaterio
miga, miga ucia,
suspéndase el bautismerio
que el padrino tiene la boca sucia.

El Gran Pope hizo entonces cosquillas en la barriga de Pedruco. (Al reírse éste, todos vieron que tenía desaseadas las muelas, en verdad).

El Gran Pope pasó al padrino un alfiler de oro, para que atravesara con él tres veces el pecho del ahijado. Al segundo pinchazo, éste vomitó la brasa de fuego.

El primer chambelán cantó, entonces, con voz de trueno:

Mega, megaterio,
pasaron treinta minutos,
no puede haber bautismerio,
que el padrino tiene las uñas de luto.

(Pedruco tenía la fea costumbre de no limpiarse nunca las uñas).



La ceremonia había fracasado. Todos los megas gritaron a coro: «¡Traición! ¡Muera el invasor!»

Pedruco se acordó del mago Bartoloff, y confiando en la virtud de sus armas, intentó defenderse, pero el Gran Pope hizo un signo y lo convirtió en ratón, el cual, corriendo, se metió en una cueva.

Cargado de cadenas, Childerico fué conducido a la Cárcel de los Siete Fosos, donde sólo había un montón de paja para dormir y un jarro de agua para beber. Al día siguiente sería quemado vivo.

Después de llorar por la suerte de su hermano convertido en ratón y por su hermana prisionera en el País de la Noche, pensando que el mago Bartoloff los hubiese engañado, Childerico quiso probar a su vez la virtud de sus objetos. Se cepilló los dientes, se lavó y peinó como hace toda persona de honor—no lo olvidéis, amigos míos—y, sacando una paja del montón y el jabón de su morral y aprovechando el agua para beber, se puso a jugar a los globos de espuma.

No era cosa de echarse a morir.

Hizo un globo pequeño y se deshizo. Hizo uno mayor y se deshizo. De pronto hizo uno grande, muy grande, del tamaño de la prisión, que se le iba con paja y todo. A la paja amarró una cuerda y ató la cuerda a su cintura, diciendo:

Hop, hop, globito de tres colores,
como el viento corre, vuela mucho;
sálvame de estos horrores
por el mago del cucurucho.

Y el globo de jabón se elevó sobre la prisión, llevándose a Childerico, ante la rabia de los megas que lo veían escaparse. Luego descendió sobre una gran llanura y depositó suavemente al niño en el suelo, a la vez que se hacía mil pedazos.

IV

Después de encomendarse a San Martín, que vela por los caminantes, siguió en busca del País de la Noche, donde yacía su hermana.

No había andado mucho, cuando vió que lo seguía haciendo brillar sus armas, un grupo de bergantes.

Acordándose del Mago Bartoloff, Childerico les arrojó entonces su peineta, que se convirtió en 22 gigantes. Y allí quedaron peleando Bergantes contra Gigantes durante cien años.

Más tranquilo, nuestro héroe siguió su camino; pero a poco vió que su sombra se iba alargando, por lo que comprendió que se acercaba al País donde Marita estaba cautiva. Las palabras del Gran Pope mega vinieron a su mente. «Sólo podrá desencantar cautivos quien entre de día a su sombrío territorio».

Si la noche caía sobre él, estaba perdido.

Recordando la promesa de Bartoloff, sacó sus tijeras para las uñas, y agachado recortó su larga sombra, como si fuera de trapo, dejándola pequeñita, igual que si el sol alumbrara desde el medio del cielo.

Siguió andando, pero al volver la cabeza, su sombra era tan larga como la de un álamo. Con sus tijeras la recortó de nuevo; arrojando los pedazos al viento, y recortándola muchas veces, llegó al centro del País de la Noche.

Sólo a su alrededor estaba de día; lo demás eran tinieblas.

Entre la oscuridad se oía un ruido infernal que daba terror al más valiente.

De pronto oyó una voz que le decía:

—Espectro o pesadilla, fuego fatuo, ¿quién sois?

—Soy Childerico y busco a mi hermana Marita.

—Yo soy Zamba Canuta, la reina de aquí. ¿Tienes la cara limpia y peinados los cabellos? Muéstrame los dientes.

Childerico se los mostró. (Eran blancos como las perlas).

—Muéstrame las uñas.

Childerico se las mostró. (Eran transparentes como el ámbar).

—Eres persona de honor y de día has llegado a mis dominios. Me has vencido, dijo la reina negra, cayendo de rodillas.

Entonces Zamba Canuta le explicó que el ruido infernal que se oía provenía de que en las tinieblas tenía encantados a todos los niños sucios del mundo.

A los que no se limpiaban los dientes, los convertía en serruchos que, sin que nadie los moviese, cortaban leña sin descanso.

A los que no se peinaban, los convertía en escobas, que solas pasaban barriendo.

A los que no se sonaban la nariz, los convertía en cornetas.

Los que no se limpiaban los dientes ni las uñas, se convertían en ratones. Los que jugaban con barro, se convertían en sapitos. Los que comían cosas puercas, se convertían en microbios.

Y Zamba Canuta, que era una mujer negra como la pez, le trajo agua clara, y Childerico, con su jabón, hizo lavaza y frotando escobas y serruchos, cornetas, ratones y sapitos, fueron apareciendo niños y niñas que, desencantados en virtud de la lavaza, salían de lo oscuro blancos como molineros.

Mientras tanto, las tinieblas se iban retirando, porque había llegado el agua, el jabón, la limpieza, que es el sol de la vida.

Y Zamba Canuta se fué llorando detrás de sus tinieblas y de sus ojos caían gruesas lágrimas de alquitrán.

Childerico, frotando un microbio, encontró a su hermanita. (La chica comía cosas recogidas en la calle). Y frotando

un ratón, apareció Pedruco, de modo que los tres hermanos pudieron volver juntos a la ciudad.

Ya en los brazos de su madre, Pedruco comprendió el verdadero sentido de ser persona de honor y sus uñas estuvieron limpias y sus dientes albos.

Marita prometió no recoger más cosas del arroyo.

V

Casi todos los demás niños eran de la misma ciudad donde reinara Zamba Canuta que, por otra parte—debo decirlo—era una ciudad como cualquiera otra; pero sus habitantes habían sido tan sucios, que se había hecho para siempre de noche en el País.

Agradecidos sus habitantes, porque gracias al agua y al jabón de Childerico había de nuevo noches y días en la ciudad, enviaron de allí en adelante grandes presentes a su salvador: juguetes, riquezas y golosinas, sobre todo para el día de San Childerico, Pascua de Reyes y Año Nuevo.





LA NOCHE.

(Roberto Wieland).

Composición original de un alumno.

HAY una diferencia muy grande entre el día y la noche. El día es alegre y la noche es más bien triste. En el día se trabaja y en la noche se descansa.

Cuando la noche se aproxima, las siluetas de los edificios se llenan de sombras. La torre de la iglesia cercana se viste de luto.

Cuando la noche se acerca, los obreros y los empleados emprenden dichosos el camino de sus casas para disfrutar de un merecido descanso, después de las rudas tareas del día.

Los focos o los faroles de las calles empiezan a encenderse. Lo mismo hacen los bonitos avisos luminosos de los establecimientos comerciales, que tienen unos lindos juegos de luces para llamar la atención de la gente.

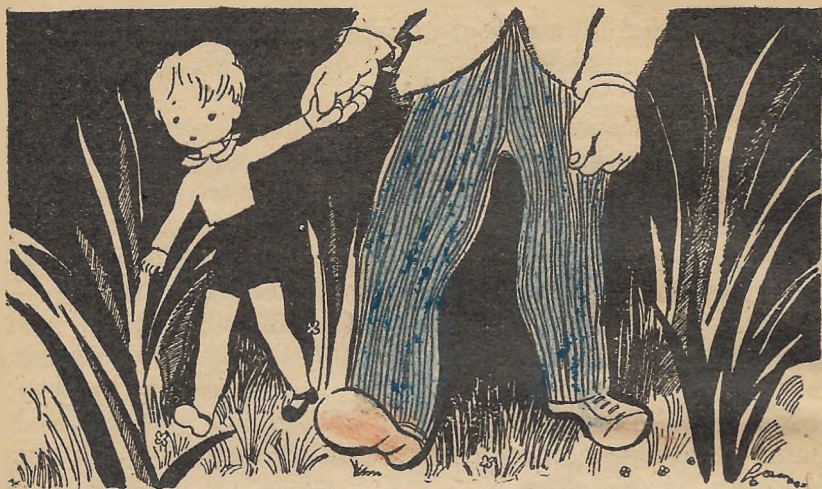
Los vehículos que en gran número circulan por las calles, pasan también con sus faroles encendidos.

Disminuye, poco a poco, el gran movimiento que había durante el día. Todo el mundo se ha retirado a descansar a sus respectivos hogares, después del trabajo diario. Sólo de vez en cuando se escucha el ladrido de algún perro o se sienten los pasos de alguien. Todo ha quedado por fin en calma.

Llega después el nuevo día y la vida va volviendo otra vez a la ciudad. Muy temprano suenan los pitos de las fábricas, llamando al trabajo a los obreros. El movimiento comienza a aumentar en las calles. Los estudiantes se alistan para volver a sus colegios. Los tranvías van repletos de alegres colegiales.

La ciudad ha recobrado la misma animación que el día anterior.





UNA PLANTA MARAVILLOSA.

MAS de una vez se ha preguntado cuál es la planta más útil para la humanidad y se ha concedido la palma ya al trigo, ya al arroz, teniendo en cuenta que esos dos cereales son los de mayor consumo en todo el mundo y la base de la alimentación de millones de seres humanos. El arroz, sobre todo, es el alimento casi exclusivo en vastas regiones de la India. Pero, probablemente, no ha de tardar el día en que, difundido su cultivo en todo el mundo, se considere a la soja o soya como la planta más útil, pues aventaja a todos los cereales por la riqueza de sus propiedades nutritivas, especialmente por sus múltiples aplicaciones, mucho más numerosas que las de cualquier otro producto vegetal.

Es, sencillamente, una planta maravillosa. Baste decir que sólo con preparados de soya se podría comer todos los días con menú variado y sabroso.

Desde hace siglos, la soya—y no el arroz—, es el alimento principal de algunas regiones de China y Manchuria, donde no necesitan completarlo ni siquiera con carne, pues la soya contiene, más que cualquier otra legumbre, proteína y grasas, por la cual substituye a la carne y a la leche. No sólo es utilizada en Oriente. En menos de quince años, el cultivo de la soya se ha desarrollado en los Estados Unidos, a tal punto que se la produce actualmente en un millón setecientas mil hectáreas. Ya se ha comenzado a cultivar en Chile.

Es una leguminosa de poco más de medio metro de altura que se carga de vainas con semillas semejantes al poroto. Estos porotos o habichuelas son el producto más importante, pero no el único, de esta planta, de la que se cultivan alrededor de cien variedades.

Lo más sorprendente de las aplicaciones de la soya, es la fabricación de leche, para lo cual se ponen las habas en agua durante doce horas, se muelen, se agregan tres partes de agua y se cuele. Resulta un líquido blanco y cremoso que tiene las mismas características que la leche de vaca, al punto que sirve también para fabricar quesos. ¡Queso vegetal!

El residuo molido que queda después de colada la leche, se deja secar y se usa como harina.

El café de soya se ha comenzado a emplear en algunos países europeos y americanos. Se obtiene con habas bien tostadas y molidas, sobre las que se vierte agua hirviendo, como para preparar el café común.

Otro producto muy estimado y ahora de gran consumo en la América del Norte, es la salsa que se prepara con soya cocida, trigo, agua y sal en fermentación durante meses. Resulta un líquido oscuro, de sabor fuerte, parecido al extracto de carne y se usa para sazonar toda clase de platos.

Las habas de soya frescas, es decir, tal como se sacan de la vaina, se usan de la misma manera y para las mismas comidas que las habas, los porotos y las arvejas. Una vez secas, pueden ser transformadas en harinas que son más nutri-

tivas y saludables que las que se obtienen de las legumbres nombradas, y especiales para alimento de los niños más pequeños y los enfermos.

Los retoños de soya, es decir, las plantitas de poco más de diez centímetros, se comen como ensaladas; sustituyen a los espárragos y a las ensaladas comunes y pueden ser aderezados con salsa fermentada... de soya, y aceite... de soya. Pues de estas utilísimas habas se extraen varias clases de aceites: de cocina, de ensalada e industrial, (este último para la preparación de pinturas). Además de los aceites, se obtienen otras sustancias grasas: margarina y manteca.

El pan de soya, naturalmente, se elabora con harina de soya, a la manera de la harina de trigo.

De las habas de soya empleadas para la extracción de aceite, queda un residuo voluminoso, una pasta harinosa, que es un excelente alimento para el ganado. Este solo producto es una fuente de riqueza para algunas regiones de Manchuria que lo exportan en grandes cantidades. También las habas de las variedades ordinarias, frescas o ensiladas y fermentadas, son un buen alimento para los animales.

Ibamos a decir que lo único que no se utiliza de esta planta extraordinaria son las hojas, pero resulta que éstas contienen valioso alimento para el suelo, y en los Estados Unidos se emplea la planta, una vez hecha la cosecha de semillas, como abono verde para los cañaverales, los arrozales y las plantaciones de árboles frutales.





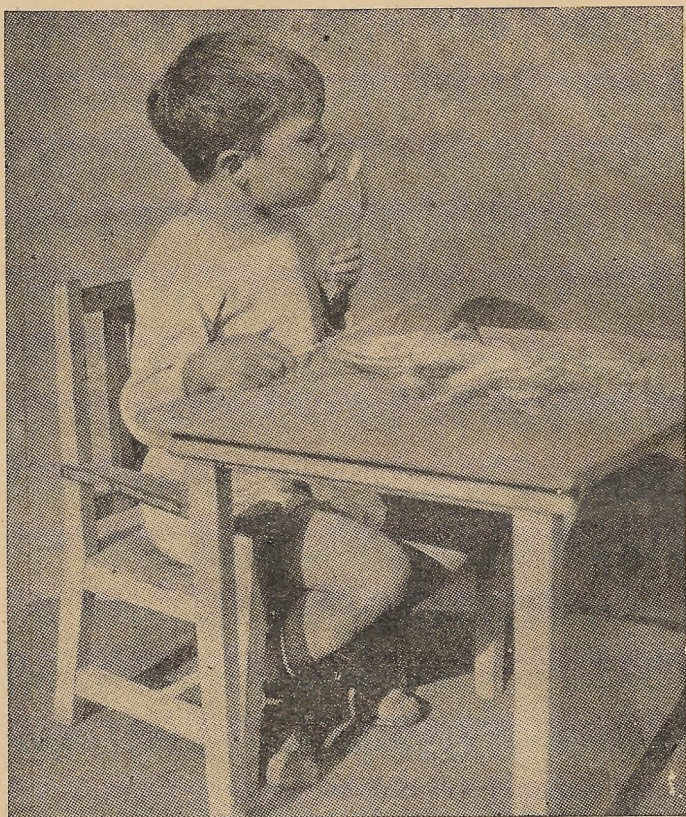
RECUERDO.

(Juan R. Jiménez).

*HE venido por la senda,
con un ramito de rosas
del campo. Tras la montaña
nacía la luna roja;
la suave brisa del río
daba frescura a la sombra;
un sapo triste cantaba
en su flauta melodiosa;
sobre la colina había
una estrella melancólica.*

*He venido por la senda
con un ramito de rosas.*





Lo que dice la boca.

LA gente cree que sólo sirvo para hablar y comer. De ahí me viene la mala fama que tengo. Pero yo me permito observar que no son esas mis únicas ocupaciones. Así, por ejemplo, el buen consejo por la boca sale y la salud del cuerpo por la boca entra. Recuerden también que el silencio es oro

y que en boca cerrada no entran moscas. Es cierto que me lo paso hablando gran parte de la vida, pero no hablo de mí misma, virtud muy rara en los que hablan mucho y también en los que hablan poco...

Sin embargo, ahora voy a hablar de mí, en mi defensa y por mi cuenta. Las cosas se están poniendo tan desagradables, que a una ya no le es posible ser boca limpia, ni vivir tranquila, sin temor de que se produzca un accidente terrible, no sólo para una misma, sino también para el cuerpo. ¡Ese accidente puede ser la muerte!

Soy la boca de un niño, pero las cosas de que me quejo no me ocurren sólo a mí, sino a casi todas las bocas de niño y a más de alguna de persona mayor que no ha perdido las malas costumbres.

Toda mi petición de justicia podría resumirse en una sola frase: «Quiero que no se olvide que sirvo solamente para comer y para hablar». Con esto queda dicho todo, como lo verán en seguida.

El otro día, el niño a quien pertenezco necesitaba atarse los zapatos. Para efectuar esta operación, me puso entre los labios y los dientes una moneda de a peso que hasta ese momento llevaba en la mano. ¡No sé cómo me contuve! ¡Todavía me estremezco de repugnancia! Olvidan que no soy un pisapapel, ni un broche, ni un lavatorio. Digo esto, porque el niño a quien pertenezco, cuando se mancha un dedo con tinta, me obliga a chuparlo para que le quite la mancha. Tampoco soy tijera... pero, no mencionemos mejor eso de recortarse las uñas.

Insisto. Es preciso que mi patrón se dé cuenta de que no debo servir nada más que para comer y hablar. De vez

en cuando me toma como bolsillo o cofre. Por ejemplo, ayer, cuando le dió por componer un carrito de juguete, se puso en la boca, es decir en mí, una veintena de tachuelas. A propósito de cosas puntiagudas, sé de una hermanita mía, muy graciosa, por cierto (la boca de una niña es siempre graciosa), que cada vez que su dueña se ponía a coser, sufría la tortura de tener que apretar alfileres o agujas. ¿Saben ustedes que mi patrón ha descubierto en mí una caja de herramientas? Usa los dientes para partir palitos, quebrar nueces, cortar hilos, arrancar botones, los usa como tenazas, etc. Y como mis huesos son los dientes, a menudo resulto con un hueso roto.

Y no hablaré más de mí. Quiero solamente que me hagan la justicia que he pedido. Las únicas tareas de mi obligación son bastantes y muy nobles, pues no es poca cosa comer como se debe y hablar correctamente. Y ahora, punto en boca.





EL HEROE MODERNO.

(Constancio Vigil).

HAY una gran diferencia, amigos, entre los héroes del pasado, que los atemorizaba, y yo, a quien ustedes se acercan sin temor.

Antiguamente se llamaba héroe al que buscaba el triunfo matando. Seguido por legiones de soldados, se internaba en territorio enemigo para someterlo a viva fuerza. El héroe era, en rigor, aliado de la muerte.

Por más grande y noble que fuera su causa, los medios de que se valía para imponer el triunfo no podían ser más dolorosos y horripilantes.

La lucha no se libraba en el campo de la inteligencia, del saber o del trabajo que dignifica: se luchaba brutalmente, no por el bienestar, sino para imponer la sumisión. Quien hacía correr mayor cantidad de sangre del enemigo, quien con

mayor furor destruía, incendiaba, arrasaba, éste era el más grande de los héroes. La humanidad ha comprendido que no puede ser la desolación, la ruina y la matanza, el verdadero objeto del heroísmo. Hoy ya no es una gloria apetecible la que se gana con el dolor ajeno.

Y van surgiendo otros héroes: los héroes de la vida; los héroes más modestos, más humanos, cuya meta no consiste en la ruina de otros; cuyo triunfo no exige lágrimas y sangre; cuyo sacrificio no importa el sacrificio de pueblos enteros; cuya victoria deja únicamente frutos de bien para todas las naciones de la tierra.

Tal es la nueva estirpe de héroes.

Afrontamos peligros mucho mayores, por cierto, que los de una batalla; nos jugamos la vida en busca de un beneficio para la humanidad; desafiamos y vencemos dificultades múltiples; batallamos durante toda la existencia contra las enfermedades, contra el mal.

Para comprender la diferencia entre el antiguo heroísmo y el moderno, basta considerar lo que era un conquistador a la antigua. Quedaba el país asolado, los hogares deshechos, los campos sembrados de cadáveres. Millares de huérfanos lloraban junto a sus madres, mientras el vencedor entraba, ufano, al son de clarines y tambores, a recoger, en medio de las ruinas, su victoria.

La propia nación triunfante vestía luto y sollozaba. Su ejército también había sufrido los horrores de la muerte y de la mutilación.

Mis conquistas, más verdaderas y durables, no son conquistas de fieras. Son conquistas del estudio, del carácter y del sacrificio en holocausto de la humanidad.

Decidle a vuestra madre que por mí no llorará; decidle a vuestro padre que yo no lo despojaré del fruto de su trabajo.

¡Venid hijitos, podéis estar sin recelo al lado mío!

¡Nadie me teme y todos pueden amarme sin deshonra!



Odiseo en la isla de los cíclopes.

PADECIMIENTO DE ODISEO.

ENTRE todos los héroes griegos que después de la caída de Troya emprendieron el viaje por mar a sus distintos países, ninguno sufrió tantas vicisitudes como Odiseo. Diez años combatió frente a las murallas de Troya y diez años más trascurrieron desde que partió de las playas de la ciudad vencida, hasta que entró en su tierra de Itaca, al Oeste de Grecia, donde lo aguardaban su esposa Penélope y su hijo Telémaco.

Fué la ira de Poseidón, dios de los mares, la causa de esa tardanza en el viaje de regreso y de los padecimientos que en él experimentó Odiseo. Poseidón había sido propicio a la causa de los griegos y sin duda habría favorecido también el regreso del héroe que tanto contribuyó a la victoria de los mismos. Pero Odiseo provocó la ira terrible del dios del mar, al dejar ciego a su hijo, el cíclope Polifemo.

Odiseo partió de Troya con doce embarcaciones. Tocó primero en Ismaro, donde recibió el primer golpe de la ad-

versidad, pues en un combate con los nativos perdió buen número de los tripulantes de cada barco. Luego una tempestad arrastró sus naves al país de los comedores de loto, hombres de sentimientos pacíficos que pasaban la vida en una especie de embriaguez y parecían indiferentes a todo. Cuando los marinos griegos probaron este loto mágico, perdieron el deseo de regresar a sus hogares y de volver a ver a sus esposas y a sus hijos. A viva fuerza Odiseo los obligó a regresar a los barcos y los salvó así del peligroso encantamiento.

LA ISLA DE LOS CÍCLOPES.

De allí se dirigió hacia una isla extrañamente bella, cubierta de tiernos pastos, que le daban un ameno verdor, y surcada por innumerables arroyuelos. Llevó las naves a la playa, desembarcaron y descansaron en aquel lugar delicioso. Pero Odiseo había divisado en la tierra firme grandes rebaños y chozas de las que se elevaba humo, lo que significaba que estaban habitadas, y decidió explorar esa región. Al día siguiente se dirigió con su nave y los tripulantes de ella hacia tierra firme.

Esa comarca era habitada por una raza de gigantes, los cíclopes, seres rudos y brutales que no tenían sino un ojo, situado en el medio de la frente. Uno de ellos era Polifemo, hijo de Poseidón. Vivía como pastor. La mala suerte condujo a Odiseo a su vivienda. Era ésta una gruta tan vasta, que en ella se albergaban el gigante y todo su rebaño. Odiseo, que nada sabía del interior de la gruta ni de quién la habitaba, eligió a doce hombres, y juntos, llevando un zurrón de trigo y una bota de vino, abandonaron la nave y se encaminaron hacia la caverna.

Polifemo no se hallaba en la gruta cuando llegaron los navegantes. Estos vieron, asombrados, que había en la caverna, en pequeños corrales, numerosas ovejas, corderos y cabritos, así como gran cantidad de quesos, mantequilla y suero.

En seguida de llegar, los hombres, fatigados, encendieron fuego y comenzaron a comer de las abundantes provisiones. En eso estaban cuando una forma gigantesca interceptó la luz del día y la caverna se oscureció. Era el cíclope que llegaba con sus rebaños. Los intrusos corrieron a refugiarse en el rincón más apartado y oscuro.

POLIFEMO.

Polifemo hizo entrar el rebaño y dejó caer una brazada de troncos que trafa para que le sirvieran de leña. Luego alzó un gran peñasco y lo colocó a la entrada de la caverna para cerrarla. Sólo después de haber ordeñado las ovejas y las cabras y de haber avivado el fuego, la mirada de su ojo único descubrió a los intrusos.

—¿Quiénes son ustedes?—preguntó con voz tan recia que parecía un rugido—. ¿Ladrones o piratas?

Sólo Odiseo tuvo valor suficiente para responder:

—Somos aqueos, del ejército de Agamenón. Por voluntad de Zeus nos hemos extraviado de nuestra ruta y venimos a ti como forasteros que piden hospitalidad. No olvides que Zeus protege a los forasteros y a los suplicantes.

El cíclope se echó a reír groseramente y replicó:

—¿Crees, estúpido patán, que haré caso de los dioses? Perdono o doy muerte a quien se me antoja... ¿Dónde está la cáscara de nuez que te trajo a estas costas?

—¡Ah! Mi nave ha zozobrado—contestó astutamente Odiseo—. Yo y los que me acompañan somos sobrevivientes del naufragio.

Polifemo, que entre tanto, observaba con atención a los supuestos náufragos, se apoderó de pronto de dos de ellos, les dió muerte de un golpe terrible contra el muro de roca y los devoró, ante los compañeros aterrorizados e impotentes. Hecho esto, se tendió en el suelo y no tardó en quedarse dormido, sin preocuparse de los marineros. Durmió durante to-

da la noche. Pero el sueño no visitó a los griegos que, si bien podían dar muerte al gigante mientras se hallaba dormido, no reunían fuerzas suficientes para apartar el peñasco de la entrada de la caverna. Pero durante toda la noche el astuto Odiseo pensó en uno u otro plan para salvarse.

Al amanecer despertó el cíclope, dando bostezos que resonaban como truenos. Encendió fuego, volvió a ordeñar las cabras y las ovejas y se apoderó de otros dos compañeros de Odiseo que devoró en seguida. Luego el salvaje pastor hizo salir el rebaño de la caverna y colocó el peñasco en la entrada, dejando así prisioneros a Odiseo y a sus hombres.

ODISEO Y SUS HOMBRES, PRISIONEROS.

Pero el astuto Odiseo había decidido ya su plan. En un rincón de la caverna había visto un gigantesco cayado de pastor, hecho del tronco de un olivo y del tamaño de un mástil. Apenas se alejó el cíclope, Odiseo ordenó a sus hombres que cortaran el palo por un extremo, hasta darle punta afilada. Una vez hecho esto, ocultó el cayado debajo de la tierra suelta que se acumulaba en el suelo.



Al caer el sol regresó el cíclope y, como la víspera, hizo entrar el rebaño, cerró la entrada, ordeñó cabras y ovejas y cenó devorando a otros dos infelices griegos, en medio del espanto de los sobrevivientes. Pero Odiseo se adelantó con un cuenco lleno del vino que había traído, y reprimiendo el horror que le causaba Polifemo, le habló así:

—Bebe, cíclope; prueba nues-

tro vino. Es lo poco que logramos salvar del naufragio. Bebe, pues nadie volverá a traer vino a quien es tan poco hospitalario.

El cíclope probó el vino y se echó a reír de contento con retumbante risa.

—Nunca he probado cosa mejor—dijo:—Ni la leche más rica, ni el zumo de las uvas... Dame más. Dame todo lo que queda, y dime tu nombre para que te dé las gracias.

Tres veces Odiseo sirvió vino y lo ofreció al cíclope, que lo bebió de un trago. Luego contestó:

—Me llamo Nadie.

—Como agradecimiento por tu obsequio, ¡oh, Nadie!—dijo el cíclope—, te devoraré el último.

Apenas podía mantener erguida la cabeza. El vino causaba su efecto embriagador. Por fin el cíclope cayó pesadamente de su asiento y, tendido en el suelo, no tardó en quedarse dormido.

ODISEO HIERE AL GIGANTE POLIFEMO.

Odiseo metió en el fuego la punta del cayado y la mantuvo hasta verla convertida en brasa. Luego, con la ayuda de sus compañeros, alzó verticalmente el pesado tronco y lo dejó caer, clavando la punta encendida en el ojo de Polifemo.

El cíclope lanzó un horrendo alarido de dolor y en seguida llamó a gritos, que resonaron en toda la comarca, a los demás cíclopes. Odiseo y sus hombres se refugiaron en un rincón de la caverna y no tardaron en oír los pasos de los gigantes que acudían en auxilio de su compañero.

—¿Qué ocurre, Polifemo? ¿Estás herido? ¿Quién te ha herido?

—Nadie—rugió Polifemo—. Nadie me quiere matar a traición.

—Si nadie te ha herido, déjanos dormir tranquilos—replicaron los cíclopes, y se alejaron de mal humor.

Entonces Polifemo apartó el peñasco de la entrada y se sentó junto a ella, gimiendo de dolor y con los brazos extendidos, a fin de apresar al que se acercara con el intento de salir.

LOS PRISIONEROS LOGRAN ESCAPARSE.

Mientras se hallaba así, Odiseo ató de a tres en tres los carneros del rebaño, con el propósito de que al salir los animales salieran con ellos, él y sus hombres, oculto cada uno debajo del carnero del medio; los de los costados contribuirían a ocultarlo. Odiseo eligió para sí el carnero más grande, se colocó debajo de él y se colgó de los vellones.

Llegó la aurora y el rebaño se agolpó a la entrada de la caverna, pujando por salir. Polifemo comenzó a dejarlos salir, lentamente, palpando cuidadosamente a cada animal en el instante en que iba a trasponer la entrada. No sospechaba que cada tres carneros uno llevaba debajo, sólidamente atado, a un hombre. El último que salió fué el carnero más grande, el rey del rebaño, debajo del cual se deslizaba Odiseo. Una vez afuera y a cierta distancia de la caverna, Odiseo y sus compañeros se desataron y echaron a correr hacia la nave, llevando algunos carneros. No tardaron en llegar y fueron saludados con alborozo por sus compañeros que habían quedado a bordo.

Pero, al dejar la costa, Odiseo no pudo reprimir el deseo de dirigir al cíclope gritos de burla. Polifemo comprendió que sus prisioneros se habían escapado, salió precipitadamente de la caverna y guiado por los gritos del navegante, arrojó una gran peña con la intención de hundir la nave fugitiva. La peña cayó lejos de la embarcación y levantó las aguas como un terremoto. Odiseo gritó:

—Cíclope, si alguien te preguntara quién te cegó, dile que fué Odiseo, el hijo de Laertes de Itaca.

—Un oráculo lo predijo—se lamentó Polifemo—; pero yo esperaba un hombre que me afrontara y me venciese por

su valor, no una débil criatura. Y alzando los brazos, suplicó: «Poseidón, padre mío; persigue a Odiseo, el hijo de Laertes de Itaca y véngame. No le permitas que vuelva a ver Itaca; y si ha de volver, que sea al cabo de muchos años, sin un amigo, después de muchos padecimientos y para encontrar el Mal sentado en su hogar».

Dijo así y lanzó otro peñasco, pero la nave estaba ya fuera de su alcance y navegaba velozmente hacia la isla donde habían quedado las demás naves.

Luego emprendieron juntas el regreso a la patria, pero Poseidón, dios del mar, cediendo a la plegaria de su hijo, suscitó en la ruta de los navegantes toda suerte de contrariedades, y sólo al cabo de diez años, y tras mucha adversidad, volvieron a ver la dulce tierra de Itaca.



SANTIAGO MODERNO.

LA ciudad de Santiago ha progresado considerablemente en los últimos años. Chilenos que han residido durante mucho tiempo en el extranjero, han expresado su asombro al contemplar, con justificado orgullo, los adelantos de nuestra capital. «Santiago—han declarado algunos, al ser entrevistados por los periodistas—, comienza a adquirir la fisonomía de una ciudad europea».

Parecidas declaraciones han hecho ilustres personalidades extranjeras que han llegado a Chile en viaje de estudio o de recreo.

Tales testimonios deben llenarnos de satisfacción, porque indican que en nuestro país hay espíritu de progreso, que sus hijos trabajan.

No se necesita, por lo demás, haber estado ausente del país, para advertir la rapidez con que Santiago va adquiriendo el aspecto de una gran ciudad moderna. Cada día se inicia un



trabajo de importancia: hoy es un edificio monumental, mañana, una calle o avenida nueva, que traerá consigo la construcción de modernas residencias. El centro comercial, desde hace tiempo, viene experimentando una continua y hermosa transformación. Se han multiplicado las grandes construcciones de numerosos pisos, todas de corte moderno, y se han ensanchado muchas calles céntricas, lo que ha acentuado la belleza de ese sector de nuestra capital.

Muchos edificios públicos, que recuerdan a los rascacielos neoyorquinos, ponen también una nota nueva en ese interesante conjunto arquitectónico.

Por otra parte, Santiago posee hermosos barrios residenciales, como Los Leones y Ñuñoa, que llaman la atención de los turistas. Innumerables residencias, construidas con muy buen gusto, se suceden a lo largo de amplias y pintorescas avenidas, circundadas de bellos jardines.

Urbanistas de fama mundial estiman que Santiago llegará a ser una de las ciudades más bellas del Mundo. Le favorece, entre otras cosas, el panorama incomparable que la rodea, y el atractivo de algunos paseos que, como el Cerro San Cristóbal, no se encuentran fácilmente en otras metrópolis.

La casa colonial, en que transcurrió amablemente la vida de nuestros abuelos, ha desaparecido casi del todo. Las necesidades de la vida moderna reclaman construcciones de otro estilo, en las cuales se consultan una serie de requisitos que hacen la vida más higiénica, más cómoda, más agradable.

Al par que nuestra Capital, progresan también, eso sí que más lentamente, otras ciudades importantes de nuestro país.

Es justo, pues, que este espíritu de progreso, nos colme de satisfacción. Y, a medida que nuestras ciudades adelantan, debemos hacernos también el propósito de ser cada día mejores ciudadanos.



La campanita.

(*Amado Nervo*).

ALEGRE como alondra madrugadora,
locuela como pluma que viene y va,
yo soy la campanita que da la hora:
¡din-dan, din-dan!

Yo soy la que te canta: «Duerme, chicuelo;
mi toque de oraciones te arrullará».
Yo soy la que en las fiestas repica a vuelo:
¡din-dan, din-dan!

Yo soy la que te digo: «Niño, despierta,
despierta que los libros te aguardan ya;
el sol de la mañana dora tu puerta,
¡din-dan, din-dan!»

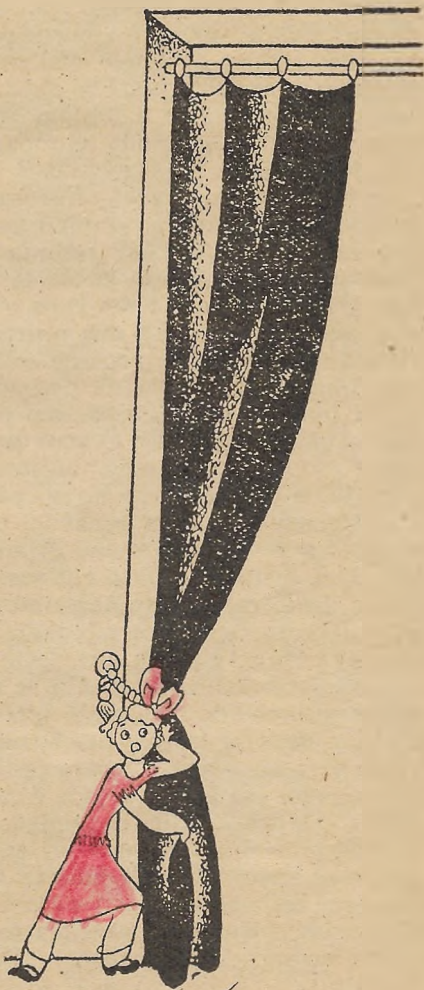
Suspensa entre la tierra y el infinito,
yo sueño toda dicha, todo pesar;
yo soy quien a las almas a orar invito:
¡din-dan, din-dan!



¡MUERTA DE SUSTO!

Monólogo para niña.

ME tienen en el colegio por una chiquilla diabla, por una chiquilla valiente. ¡Lo que son las cosas! Estoy convencida de que soy cobarde, pero muy cobarde. Se mueve apenas una ampollita, y salgo disparada. ¡Creía que la causa del movimiento era un terremoto! Diviso una de esas lauchitas con cara de buena persona, y grito, grito. Al momento, aunque no quiera, la estoy viendo del tamaño de un elefante con bigotes. La señorita me comienza a mirar en la clase, y, casi, casi, me desmayo. Creí que me iba a preguntar la lección. ¿Dónde está entonces mi valentía? Porque, les confieso, yo ando siempre muerta de susto. Ustedes me dirán que las que no estudian tienen que andar siempre asustadas, porque la preocupación de que le pregunten a una la tarea... produce por aquí, en la espina dorsal, una cosquillita muy desagradable. Yo la he sentido, sí, yo la he sentido. Pero eso me pasaba cuando era floja. Ahora estudio. No es por alabarme, pero ahora estudio. El que yo sea asustadiza se debe a otra cosa. ¡Me da miedo de sólo acordarme! ¡Uy! ¿Han sentido unos ruidos raros? ¿Como unos pasos? ¡Ay qué susto! No, no es nada. Aunque estoy un poco



asustada, voy a contarles ligerito, porque ya me está dando miedo estar sola aquí arriba, por qué soy tan miedosa. Fíjense que tenía una mala costumbre, pero una costumbre muy fea: la de andar en puntillas, corriendo, a escuchar, escondidita, detrás de una puerta, aquí y allá, lo que hablaban los demás. ¡Pura curiosidad! Me da vergüenza decirlo, pero era así. ¿Qué cosa tan fea, no? En el colegio, en la casa, andaba siempre cometiendo esta grave falta. Un grupo de chiquillas estaba hablando mal de mí, y, de repente, sin que se lo imaginaran, asomaba yo y le daba una feroz palmada a la mala lengua. Por esto me han dado fama de valiente y de diabla. ¡Pero yo no soy diabla! Lo que hay es que no me agrada que las compañeras sean desunidas... y peladoras. Se acostumbran así desde chiquititas y eso no debe ser. Bueno. Esa mala costumbre se me quitó para siempre desde el día en que me pasó un horrible percance. ¡Si me tiritaba la mandíbula de sólo recordarlo! Era una víspera de Pascua. Tenía yo grandes deseos de saber lo que nos traería a cada uno el Niño Dios. Y como el Niño Dios sólo se entiende con los papás para estas cosas, sorprendí a mis padres que, cuchicheando en una pieza cercana, se ponían de acuerdo sobre los regalos.

¡Admirable! Despacito, despacito, me deslicé hasta allí, y pegadita junto a una cortina, me puse a escuchar. De repente, mi papá se pone de pie. En el acto quise arrancar para no ser sorprendida... y ... y... ¡Jesús qué susto! Una mano invisible me había sujetado de una trenza, y no me podía mover.

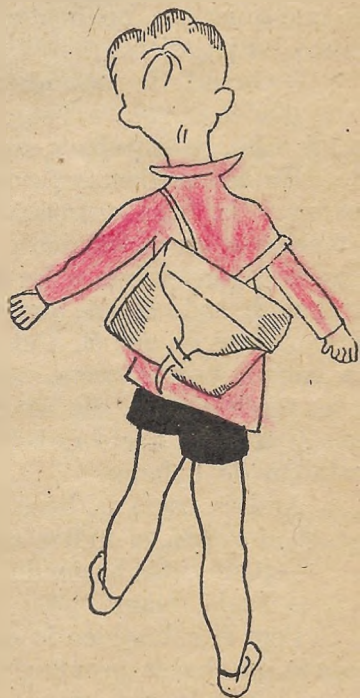
¡Alguien que anda penando! Estaba más fría que un chupete de helados y veía una mano gigantesca y peluda que me tiraba el pelo. ¡Qué susto, por Dios, qué susto! Por fin pude gritar. Fué un grito que debió escucharse hasta en Pekín. ¡Socorro, socorro!—decía. Gran alboroto. Acudieron mis padres alarmados. Y me quitaron de las feroces garras del gigante, que resultó ser ese aparatito antipático en que se sujetan las cortinas. Ahí se me había enredado la trenza. Me habían sorprendido realizando una mala acción y casi me muero de miedo y de vergüenza. ¡Lloré mucho! Mi papá me tomó en sus brazos para consolarme y para pedirme, entre besos, que no volviera a cometer esa falta. Desde entonces no he vuelto a cometerla y yo creo que desde entonces también todas las niñas llevan melena... Se explicarán ahora por qué soy tan miedosa, por qué ando siempre muerta de susto. Bueno, ¿quieren aplaudirme un poquito? ¡Gracias! ¡Pero qué bulla hacen ustedes con las manos! ¡Me da miedo! ¿No dicen que los aplausos echan el teatro abajo? ¡Si estoy muerta de susto! Yo me arranco, me arranco... (*Vase...*).

T E L Ó N.

CUANDO SEA GRANDE...

ANDRES tiene muchas obligaciones, muchos deberes. Lo ha descubierto esta tarde. Estaba tan aburrido, que se puso a pensar. ¿Eran ésas las vacaciones que había esperado tanto? A cada momento tenía que hacer algo. No era posible estar tranquilo. Todos lo mandaban. Eso le pasaba, seguramente, porque era un chico, porque no tenía más que once años.

Cuando uno no tiene nada que hacer, y, por lo tanto, se aburre, empieza a contar con mucho cuidado todas las cosas desagradables. Fué lo que hizo Andrés con sus obligaciones: se puso a contarlas después de decirse, de una manera general, que cualquier perrito, cualquier gato pasa una vida más descansada que un niño que tiene padre y madre. La primera obligación, lavarse las manos, siempre con jabón, antes de comer; la segunda, alcanzar las tijeras, el metro o un diario viejo; la tercera, atender el timbre de la puerta de calle a cada momento; la cuarta, no arrodillarse con el pantalón de salir ni con las medias largas; la quinta, arrancar el pastito de los maceteros; la sexta, deshacer los nudos de los cañamitos sacados de los paquetes; la séptima, dejar la colección de figuritas de las banderas de todo el mundo y peinarse y ponerse el traje dominiguero para ir a saludar a las visitas y quedarse quieto y derecho en la silla, mientras las visitas le preguntan en qué curso está y



le dicen a la mamá que su hijo es ya todo un hombre; la octava, tener que jugar...

¿Tener que jugar? Sí, porque cuando uno está aburrido, aun inventar un juego es un trabajo.

Andrés continuó mentalmente ese fastidioso inventario de obligaciones. Parecía que no iba a acabar nunca. Y como seguir pensando en tantas cosas era otro trabajo cada vez más complicado, resolvió ponerle término, exclamando tras un suspiro:

—¡Cuando sea grande!...

Esta exclamación quería decir mucho. Cuando sea grande—pensaba Andrés—no tendré ninguna obligación; nadie me mandará; nadie me dirá si es ésta la manera de presentarse a la mesa, y si no he oído que me llamaron cuatro veces. Haré lo que quiera, o, mejor dicho, no haré nada, como los perritos, como los pajaritos...

—Cuando sea grande como mi papá...

¿Quién mandaba a su papá? Era el patrón de la casa. Venía a las ocho, se sentaba y esperaba que le sirvieran la comida...

En ese momento Andrés quedó con la mirada fija en la pared y la boca entreabierta. Era una actitud de profunda atención a un pensamiento. En efecto, acababa de ocurrírsele que su padre volvía a las ocho de la noche, después de haber trabajado todo el día; que se iba a trabajar por la mañana temprano antes de que él, Andrés, se levantara; que a veces le dolía la cabeza por la vista cansada de tanto escribir números, y que, precisamente, esa semana, comía en diez minutos y se volvía al trabajo hasta quién sabe qué hora de la noche, porque estaban de balance.

Andrés cerró la boca y comenzó a trazar enérgicamente en el aire, con el índice extendido, muchas rayas rápidas.

—¿Qué estás haciendo?—le preguntó la mamá sorprendida.

—Nada, mamá.

Pero él sabía bien lo que hacía: borraba en el aire las palabras que había pronunciado.

—Cuando sea grande...

LAS MANOS SE ENTRETIEENEN.



Procuren obtener nuevas combinaciones por el estilo

Cascabel en el Jardín Zoológico.

(Antoniorrobles).

CASCABEL era un chico muy travieso, de esos a quienes les gusta coger la guinda del árbol, mejor que del frutero, aunque haya que salir corriendo cuando el perro de la huerta venga hacia él por un pedazo de pantalón.

Pero Cascabel era un aficionado a leer, y a saber, y a ver museos y a hacer experimentos físicos y químicos.

Un día se fué a una librería de viejo, pero no a vender libros como un granuja, no. El no vendía libros usados por nada del mundo, porque le gustaba tener su biblioteca.

Pero digo que un día se fué a una librería de viejo a buscar curiosidades. Y revolviendo, revolviendo, se encontró un libro del que el mismo librero desconocía el valor.

Se titulaba «Lenguaje de las fieras y de todos los animales». Estaba muy viejo y le costó muy barato.

Se fué a su casa con el tomo nuestro buen Cascabel, y a los dos meses conocía el lenguaje de las fieras.

No necesitó más.

Un día pidió dinero a su madre y se fué a la Casa de Fieras de Catapúm de las Cabezotas, que éste era el nombre de su pueblo.

Era muy temprano. Todavía no había ningún visitante por allí.

Con lo primero que se encontró en el Jardín Zoológico, fué con la jaula de los tigres. Uno de los cuales estaba diciendo:

—¡Qué cansado estoy de este encierro! Si un día agarro con mis uñas la mano de un visitante, me la trago de ira con anillos y todo...

Cascabel, dispuesto a consolarle, le dijo cariñosamente:

—No hay que ponerse así, hombre. Un poco de paciencia.

—¿Quién eres?—preguntó el tigre.

—Un buen amigo de los bichos, que se llama Cascabel. Pero cuéntame qué te pasa.

—Que el hombre, esa fiera que se llama hombre, me tiene encerrado para que los niños se diviertan.

—¿Te da de comer?

—Sí.

—¿Te da de beber?

—Sí.

—¿Te pone cama?

—Sí.

—Entonces, ¿qué puedes apetecer?

—Es que no me da libertad.

—¡Bah!—dijo Cascabel—. Consuélate. La libertad no existe apenas para nadie, y menos para el hombre, que nunca puede hacer lo que quiere. Siempre tiene obligaciones que se lo impiden... ¡Nadie es libre!

El tigre se encogió de hombros, como algo convencido, y Cascabel pasó a otra jaula.

Esta otra era la jaula del camello.

—Buenos días, señor camello.

—¡Hola, niño!

—¿Está usted contento en la jaula?

—Regular. Yo me pasé mi juventud llevando fardos de telas y alfombras por Ma-



muecos, y esto me sirve de descanso. Pero más me gustaría estar libre... ¡Libre!...

Pasó luego Cascabel a la jaula del águila real. Y dijo:

—¡Vaya pájaro grande que está usted hecha, señora!

—¿Y de qué me sirve ser un pájaro de mi categoría, si no puedo volar más de lo que vuela un triste canario enjaulado?

—Pero le dan buena carne cruda.

—¿Y qué? Lo bonito es cazarla con mis garras. ¡Yo, que hasta he llevado a mi nido gamos enteros en mis uñas!

—Sí, pero no hay que ser tan cruel...

—Vamos, niño: tú no sabes la felicidad que es dominar el cielo: volar, volar, volar...

El águila suspiró muy hondo. La verdad es que debe ser muy triste estar tan encerrada, después de haber volado tanto y tan bien.

Con todos tuvo Cascabel un ratito de conversación, con el buitro, con el búfalo, con el oso blanco, con la foca, con el faisán dorado... ¡con todos!

Y llegó a la última jaula, que era la jaula en que brincaban cinco monos, que parecían alegres por sus saltos, aunque no por sus gestos.

Al cogerse el niño de los barrotes, escuchó que aquellos vivarachos animales se decían en su lenguaje:

—Asombraos, compañeros: ved qué niño tan feo.

Cascabel se puso colorado. Realmente no era tan feo como para asombrarse. Lo que pasaba, seguramente, es que los monos estaban un poco rabiosos contra el hombre y sus hijos, por motivo de estar enjaulados.

El niño les dijo:

—No os burléis de mí, monines, que vosotros también sois un poquito feos.

—¡Vamos, anda, anda!—le contestaron ellos—. No queremos nada con hombres ni con niños. Si vierais qué poca gracia nos hace que digáis por ahí que los hombres y los monos nos parecemos!...

—Pues algo sí que nos parecemos. Además, yo creo que salís ganando los monos; ¡ya lo creo que sí!—respondió Cascabel.

—¡Protesto!—gritó un monín.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Todos ellos protestaban. Y uno exclamó:

—¿Tú sabes escribir?

—Sí, amigo.

—Entonces verás.

Trepó por los barrotes, descolgó el letrero de la jaula, donde decía:

MONOS DEL NORTE DEL AFRICA

Y le dijo luego:

—Gasta la tinta de tu pluma-fuente en poner por detrás «Hombres de Catapúm», que son los de tu pueblo.

Y así lo hizo Cascabel.

Con lo cual el mono volvió a trepar y lo dejó colgado con las nuevas letras.

Pasada la media mañana, empezaron a concurrir curiosos: caballeros, señoras, niños y niñas. Venían a divertirse con las fieras enjauladas.

Todos ellos iban leyendo los letreros que había sobre las jaulas:

TIGRES DEL SENEGAL.

BUITRES DE AMERICA.

FAISANES DORADOS.

ELEFANTES DE LA INDIA.

GALLINAS DE LA COCHINCHINA.

HOMBRES DE CATAPUM.

Los visitantes, como casi todos eran de Catapúm de las Cabezotas, protestaban, gruñían, se indignaban...

Unos cuantos señores, que además llevaban bastones, empezaron a gritar indignados:

—¡Eh, portero! ¡Venga usted a esta jaula! ¡Portero! ¿Quién ha escrito esto? ¡Sepa usted que nosotros no somos así!...

El portero se dió cuenta de lo que pasaba, y con una escalera tuvo que subir a volver el cartel.

Y como buscaban al que lo hubiera escrito, Cascabel se subió a un árbol, y allí se estuvo, hablando con los gorriones, hasta que a la hora del almuerzo se fué todo el público y el portero cerró la puerta y se metió a su garita à comer.

Allí se quedó el chico.

Como era travieso, en su casa creyeron que le habían castigado sin comer en el colegio.

Pero él se fué hacia la jaula de los monos y con ellos se estuvo riendo a carcajadas mucho rato.

Entonces otro mono dijo:

—Pues aun hay que hacer una nueva diablura para acabar de convencer al hombre de que no son como nosotros.

—Sí, sí—añadió otro—; que no se diga que hay semejanza entre nosotros y nuestros carceleros.

Y otro tuvo la gran idea:

—Oye, niño, en la jaula del Pavo Real, hay un gran espejo que ocupa toda la pared de un lado, y que le ponen para que se ponga hermoso todas las mañanas. Trae aquí ese espejo, si puedes.

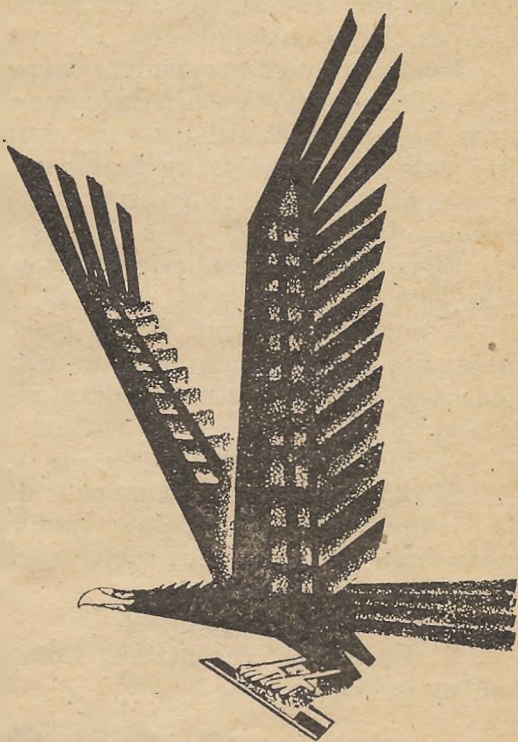
Cascabel, seguro de que los monos harían otra cosa de gracia, fue a la jaula del Pavo Real, mientras el portero almorzaba tranquilo, y por entre los barrotes sacó el espejo, que arrastrándolo de pie, llevó hasta los monos.

Entre los cinco bichos se encargaron de lo demás. Lo pusieron frente a los barrotes, dentro de la jaula, apoyado un poco en lo alto de los mismos barrotes.

Y ellos se escondieron detrás, y cuando iban a dar las tres, hora en que se abría la Casa de Fieras, Cascabel se subió al árbol, que era un buen sitio para verlo todo.

Entró otro gran grupo de señoras, caballeros, niñas y niños.

Y todos iban leyendo todos los letreros: «Tigre del Senegal», «Elefante de la India», «Gallinas de la Cochinchina»...



Y llegaban a la última jaula, y antes de mirar lo que había adentro, leían el letrero:

MONOS DEL NORTE DEL AFRICA.

Y cuando iban a ver cómo eran los monos, se encontraban ellos mismos, señoras, caballeros, niñas y niños, detrás de los barrotes, como enjaulados.

Nuevas protestas e indignaciones; nuevos gritos.

—¡Portero! ¡Venga usted, hombre! ¿Usted cree que nosotros somos monos del norte de Africa? quite usted ese espejo o lo rompemos de un bastonazo. Sepa usted que, ni mi esposa, ni mis hijos, ni yo, somos monos africanos, ni lo parecemos...

El portero, sin explicarse lo que pasaba, retiró el espejo y lo llevó a su sitio.

Y cuando el Parque se fué quedando solitario, Cascabel descendió, dió la mano, entre grandes risotadas, a sus cinco amigos, y se fué a su casa, encantado de la travesura de los monos.

Al día siguiente, y en muchos días sucesivos, los diarios de Catapúm de las Cabezotas publicaban grandes artículos protestando de todos esos sabios que dicen que los monos y los hombres se parecen.

Eso fué todo lo que pasó.

Y, los monos, encantados. Como que eso era lo que se habían propuesto.



El mago de la electricidad.

CON Thomas Alva Edison, fallecido en 1931, se extinguió un hombre a quien mucho debe la humanidad.

El «mago de la electricidad», como se le llamaba, era el inventor práctico por excelencia, pues, no era un hombre de ciencia propiamente dicho.

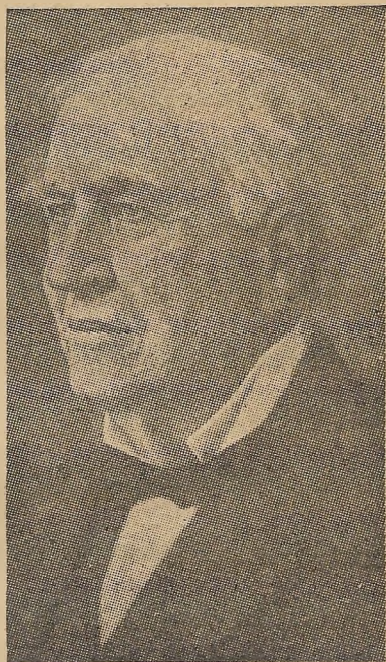
De él puede decirse que dió al siglo XX la característica que lo distingue: vivimos la era de la electricidad. Aunque sus principales inventos datan de los últimos veinte años de la centuria pasada, ellos han tenido el rendimiento práctico que se esperaba, en los comienzos del siglo presente.

La biografía del célebre inventor descubre al hombre que había en Edison.

De origen sumamente modesto, nació en Milán, estado del Ohío, el 11 de Febrero de 1847.

A los 12 años de edad, viéndose precisado a subvenir las necesidades de su familia, fundó un periódico que él mismo redactaba. Valiéndose de una modesta prensa de mano instalada en un vagón del tren, lo imprimía para luego venderlo en las estaciones del ferrocarril de Nueva York a Chicago.

Mientras tanto, Edison consagróse al estudio de la electricidad, por el que tenía gran predilección, hasta que a los 16 años de edad se empleó como telegrafista en una estación



del Canadá. Esta misma profesión siguió ejerciéndola durante algunos años más en distintas partes.

Construyó después algunos aparatos cuyos mecanismos eran de su invención y que después de patentados, los adquirió una compañía telegráfica en una suma de dinero que permitió a Edison ampliar las instalaciones del pequeño establecimiento que poseía, a la vez que pudo comprar los elementos que le eran indispensables para proseguir sus investigaciones.

A partir de entonces fué cuando perfeccionó el teléfono, el fonógrafo, el micrófono, el megáfono y una multitud de instrumentos de diversa índole.

Después de pacientes estudios, el 21 de Octubre de 1879, Edison halló la solución del problema que más lo había preocupado y que constituyó el asombro del mundo entero: la invención de la lámpara incandescente.

Siguieron a éste muchos otros inventos de importancia. Para dar una idea del espíritu de inventiva y de la actividad que Edison desplegaba, basta decir que consiguió patentar alrededor de mil inventos.

Por todo ello no es de extrañar que sus compatriotas sintieran por él verdadera veneración y que su personalidad sea universalmente admirada.

Se explica así que el fallecimiento de este gran hombre, a los 84 años de una vida consagrada por entero al bienestar de la humanidad, haya repercutido hondamente en todas partes.

Y es que la desaparición de un genio como el de Edison tenía que producir un dolor universal.





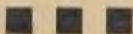
La canción del trompo.

(*Julia Bustos*).

GIRANDO, girando, voy sobre la tierra;
girando, girando, con paso veloz;
la mano de un niño me ha dado el impulso,
la mano de un niño la vida me dió.

Girando, girando, los astros del cielo;
Girando, girando, en ronda veloz...
¿Qué mano divina les ha dado impulsos?
¿Qué mano divina la vida les dió?

Girando, girando, van nuestros destinos;
girando, girando, en rueda veloz.
Que mueva los hilos la mano divina;
que mueva los hilos la mano de Dios.



LA NINFA FRUTILLA.

LEYENDA DEL LAGO LLANQUIHUE.

HACE muchísimos años vivían a orillas del lago Llanquihue unos gigantes tan feos, pero tan feos, que no hallaban con quien casarse. El rey de ellos era el más horrible de todos y se llamaba Patancha.

Un día el Rey de los gigantes estaba durmiendo profundamente en la playa y roncaba de tal manera, que los árboles

llegaban a moverse con sus resoplidos, y los pajaritos, asustados, volaban a otra parte. Moraban también en el lago unas hermosas ninfas, cuya reina era Frutilla, la más bella de todas. El ruido que el gigante hacía durante el sueño les pareció a las ninfas algo muy extraño, y salieron del agua para ver de dónde provenía ese ruido. Al ver al gigante dormido, se tomaron de las manos y bailaron una alegre ronda en torno suyo, mientras cantaban: «Despierta, Patancha; Patancha, despierta». Pero el gigante no despertó.



Las ninfas recogieron entonces varias piedrecitas y se las echaron en la nariz. El gigante comenzó a estornudar en el acto, tan fuertemente, que las piedrecitas volaron por todos lados. Las ninfas corrieron, asustadas, hacia el agua. Pe-

ro Frutilla, la más hermosa, no alcanzó a llegar, y el largo brazo de Patancha se extendió hacia ella y apresó a la pobre ninfa. Por más que lloraba la pobrecita, el gigante la condujo a su caverna y la dejó al cuidado de una vieja bruja.

—Queda a tu cargo—le dijo.

El Rey de los gigantes convocó en seguida a todos los gigantes. Se sirvió para ello de un árbol hueco, que usó como trompeta. Muy pronto acudieron sus súbditos, deseosos de saber por qué los reunía su rey. Al enterarse de que su soberano había apresado a la Ninfa Frutilla, famosa entre ellos por su extraordinaria belleza, se alegraron. Pero no era esto todo lo que el rey tenía que comunicarles: les expresó también que había decidido casarse con la bella Frutilla.

La hermosa ninfa lloró inconsolablemente y ofreció a Patancha todos sus tesoros en cambio de su libertad. El Rey de los gigantes quedó pensativo ante el ofrecimiento, pues, no le disgustaba, porque era muy codicioso.

Al fin, le contestó:

—Puedes ir a buscar tus tesoros.

Frutilla partió sin demora. Las demás ninfas la recibieron con júbilo, pero cuando le oyeron que deseaba volver para entregar sus tesoros al gigante, empezaron a lamentarse. Frutilla les expresó entonces que su intención era dejarlos en la playa y huir en seguida. Y así lo hicieron:

Patancha corrió hacia la playa, pero apenas llegó, las ninfas huyeron y se sepultaron en el agua, después de haber dejado en la ribera un canastito repleto de piedras preciosas.

Al darse cuenta el gigante de que Frutilla no volvería, se puso furioso: tomó una enorme piedra y la lanzó al agua, con la intención de castigar a las ninfas. Pero no las alcanzó.

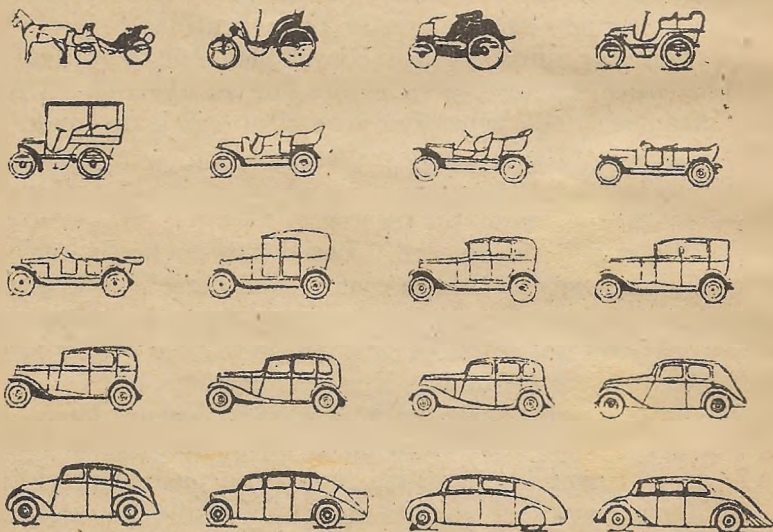
Esa piedra puede verse hasta el día de hoy a orillas del lago Llanquihue; la gente la llama la piedra grande.

Nunca más se tuvieron noticias de la ninfa Frutilla. Para recordarla, se puso el nombre de Frutillar a la pequeña aldea que más tarde se levantó allí.

A 495 KILOMETROS POR HORA EN AUTOMOVIL.

UNO de los grabados que ilustra este trozo muestra la transformación progresiva de la forma de los vehículos terrestres, desde el viejo coche de caballos hasta el automóvil actual. Como se ve, el hombre ha ido perfeccionándolos rápidamente.

Han influido mucho en este perfeccionamiento las carreras automovilísticas que, año tras año, se realizan en



todo el mundo. La mayoría de los que conducen coches por las calles o carreteras, no comprenden que las comodidades y la seguridad que ofrecen los vehículos modernos, son el resultado directo de los experimentos que se han ido haciendo continuamente con los coches de carrera. Solamente cuando se somete a los materiales hasta el límite de su dura-

ción y de su resistencia, se puede determinar hasta qué punto son adecuados para el uso diario. Lo mismo puede decirse del diseño de los automóviles. Algunas de las formas del perfilado «aerodinámico» que los fabricantes de vehículos de pasajeros están adoptando actualmente, se emplearon hace años en coches especialmente contruidos para disputar carreras.

Por eso no es de extrañarse de las experiencias de velocidad hechas por el famoso deportista británico, Sir Malcolm Campbell, quien, en 1935, alcanzó una velocidad de más de 480 kilómetros por hora en su conocido coche de carrera «Pájaro Azul», después de varios años de esfuerzos incesantes para realizar esa fantástica hazaña.

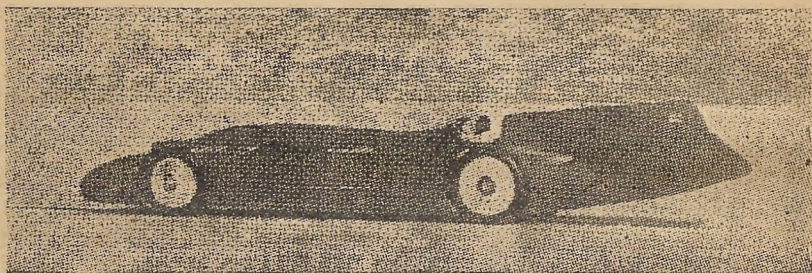
Sir Malcolm Campbell dió muestras, desde muchacho, de un gran entusiasmo por la velocidad. En 1922 logró marcar más de 233 kilómetros por hora. Al año siguiente, se acercó a los 240. En 1928 estuvo próximo a los 300 kilómetros. En 1931 pasó de los 320. Por último, en 1935, logró correr a razón de 495 kilómetros por hora. Sir Malcolm Campbell es el único hombre en el mundo que ha conseguido realizar esta hazaña.

495 kilómetros por hora, en automóvil, es una velocidad muy difícil de imaginar y que desafía a toda descripción. Jamás había sido registrada por ningún vehículo de ruedas. Es una velocidad que marcará una época en la historia del automóvil.

Basta sólo pensar en que hay en el mundo pocos centenares de personas que hayan andado en automóvil a 160 kilómetros por hora. Quien haya visto esos tres números mágicos en el velocímetro de su coche, los recordará con emoción durante toda su vida. Zumba el viento y castiga la cara haciendo presión sobre los anteojos y las mejillas y arrebatando el aliento. El volante salta y parece que se quiere escapar de las manos. 160 kilómetros por hora, es ya una velocidad colosal. Viento, ruido y emoción terribles. ¡Imaginad ahora la sensación experimentada a bordo del gigantesco «Pájaro Azul», corriendo a razón de 495 kilómetros por hora!

Sir Malcolm Campbell desarrolló esta velocidad increíble en el lecho del Salduro Lake, cerca de Utah. Pensad en los 12 minutos fantásticos en la milla medida y en la dificultad de detener un coche tan pesado que corre con semejante rapidez.

Un movimiento apresurado significa un desastre; sin embargo, sólo hay por delante un espacio limitado que el coche devora a razón de 130 metros por segundo, ocho kilómetros



cada minuto. Y no se puede detener sin peligro, en menos de varios kilómetros de recorrido.

Nadie puede concebir esa extraordinaria rapidez. Imaginémonos sentados detrás de un volante a esa velocidad, en medio del ruido ensordecedor del motor y tratando de detener el coche en una línea perfectamente recta.

Los 495 kilómetros por hora de Campbell significan 400 metros en tres segundos. Un chasquido de los dedos... ¡1,600 metros en doce segundos, 8 kilómetros en un minuto, 133 metros por segundo!

Tratemos de ver las cosas de la siguiente manera: imaginemos que nos encontramos a pocos pasos de la boca de un túnel de seis metros y que el «Pájaro Azul» está por pasar frente al túnel en ángulo recto. Oiremos el ronquido que produce el coche al aproximarse; luego una cosa imposible de describir pasará atravesando la boca del túnel, brillantemente

iluminada, ... pero no habremos visto al coche, pues habrá demorado en trasponerla, más o menos un vigésimo de segundo, fracción de tiempo demasiado pequeña, para que el ojo pueda enfocarle y registrar su imagen.

La característica más asombrosa de la actuación de Sir Malcolm Campbell durante esta extraordinaria prueba, fué su habilidad para no perder el dominio del coche al estallar el neumático delantero izquierdo de éste, mientras corría a una velocidad de unos 400 kilómetros por hora. Los conductores saben cuán difícil es hacer eso, aunque se marche a un quinto de esa velocidad; pero quizás no haya ninguno, fuera de Sir Malcolm, que pueda concebir siquiera la impresión que se siente cuando se sufre ese percance a una velocidad de unos 400 kilómetros por hora. En esas condiciones, la fuerza que desvía el coche de su curso regular, es terrible. Además, el «Pájaro Azul» debió disminuir su velocidad a unos 200 kilómetros por hora, antes de que se le aplicaran los frenos en condiciones de cierta seguridad. Naturalmente, esto significa que el coche tiene que recorrer una distancia adicional de seis a ocho kilómetros, antes de que sea posible detenerlo por completo.

La hazaña de Campbell es el resultado de una larga experiencia en la conducción de coches de carrera, de un valor y una habilidad a toda prueba, y de doce años de constancia y de estudios científicos. El «Pájaro Azul» ha sufrido muchas alteraciones desde que se empleó por primera vez para superar records de velocidad. Los ingenieros lo han convertido en el organismo más notable entre cuantos se deslizan sobre ruedas. Sin embargo, y a pesar de su peso de seis toneladas, ese maravilloso vehículo es bastante frágil. Si se le hiciera correr a razón de ocho kilómetros por minuto, durante un cuarto de hora solamente, sufriría graves daños. En consecuencia, las pruebas que se realizan con el «Pájaro Azul», tienen que ser necesariamente breves.



JUEGOS INFANTILES EN LA EPOCA COLONIAL.

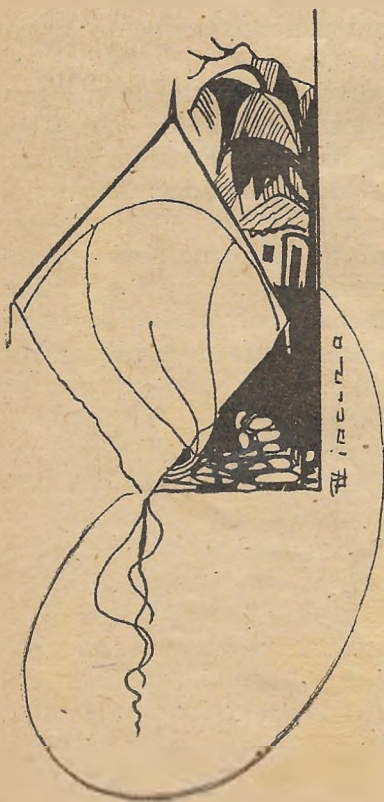
(Benjamín Vicuña Mackenna).

LOS juegos verdaderamente nacionales eran la pelota, el volantín y el trompo. Importada la primera por los vizcaínos, se construyó en la medianía del último siglo, en el sitio que entonces se llamaba Basural, un anfiteatro como los

que se ven todavía en las ciudades vascongadas. Aun más tarde, los colegiales del Instituto tenían un patio adecuado para ese ejercicio, que se llamó hasta hace poco la Cancha de Pelotas.

En cuanto al volantín, más que un entretenimiento, era una pasión popular, una especie de palenque público que tenía por teatro el cielo y los tejados y por combatientes, a todos los caballeros, niños y rotos, a la sociedad entera de Santiago.

Más tarde los carruajes del servicio público y en seguida el telégrafo y su red de alambres, han muerto para siempre en el corazón de Santiago aquel pasatiempo, que solía tener el aspecto, el sudor, hasta la sangre y la gloria de un combate heroico. Entre tanto, los volanti-
nes, las bolas, las estrellas, los



barriletes, etc., pueden desaparecer; mas la deliciosa brisa de verano que les daba alas continuará soplando eternamente desde Octubre a Marzo para recordar a nuestros hijos cuál fué el más hermoso y el más querido de los entretenimientos de una generación.

En cuanto al trompo, los había de palo blanco, que eran mirados con desdén, porque no resistían sino al quiño manso. El héroe del quiño bravo era el trompo de naranjo del taller de José Marcos Ramírez.

El volantín tenía también artifices especiales. La gran dificultad de este arte aéreo era pegar el arco y después la proporción de los tirantes y la cola. Por esto, cuando un volantín agarraba una bola de la cola y tirantes, la bola estaba perdida.

De los demás pasatiempos, algunos eran puramente sociales, y como tales han pasado hasta nosotros. Consistían éstos en los juegos de prendas, la lotería, el ajedrez, las damas, los naipes.

Algunos juegos tenían carácter puramente local y se extinguían a poco de haber nacido, como la garrocha y el cordel, que fueron en un tiempo grandes pasatiempos de colegio.

Entre los juegos infantiles que se celebraban en el interior de las casas, estaban «las escondidas», «la gallina ciega», el «cordero sal de mi huerta», el «otra esquina por ahí», el «pinpín saravín» y otros infinitos, entre los cuales, por su extravagancia, podría citarse el llamado Ca-ti-ta-já o el hilo de oro, por sus asomos de infantil poesía.





CANCIONCILLA A LA LUNA BLANCA.

(Carlos María de Vallejos).

L A primer noche de luna
ha de ser de luna plena,
haremos ronda de niñas,
del parque sobre la yerba.

Luna blanca,
luna llena,
¡ay!

*luna blanca,
luna llena.*

*Te cantaremos en corro,
la letrilla de la abuela,
hilada bajo el recuerdo,
mientras tejía en su rueca.*

*Luna blanca,
luna llena,
¡ay!
lunita de plata fina.*

*Se fué camino del cielo
la niña que más quería;
no sé si lo habrá encontrado,
no sé si lo encontraría,
porque llevaba cerrados
los ojos con que veía.*

*¡Luna, si tú la guiaras!
¡Luna, cómo te querría!*

*Luna blanca,
luna llena,
¡ay!
lunita de plata fina.*





EL COMPAÑERO ABNEGADO.

UN antiguo libro escolar francés narra un caso conmovedor de altruismo y de constancia en el bien practicado por un niño.

En una aldea del departamento del Loira vivía un niño inválido y deforme. Tenía las piernas y la columna vertebral tan débiles, que no podían sostener su cuerpo excepcionalmente

desarrollado. El pobre enfermo no daba un paso sin auxilio de otra persona, y cuando caía, le era imposible levantarse por sí solo. Llamábase Juan Sepier.

Desde la primera infancia tenía por amiguito a un niño mayor que él y que vivía en la casa del lado. Cuando contaba 7 años, esa amistad se había convertido en un afecto intenso que de parte del otro niño, llamado Juan Bonnavion, llegaba a una verdadera abnegación por el bien de su pequeño amigo enfermo, a quien le enseñó las primeras letras y entretenía, leyéndole hermosos cuentos junto a su lecho de enfermo. Pronto el enfermito tuvo la edad para ir a la escuela. Como ésta se hallaba situada en la población principal del distrito y a una distancia relativamente larga de la aldea donde vivían los niños, y como el pobre Sepier no podía caminar ni sus padres disponían de medios para enviarlo en un vehículo, parecía condenado a no poder recibir educación. El otro niño, Bonnavion, resolvió la dificultad. Cada mañana iba a buscar al inválido y llevándolo cargado a la espalda emprendía el camino hacia la escuela. El enfermo pesaba demasiado. Bonnavion, que era un niño débil y delgado, veíase obligado a detenerse, de trecho en trecho, a depositar cuidadosamente su carga en el suelo y a descansar algunos minutos hasta recobrar el aliento. Así, deteniéndose varias veces, llegaba siempre a hora justa. Pero eso no era todo. A las 11 los alumnos debían trasladarse a la iglesia para recibir la lección de catecismo. El único acceso al templo era por una escalinata de altos escalones que en invierno estaban cubiertos de nieve. Bonnavion subía esa escalinata cargando a su amiguito. Después de la lección de doctrina cristiana, llevaba al inválido a su casa para el almuerzo y luego iba a buscarlo y lo transportaba otra vez a la escuela

para las clases de la tarde. Cerca del anochecer, terminadas las clases, regresaba llevando siempre a su amigo. Durante tres años cumplió todos los días la penosa tarea que se había impuesto. No cesó esta caritativa abnegación cuando terminó el período escolar. Bonnavion, que pertenecía a una familia muy pobre, tuvo que dedicarse a trabajar. Entre tanto, la enfermedad de Sepier se agravaba cada vez más. Todos los días, después del trabajo, Bonnavion iba a hacer compañía al inválido y lo entretenía como a un niño pequeño, para hacerle olvidar su mal. Le había fabricado una especie de cochecito y en él lo sacaba todos los días a dar un paseo. Llegó un día en que el enfermo no pudo ya abandonar el lecho. En todos los momentos que tenía disponibles, Bonnavion no se apartaba de su lado. Esa consagración al enfermo duró ocho años y aunque Bonnavion había llegado a una edad en que los jóvenes prefieren dedicar el tiempo libre a las diversiones, siguió cuidando al infortunado amigo de la infancia, hasta el día en que murió en sus brazos.



A P E N D I C E.

1.—EL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1810.—Autor: **Luis Galdames (chileno).**—1.º Recuérdese, a grandes rasgos, la organización del gobierno con anterioridad a esta fecha memorable; explíquese lo que eran: el Consulado, el Cabildo, el Procurador.—2.º Mencionen a otros patriotas que contribuyeran al afianzamiento de nuestra independencia.—3.º Quienes tengan especiales disposiciones para el dibujo, ensayen, en su Cuaderno de Compilaciones y Recortes, una reproducción gráfica de la escena que aquí se describe o de los trajes que se usaban entonces.

2.—LA AVIENTA.—Autor: **Abel González (chileno).**—1.º Describan otras faenas de nuestra vida campestre que hayan tenido ocasión de presenciar.—2.º Enumeren los principales productos agrícolas de su región.

3.—ESTE ERA UN NIÑO DISTRAÍDO . . .—1.º ¿Por qué era éste un niño distraído? Explíquenlo verbalmente o por escrito.—2.º Inventen otra historieta ilustrada, por el estilo.—3.º Expongan los perjuicios que pueden sobrevenir al niño que se distrae, mientras confecciona sus tareas.

4.—LA MADRE DE GARRÓN.—Autor: **Edmundo de Amicis (italiano).**—1.º Indiquen cuál debe ser nuestra conducta frente a las personas que afrontan una desgracia, como la que recayó en este colegial.—2.º ¿Han presenciado en su vida de escolares algo parecido a lo que se cuenta en esta lectura?—3.º Léanse en clase otras páginas de «Corazón», por Edmundo de Amicis.

5.—LA FERIA EN CHILLAN.—Autor: **Antonio Acevedo Hernández (chileno).**—1.º ¿Han visitado algún lugar en la localidad en el cual, como en esta feria, se vendan todos esos productos? Si lo han hecho, cuenten lo que hayan observado en él.—2.º

Enumeren algunos artículos manufacturados debidos a la pequeña industria popular, como alcancías, etc.—3.º ¿Qué se entiende por artículos manufacturados?

6.—PUERTOS.—Autor: Daniel de la Vega (chileno).—1.º ¿Qué les parece esta descripción del puerto de Valparaíso? ¿Qué les llama la atención en ella?—2.º Aprovechemos esta oportunidad para recordar los nombres de los principales puertos de Chile.

7.—RETRATO DE LOS ARAUCANOS.—Autor: Alonso de Ercilla y Zúñiga (español).—1.º Proporcionése una información muy sumaria sobre Ercilla y su «Araucana»; léanse en clase uno o dos capítulos de la obra, aprovechando el tomito que a ella dedica la Colección Araluce.—2.º Procuren hacer un elogio de los araucanos.—3.º Se explicará, prácticamente, el significado de las palabras: jactarse, exenta, indómita, cerviz.

8.—UN CUENTO DE CÓNDORES.—Autor: Marta Brunet (chilena).—1.º Digan cuál es, a juicio de cada uno, el personaje más interesante de este relato.—2.º Quienes sepan otros cuentos en los cuales, como en éste, figuren aves o animales, narrenlos en «la hora del cuento», que se establecerá por lo menos una vez por semana. Quienes tengan un cuento interesante, traigan a la clase el libro o la revista, para leerlo y comentarlo.

9.—EL TRABAJO.—1.º Demuestren, sirviéndose de ejemplos buscados por ustedes mismos, la importancia del trabajo en la vida social. Del mismo modo, señalen el predominio del trabajo en todas las actividades del medio en que actúan.

10.—MI HERMANITO MENOR.—1.º El curso se va a constituir en un tribunal para juzgar a esta picaresca, que narra aquí algunas incidencias de su vida en el hogar. ¿Es una niña buena? ¿Es mala? Exponga cada uno su modo de apreciarla a través de estas «aventuras»...

11.—ROMANCE DE LAS ARAÑAS Y LOS ANGELES.—Autor: Augusto González C. (argentino).—1.º Aprendan este bello romance, a ver quién lo recita mejor en un torneo que se realizará en una clase próxima. Algunos alumnos constituirán el jurado, y todos harán la crítica de los participantes.—2.º ¿Encierra alguna enseñanza provechosa esta poesía?

12.—LA ENTRADA TRIUNFAL DE BAQUEDANO EN SANTIAGO.—Autor: Carlos Silva Vildósola (chileno).—1.º Recuerden aquel hecho de armas, importante en nuestra historia, o que se refiere el autor de este trozo.—2.º ¿De qué manera los chilenos han rendido homenaje a la memoria de este héroe?—3.º Citen a otros grandes hombres que se hayan hecho acreedores a la gratitud de todos los chilenos.

13.—LA PLEGARIA DEL ARBOL.—1.º Esta plegaria se lee en todos los paseos públicos de Lisboa. ¿Por qué el árbol es acreedor al respeto y al cuidado de todos los hombres?—2.º ¿Qué saben de la riqueza forestal de Chile?

14.—HABLAN LOS NUMEROS.—1.º Expliquen en qué reside el interés de esta conversación que sostienen los números entre sí. ¿Alguno de ustedes querría «inventar» otra sobre el mismo tema?

15.—LAS MANOS FEAS.—1.º Imaginen que conocen al niño que figura en este trozo; escríbanle exponiendo su modo de pensar sobre esas «manos feas».

16.—VERSOS DE NIÑOS.—Autor: Gabriela Mistral (chilena).—1.º ¿Gustan o nó estos poemitas? ¿Cuál, prefieren?—2.º Expongan, verbalmente o por escrito, los temas que más les agradan en las composiciones en verso.—3.º Léanse en clase otras composiciones poéticas de Gabriela Mistral, adecuadas al gusto de los niños.

17.—GASPAR CABRALES.—Autor: Antonio Bórquez Solar (chileno).—1.º Organicen, de común acuerdo, un programa para rendir homenaje, en una clase próxima, a los héroes del combate de Iquique.

18.—LA CAZA DEL HIPOPOTAMO.—1.º ¿Dónde vive este animal? ¿En qué países? Procuren describirlo.—2.º Conversemos sobre los animales típicos de la fauna americana, especialmente de la chilena.—3.º Explíquese el significado de la palabra **circunspección**; se hará otro tanto, por cierto, cada vez que aparezcan palabras desconocidas.

19.—LINCOLN Y LOS ANIMALES.—1.º ¿Quiénes saben algo sobre la personalidad de este gran Presidente de los Estados

Unidos?—2.º Cuento cada uno la intervención que le haya cabido en defensa de los animales.—3.º ¿Existe en Chile alguna sociedad que se haya constituido para protegerlos?

20.—LA NINFA ECO.—1.º Es ésta una leyenda griega. ¿Conocen otra?—2.º Proporcionense algunas informaciones generales referentes a la mitología de este país, ojalá sirviéndose de la lectura de otras leyendas.

21.—LA CARRETA.—Autor: Víctor Domingo Silva (chileno).—1.º Anote cada uno en su Cuaderno de Vocabulario, las palabras nuevas que encuentre en esta poesía; a ver quiénes acusan mayor riqueza de léxico.—2.º Mencionen a otros poetas o prosistas chilenos que hayan tenido oportunidad de conocer a través de su producción literaria.

22.—LA UNIÓN HACE LA FUERZA.—Autor: Guyau (francés).—1.º Demuestren con ejemplos tomados de la realidad, de la vida diaria, que efectivamente la unión hace la fuerza; comenten, verbi gracia, lo que al respecto ocurre en la práctica de ciertos deportes.—2.º ¿Qué podría hacerse para robustecer esa unión en el curso?

23.—ANALICEN ESTOS EJERCICIOS DE CALIGRAFÍA.—1.º Pongan a prueba su ingenio o su inventiva y proyecten nuevas combinaciones como éstas, a base de letras y de números.

24.—EL ZORZAL.—Autor: Alfonso Bulnes (chileno).—1.º El escritor observó muy bien los movimientos de este pájaro, y así pudo escribir este bello poemita, en el cual el zorzal aparece pintado de mano maestra.—2.º ¿Es útil en la vida el espíritu de observación?

25.—EL HOMBRE CONQUISTA EL FUEGO.—1.º Recordemos la vida material del hombre primitivo.—2.º Enumeren, en la medida que les sea posible, los factores que han hecho más humana y más cómoda la vida del hombre, a través del tiempo.—3.º Procuren comparar la vida material del hombre primitivo con la vida material del hombre de nuestros días.

26.—MADRECITA.—Autor: Arturo Capdevila (argentino).—1.º El tema de esta poesía es inagotable, y ha sido tratado

en todas las épocas y por todos los escritores del mundo. ¿Por qué este asunto habrá inspirado siempre a los grandes artistas?—2.º Consignen en su Cuaderno de Compilaciones y Recortes aquellas composiciones, en prosa o verso, que versen sobre la madre.

27.—VIAJANDO EN EL GRAFF ZEPPELIN.—1.º Estas páginas fueron extraídas de un libro en el cual su autor, un periodista francés, describe el primer viaje alrededor del mundo, realizado por el famoso Graff Zeppelin.—2.º Revisen diarios y revistas y preparen, poco a poco, a base de recortes, en su Cuaderno de Compilaciones, una información referente a los progresos alcanzados por la navegación aérea.

28.—EL CUCURUCHO.—1.º Preparen varios «elencos» la representación de esta escena cómica, a ver quiénes la interpretan con más viveza y propiedad.—2.º Digan cuál de sus personajes se ha conquistado sus simpatías.—3.º ¿Qué es el diálogo?

29.—EL PADRE DE LOS INDIOS.—1.º Explíquese cuál era la situación de los indios en la América de aquellos tiempos, y mencionense los nombres de los gobernantes, intelectuales, etc., que, como el padre Bartolomé de las Casas, contribuyeran a mejorar su condición.

30.—LA MAR.—Autor: **un niño francés.**—1.º Un niño francés, es, en efecto, el autor de esta poesía. También hay muchos niños chilenos que poseen un fuerte temperamento poético. Sin duda, en el curso debe haber alguno. Veamos, ¿quiénes querrían ensayar una composición poética sobre un tema cualquiera?

31.—POLIFEMO.—Autor: **Armando Palacio Valdés (español).**—1.º El trozo «Odiseo en la isla de los cíclopes» (Pág. 271), les ayudará a explicarse por qué el coronel Toledano era apodado Polifemo.—2.º Indudablemente, la lectura de este cuento les ha emocionado. ¿Por qué? ¿Qué clase de hombre era, al fin, ese coronel?—3.º Comparen este relato con otros que se hayan leído en clase, de este mismo Libro, «Un cuento de cóndores», por ejemplo. ¿Podrían señalar alguna diferencia entre ambos?

32.—EL CAFÉ.—1.º Enumeren otros importantes productos americanos. Recuerden también aquellos productos chilenos que se exporten en gran cantidad.

33.—EL JURAMENTO DE RÉGULO.—1.º Indiquen la enseñanza que se arranca de esta lectura.

34.—EL SANTO DEL PAPA.—Autor: Carlos Wagner (francés).—1.º Está muy bien relatado este cuadro de la vida familiar. Sin duda, dentro de su hogar, han sido ustedes actores o espectadores de escenas por el estilo de éstas, en las cuales el sentimiento de familia, el amor a los padres, etc., deben haber quedado también de manifiesto.—2.º Los que lo deseen, aprovechen tales recuerdos como tema de una composición.

35.—AMÉRICA.—1.º Recuérdense los hechos más importantes relativos al descubrimiento del Nuevo Mundo; indíquese, además, en forma atrayente y objetiva, la trascendencia de la extraordinaria hazaña de Colón.

36.—JESUS NIÑO.—Autor: Alfredo R. Bufano (argentino).—1.º Interpreten, sirviéndose del dibujo, esta delicada poesía.

37.—¡HAY QUE SER HOMBRECITO!—1.º ¿Qué es un monólogo?—2.º En discusión las ideas expuestas por el muchachito. ¿Están o nó de acuerdo con él?

38.—EL «GRINGO CHILENO».—1.º Seguramente casi nadie conocía el acto de arrojo de este simpático «gringo chileno». ¿Por qué constituye un bello ejemplo?—2.º Pidan al profesor que les relate otros actos semejantes que no deben permanecer olvidados: el del piloto Pardo, por ejemplo.

39.—HISTORIA DE UN CHANCHITO DE MADERA.—1.º Hagan una lectura silenciosa de este lindo cuento, según se asegura, original de un niño, y nárrenlo en seguida brevemente, añadiendo un rápido juicio sobre él.

40.—LA LAGUNA ENCANTADA.—1.º Es ésta una de las numerosas leyendas chilenas, que han venido trasmitiéndose de padres a hijos, mediante la tradición oral. Es rara la localidad o la región que no tenga una o varias leyendas. Quien conozca otra, cuéntela a sus compañeros en una clase que se dedicará especialmente a este objeto.

41.—ERASE UNA VEZ...—Autor: Ramón Pérez de Ayala (español).—1.º Reúnanse varias parejas de niñas y procuren pre-

parar, con entera libertad, una dramatización de esta sencilla poesía.

42.—PEDRO DE VALDIVIA.—Autor: **Francisco Valdés Vergara (chileno).**—1.º Enumeren las principales ciudades fundadas por don Pedro de Valdivia.—2.º Citen a otros conquistadores españoles que hayan tenido una importante actuación en los países americanos.

43.—JUGUETES DE CORCHO.—1.º Ensayen su habilidad manual construyendo los juguetes que aquí se describen; ideen otros y realícenlos sirviéndose de los mismos elementos o de otros buscados por ustedes.

44.—EL TRABAJO DE LOS OTROS.—1.º Conviene pensar en que constantemente estamos aprovechando el trabajo que realizan individuos que ni siquiera conocemos. Ello demuestra que dependemos los unos de los otros en la vida en comunidad. Intenten demostrar que esto es efectivo; sólo les bastará observar lo que ocurre en las actividades del colegio, de la ciudad, y de toda la nación.

45.—EL AUTOR DE LA BANDERA CHILENA.—1.º Expliquen lo que nuestra bandera representa para todos los chilenos y señalen los deberes que nos ligan a ella.

46.—ADIVINA, BUEN ADIVINADOR . . .—1.º Como ya se ha dicho, estas adivinanzas fueron recopiladas y seleccionadas por los niños; coleccionen ustedes otras y envíenlas al autor de «EL NIÑO CHILENO», quien las publicará en nuevas ediciones de sus libros.

47.—LA ESCUELA DE LAS FLORES.—Autor: **Rabindranath Tagore (hindú).**—1.º Comenten el contenido de este delicado poema.—2.º Léanse en clase otras páginas de este famoso poeta oriental, que ha escrito tan bellas páginas para los niños.

48.—EL HOMBRE VOLARÁ COMO LOS PAJAROS.—1.º Tan rápidos han sido los progresos de la navegación aérea y tal el empeño del hombre para ir todavía más adelante, que, sin duda, se llegará a lo que se predice en esta lectura. Pongan a prueba su imaginación, e intenten describir lo que será la vida del futuro (disposición de las casas, calles, etc.), una vez que se haya llegado al «vuelo humano».

49.—¡A JUGAR!—1.º Expresen si se han trazado un plan de trabajo; cómo distribuyen su tiempo, entre el estudio y el esparcimiento.

50.—EL NIÑO DE LA ESCOPETA.—Autor: **Ernesto Montenegro (chileno).**—1.º Este cuento, como muchos trozos del Libro, fué sometido al juicio de los chicos de una Quinta Preparatoria, y gustó mucho. ¿Por qué les agradaría?—2.º ¿Qué clase de cuentos son los que los niños prefieren?—3.º Léanse otros cuentos del folklore nacional: los recogidos por don Ramón A. Laval son muy interesantes. («Cuentos populares en Chile»).

51.—CANCIÓN DEL NIÑO MARINERO.—Autor: **Ricardo E. Pose (argentino).**—1.º Los que hayan vivido en un puerto, indiquen lo que allí atrajo más su interés.—2.º ¿Tiene ventajas la vida en los puertos comparada con la vida en una ciudad mediterránea?

52.—CÓMO NACIÓ LA FLOR DE LA AZUCENA.—1.º Sería interesante que un niño o niña escribiera otra leyenda original sobre una flor distinta, tomando, naturalmente, ésta como modelo. ¿Quién se siente inclinado a realizar este ensayo? Sería un trabajo muy corto: una página.

53.—LA IMITACIÓN.—1.º Algo se aprende con la lectura de esta breve fábula en prosa. Redacten la moraleja de ella. Recuerden algunas fábulas que hayan aprendido con anterioridad.

54.—CÓMO VIAJABAN NUESTROS ABUELOS.—Autor: **Vicente Pérez Rosales (chileno).**—1.º Digan cuánto sepan respecto a los adelantos de nuestros medios de comunicación y de transporte.

55.—EL LAGARTO ESTA LLORANDO.—Autor: **Federico García Lorca (español).**—1.º Un niño de preparatorias ilustró esta poesía. Hagan la crítica de la ilustración; si alguno cree poder dibujar una mejor, envíenla al autor de este Libro.

56.—DOMINGO SIN SOL.—1.º Se representará esta delicada comedia en la mejor forma que sea posible. ¿Qué papel de ella desearía interpretar cada uno?—2.º Enumeren los requisitos que, a juicio de ustedes, deberá reunir el buen actor.—3.º ¿Les ha gustado el asunto de esta piececita teatral?

57.—EL CABALLO DE HASSAN.—1.º Relaten algunos rasgos de nobleza o fidelidad demostrados por animales y que hayan tenido oportunidad de presenciar.

58.—UN AVENTURERO EXTRAORDINARIO.—1.º El grabado que ilustra esta página es una fotografía del monumento erigido en Panamá para conmemorar el importante descubrimiento de este osado español.—2.º ¿Conocen a otros grandes descubridores? Menciónenlos, indicando sus descubrimientos respectivos.

59.—¿HA VISTO USTED A MI MARIDO?—1.º Esta canción infantil para las niñas, poco conocida en Chile, fué tomada del libro «**Canciones infantiles**», recopiladas por María Rodrigo y Elena Fortún (M. Aguilar, Madrid); es una compilación interesante, que se recomienda a las señoritas profesoras.

60.—EL VIENTO.—Autor: Blaise Cendrars (francés).—1.º Vean si pueden añadir algo más a lo que este escritor dice del viento... ¿Nada se podría expresar en su elogio, que aquí no esté dicho?

61.—HAY QUE AYUDAR A LA MAMA.—1.º Expliquen en qué debe consistir esta colaboración para que traiga consigo la felicidad de la madre. ¿Debe ser una ayuda únicamente material?

62.—UN VIAJE AL PAÍS DE LA NOCHE O HISTORIA DEL HONORABLE CHILDERICO.—Autor: Tomás Lago (chileno).—1.º ¿Qué tal esta historia? Alguna enseñanza aprovechable habrán obtenido de este ameno y original relato.—2.º ¿Es un cuento fantástico? ¿Podría ser comparado, desde este punto de vista, con otros que aparecen en el Libro?

63.—LA NOCHE.—1.º El autor de esta composición es el niño Roberto Wieland, alumno de un sexto año primario del Instituto Nacional. Escríbanle, si quieren, dándole su opinión sobre su trabajo.

64.—UNA PLANTA MARAVILLOSA.—1.º La soya se ha comenzado a cultivar con éxito en Chile; nuestra agricultura se enriquecería con su cultivo. Recojan mayores informaciones sobre ella.

65.—RECUERDO.—Autor: Juan Ramón Jiménez (español).—1.º Léanse otras poesías tomadas de buenas recopilaciones:

H. Díaz Casanueva, «Poemas para los niños»; Saavedra Gómez, «Poesía, selección para niños».

66.—LO QUE DICE LA BOCA.—1.º ¿Está en lo cierto la boca? ¿Hay alguna de sus afirmaciones que pueda ser rebatida?

67.—EL HÉROE MODERNO.—Autor: **Constancio Vigil (argentino).**—1.º Mencionen algunos de estos héroes modernos, atendiendo a sus actividades intelectuales o profesionales.—2.º Expresen quiénes, en opinión de ustedes, contribuyen en mayor grado al bienestar de la humanidad.

68.—ODISEO EN LA ISLA DE LOS CÍCLOPES.—1.º Si estas aventuras les han interesado—lo que seguramente habrá ocurrido—pidan al profesor que les lea otras del mismo héroe o de otro de aquellos tiempos. (Para este objeto son muy útiles los volúmenes respectivos de la Colección Araluce).

69.—SANTIAGO MODERNO.—1.º Es muy interesante seguir de cerca los cambios y los progresos de la ciudad en que se vive. Anoten los adelantos que va experimentando la ciudad en que residen, e ilustren, en lo posible, con fotografías o dibujos originales, estas informaciones que consignarán en su Cuaderno de Recortes.

70.—LA CAMPANITA.—Autor: **Amado Nervo (mejicano).**—1.º Procuren hacer, por escrito, un elogio de la campana.

71.—¡MUERTA DE SUSTO!—1.º Preparen varias niñas la interpretación de este monólogo. El curso dirá quién lo hace mejor.

72.—CUANDO SEA GRANDE. . .—1.º ¿No es verdad que ustedes han pensado muchas veces como este niño? ¿No es cierto también que en adelante no opinarán del mismo modo? Observen las actividades diarias del padre e indiquen las notables diferencias que existen entre ellas y las de ustedes.

73.—LAS MANOS SE ENTRETENEN.—1.º No negarán que se trata de un liviano entretenimiento, que ofrece sorpresas y que sirve también para desarrollar la inventiva y para distraerse. .después de haber confeccionado las tareas.

74.—CASCABEL EN EL JARDÍN ZOOLOGICO.—Autor: **Antoniorrobes (español).**—1.º Como todos los cuentos suyos,

es éste muy original. ¿Podrían decir, más o menos, en qué reside su originalidad?—2.º Al niño que envíe al autor de «El Niño Chileno» unas buenas ilustraciones para «Cascabel en el jardín zoológico», se le remitirá otro cuento del mismo autor.

75.—EL MAGO DE LA ELECTRICIDAD.—1.º Documéntense en la forma que les sea posible y confeccionen una lista con los más grandes inventos de los últimos años.

76.—LA CANCIÓN DEL TROMPO.—Autor: Julia Bustos (argentina)—1.º ¿Quién podría indicar la diferencia entre el lenguaje en prosa y el lenguaje en verso? Señalen cinco composiciones en verso del presente Libro.

77.—LA NINFA FRUTILLA.—1.º He aquí otra leyenda chilena, poco conocida. ¿Quiénes han estado junto al bello lago Llanquihue?—2.º Escriban a los niños o niñas de los liceos de Puerto Montt solicitándoles las noticias que les interesen sobre ésta u otras leyendas de la zona.

78.—A 495 KILÓMETROS POR HORA EN AUTOMÓVIL.—1.º Cuenten alguna aventura, peripecia, etc., en que hayan participado durante una excursión automovilística.—2.º Mencionen los productos que han adquirido extraordinaria importancia con la propagación del automóvil.

79.—UN GRAN HÉROE.—1.º Comenten el sacrificio de este ingeniero y recuerden otros semejantes que, seguramente, habrán oído contar a sus mayores.—2.º Pidan al profesor que les narre otros casos ocurridos durante la tragedia del «Titanic», hace varios años.

80.—Juegos infantiles en la época colonial.—Autor: Benjamín Vicuña Mackenna (chileno).—1.º ¿Cuáles son los juegos preferidos por ustedes?—2.º Interroguen a los miembros de su familia, abuelos, padres, etc., sobre los juegos en boga durante su niñez.—3.º ¿Qué saben de la personalidad de don Benjamín Vicuña Mackenna?

81.—CANCIONCILLA A LA LUNA BLANCA.—Autor: Carlos María de Vallejos (español).—1.º Busquen las niñas del curso,

aficionadas al canto y a la música, una entonación para estos versos, que se prestan para ser cantados.

82.—EL COMPAÑERO ABNEGADO.—1.º El que sabe prestar protección a los débiles, como este niño admirable, posee, sin duda, un gran corazón y practica la cooperación hasta el sacrificio.—2.º Expliquen, sirviéndose de ejemplos, en qué consiste la cooperación.—3.º Recuerden otros casos de abnegación que ustedes conozcan.







Esqueleto del gato

